



Español. Libro de Lectura

Quinto grado

Español

Libro de lectura

Quinto grado

Español. Libro de lectura. Quinto grado fue coordinado y editado por la Subsecretaría de Educación Básica de la Secretaría de Educación Pública.

Secretario de Educación Pública
Esteban Moctezuma Barragán

Subsecretario de Educación Básica
Gilberto Guevara Niebla

Directora General de Materiales Educativos
Aurora Almudena Saavedra Solá

Director General Adjunto de Materiales Educativos
Lino Contreras Becerril

Director Editorial
Raúl Godínez Cortés

Comité de selección de libros de lectura
Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional, Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Escuela Mexicana de Escritores, Dirección General de Educación Indígena (DGEI), Dirección General de Desarrollo Curricular (DGDC) y Dirección General de Materiales Educativos (DGME)

Apoyo técnico
Elizabet Silva Castillo, Anyate Pérez Jiménez, Itzel Vargas Moreno

Dirección editorial
Raúl Godínez Cortés

Coordinación editorial
Mario Aburto Castellanos

Cuidado editorial
Alejandro Rodríguez Vázquez

Lectura ortotipográfica
Mariela Grimaldo Medina

Producción editorial
Martín Aguilar Gallegos

Formación
Silvia Patricia Mendoza Chapulín

Portada
Diseño: Martín Aguilar Gallegos
Iconografía: Irene León Coxtinica
Imagen: *La zafra (detalle)*, 1923, Diego Rivera (1886-1957),

fresco, 4.75 × 2.14 m, ubicado en el Patio del Trabajo, planta baja, D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2019 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2019.

Servicios editoriales
Efrén Calleja Macedo

Dirección de arte
Benito López Martínez

Coordinación editorial
Mary Carmen Reyes López

Asistencia editorial
María Magdalena Alpizar Díaz, Rubi Fernández Nava

Coordinación de ilustración
Fabricio Vanden Broeck

Diseño gráfico
María Soledad Arellano Carrasco

Captura de textos
Selma Isabel Jaber de Lima, Yvonne Cartín Cid

Ilustración de índice
Enrique Torralba

Español. Libro de lectura. Quinto grado
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos
en los talleres de
con domicilio en
en el mes de de 2019.
El tiraje fue de ejemplares.

Primera edición, 2014
Segunda edición, 2017
Tercera edición, 2019 (ciclo escolar 2019-2020)
D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2019,
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-141-2
Impreso en México
DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la Secretaría de Educación Pública (SEP) emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Agradecimientos
La Secretaría de Educación Pública agradece a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la revisión de la primera edición 2014.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y calidad, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado alumnos, maestras y maestros, autoridades escolares, expertos, padres de familia y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Estimado maestro:

Este libro tiene como propósito impulsar el desarrollo lector de sus estudiantes; es decir, que aprendan a leer (y escribir), así como a emplear estrategias de lectura para comprender lo que leen y a disfrutar de la lectura como actividad lúdica.

Las lecturas pueden abordarse en el orden que usted o su grupo lo deseen, pues constituyen una selección diversa que busca ser significativa para el desarrollo lector de los estudiantes.

En la selección predominan los textos literarios: cuentos, adivinanzas, poemas, canciones, textos rimados, entre otros. Encontrará también que en cada grado se incluyen historias

sin palabras con las que se busca que los estudiantes puedan desarrollar su imaginación, pero, sobre todo, realicen la lectura de imágenes, poniendo en juego diferentes habilidades de comprensión lectora, como la inferencia y la interpretación.

Cabe destacar que la selección incluye autores mexicanos y extranjeros de diversos géneros, especializados y no especializados en literatura infantil, lo que permite que sea un material variado y atractivo.

Le deseamos mucho éxito en su tarea y esperamos que este libro lo apoye en su importante labor en favor de la niñez mexicana.

Estimado estudiante:

¡Bienvenido a tu *Libro de lectura!*

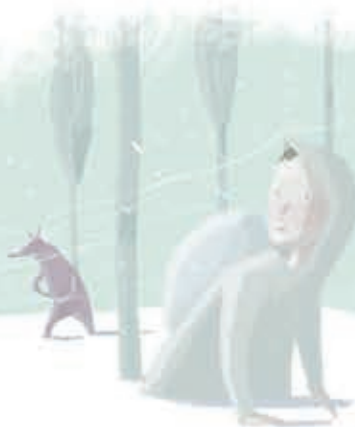
Este material es propiedad de: _____, lector de quinto grado.

Como lector, tienes derecho a:

- Que reconozcan que eres capaz de leer.
- Leer un texto las veces que quieras.
- Pedir que te lean y escuchar leer.
- Leer lo que te guste y en cualquier sitio.
- Compartir lo que sientes y piensas de las lecturas.

ÍNDICE

Que sí, que no, que todo se acabó	8
Serenata huasteca	18
Cuadrilla	20
El gato con cartas	22
La maceta de albahaca	30
Romance de la doncella guerrera	36
Dédalo e Ícaro	42
El Correvolando	48
El jinete sin cabeza	56
Lucy y el monstruo	60
El doctor improvisado	62
Ángel de luz	68
La muerte tiene permiso	70
Oda al albañil tranquilo	78





El Periquillo Sarniento	80
Don Quijote de la Mancha	88
Autorretrato	94
Litutunaku chan / Hormigas tutunakú	96
Kiwikoló / Dios del monte	98
In xoxohuilhuicatl / El cielo azul	100
Fábula del buen hombre y su hijo	102
Lo creo y no lo veo	108
Lagartija, Jirafa y Sandía	118
El nagual, el unicornio, las sirenas,	
el dragón	120
La calle es libre	124
Joaquín y Maclovía se quieren casar	138
Bibliografía	160

Que sí, que no, que todo se acabó

★ TEXTO: Miguel Ángel Tenorio / ILUSTRACIÓN: Abraham Balcázar

Dicen que hace tiempo, en cierto lugar, hubo una canción muy famosa:

*Ay, Serafín
todo tiene su fin.
Que sí, que no,
que todo se acabó.*

Pasó el tiempo y la canción pasó de moda. Sólo una viejita la recordaba y la seguía cantando. Yo le pregunté si le gustaba mucho la canción. Ella me dijo que sí. Yo le pregunté por qué.

La viejita se fue sin decirme nada. Pero luego regresó y me dijo: "Siéntate, muchacho, te voy a contar un cuento".

Yo me senté en una de las bancas de la plaza principal y ella me contó su cuento:

En este pueblo, hace muchos años vivía una princesa. Todas las noches soñaba que un gran príncipe venía a pedirla en matrimonio.

En este mismo pueblo vivía también un príncipe. Pero era un príncipe muy pobre. Para seguir siendo príncipe tenía que trabajar.

En su castillo, que no era castillo sino una casita muy chiquita, ahí tenía un jardín de rosas. Bueno, tampoco era un jardín, sino un grupo de macetas apretujadas. Eso sí, en las macetas había rosas.



Por las mañanas, antes de irse a trabajar, el príncipe regaba su jardín. Por las noches, antes de irse a dormir, también.

Y los domingos, el príncipe se daba un buen baño y hasta se perfumaba. Cortaba la mejor de sus rosas para ponérsela en alguno de los muchos agujeros que tenía su capa. Una capa elegante, pero vieja.

Todo esto lo hacía porque los domingos por la tarde había que salir a la plaza principal. Ahí muchas princesas, con sus damas de compañía, salían a dar la vuelta.

Un domingo, en una de esas tantas vueltas a la plaza principal, se encontraron. ¿Quiénes? La princesa que soñaba con un gran príncipe y el príncipe que tenía que trabajar para seguir siendo príncipe.

La primera vez sólo se miraron. La segunda vez intercambiaron sonrisas. A la siguiente, una ligera inclinación de cabeza.

Y para la última vuelta de la tarde, el príncipe decidió acercársele a la princesa:

—Buenas tardes, ¿cómo está usted?

—Pues yo bien, ¿y usted?

—Pues yo también.

—¿Dando la vuelta?

—Sí, ¿y usted?

—Pues yo también.

El príncipe tomó la rosa que traía consigo y se la dio a la princesa. Hizo una reverencia y le dijo: —Aunque suene a imprudencia, quiero hacerle una confidencia.

—¿Qué clase de confidencia es ésta? —preguntó la princesa.

El príncipe le dijo: —Aunque suene a impertinencia, yo la quiero para quererla con mucha querencia.



—Mire usted nada más, que impaciencia —le dijo la princesa—. Pero fíjese usted que en este momento no quiero ser de nadie la querencia.

El príncipe le preguntó que por qué tanta resistencia.

La princesa contestó:

—Yo sé lo que son las querencias. Toda querencia tiene un principio y un final. Y después de la querencia viene la ausencia.

El príncipe preguntó: —¿Pero de dónde le viene tal creencia?

—Es cosa de la experiencia.

El príncipe rápidamente aclaró:

—La sola experiencia no hace a la ciencia. Y el amor es una ciencia.

—Mucha ciencia, mucha ciencia, pero el amor también es inclemencia.

—Es una cosa de conciencia.

—También de inconsistencia.

—Para eso yo tengo un remedio —dijo el príncipe.

—¿Cuál es?

—Pues la diaria presencia.

Y la princesa dijo: —Ante tanta insistencia, creo que tendré benevolencia.

El príncipe se puso muy contento, pero la princesa le dijo: —Momento, joven, momento; todavía está por verse si usted es de mi conveniencia.

—Pues claro que lo soy —dijo el príncipe en voz baja.

—Y hay una cosa más —dijo la princesa.

—¿Qué más?

—Que mis padres den su anuencia.

—¿Que den su qué?

—Su anuencia.

El príncipe quiso preguntar qué era eso de la anuencia, pero mejor se quedó con su



duda-dudencia. No fuera a ser que a la princesa le entrara la decepción-decepcionencia. Por eso mejor dijo:

—Si es así, pronto quiero hablar con su excelencia.

Y en voz baja añadió: —A lo mejor me regala tantita anuencia, y pues entonces ya.

—Prudencia, joven, prudencia —dijo la princesa.

—No conozco a ninguna Prudencia. ¿O así se llama la que viene por ahí?

—No, joven. Digo prudencia, que es paciencia. O sea: calma, cálmex, calmantes montes. En otras palabras: calmencia.

Y el príncipe contestó: —Muchas gracias por la advertencia.

La princesa le dijo que al día siguiente le tendría una respuesta: —Por ahora, discúlpe-me, pero un estornudo está por salirse sin decencia.

El príncipe regresó esa noche muy contento a su castillo. Regó su jardín y luego se acostó en su cama real.

Y esa noche, nomás no pudo dormir. Un poco porque estaba contento y un mucho por los rechinidos reales de su cama.

Pero al día siguiente por la tarde, el príncipe ya esperaba en la plaza con mucha impaciencia. La princesa no aparecía.

Por fin, una de las damas de compañía se acercó al príncipe y le dijo: —La princesa manda decir que tal vez sí.

El muchacho quiso preguntar algo más, pero la dama de compañía se alejó muy rápido de ahí.



Al día siguiente, toda la mañana se la pasó el príncipe comiendo ansias. Ya le andaba por saber qué le dirían esa tarde.

Nuevamente fue a la plaza y ahora tuvo que esperar un rato enorme antes de que apareciera una de las damas de compañía.

—Anda, pronto, di qué cosa manda decir mi princesa.

La dama de compañía lo miró un momento y luego le dijo: —Ella dice que tal vez no.

—¿Entonces, no? —preguntó el príncipe con mucho desaliento.

—No —dijo la dama—. No confundas. Ella no dijo que no. Nada más dijo que tal vez no. Y tal vez no, no es igual a decir que no. No es no. Y tal vez no es tal vez no.

—Ah —dijo el príncipe, que tal vez no había entendido. (O tal vez sí. Quién sabe.)

Al día siguiente el príncipe se volvió a presentar en la plaza. Pero esta vez no vino nadie. No hubo mensaje.

Lo mismo pasó al otro día y al otro.

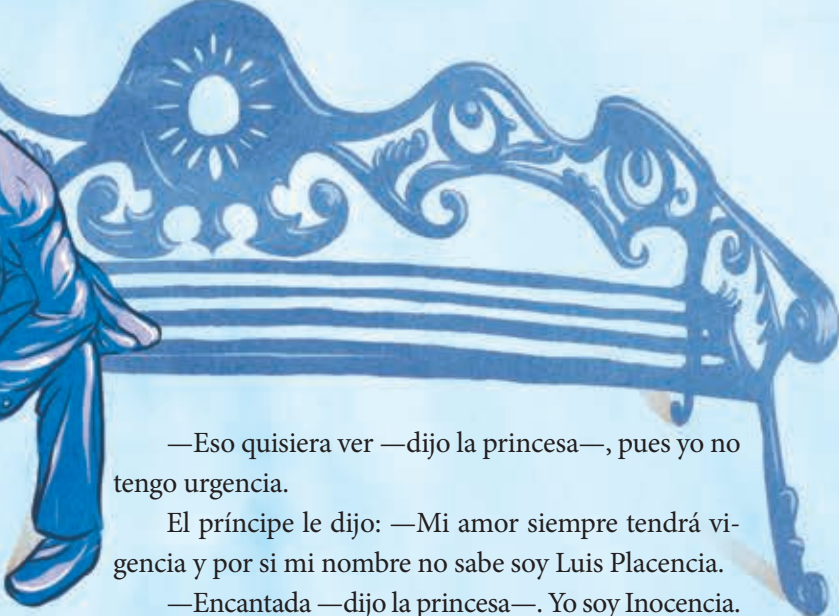
Llegó el domingo y el príncipe volvió a ponerse su mejor rosa en uno de los agujeros de la capa. Salió a la plaza y dio sus vueltas mirando a cada princesa que pasaba a su lado.

Y es que creo que se me olvidaba decir que en la plaza las princesas giran en un sentido y los príncipes giran al contrario. Por eso sus miradas pueden cruzarse.

En una de tantas vueltas, el príncipe volvió a encontrarse con la princesa del domingo anterior. Sin esperar más nada, fue con ella a hacer acto de presencia.

—Perdone mi insistencia —dijo el príncipe—, pero es que es muy grande mi querencia.





—Eso quisiera ver —dijo la princesa—, pues yo no tengo urgencia.

El príncipe le dijo: —Mi amor siempre tendrá vigencia y por si mi nombre no sabe soy Luis Placencia.

—Encantada —dijo la princesa—. Yo soy Inocencia.

La princesa se alejó. El príncipe se quedó pensando en cómo demostrar su insistencia y su gran que-
rencia. “Tal vez será cosa de hacer un poco de adu-
lancia. O tal vez de jactancia... Uy, qué complicancia”.

Ya en su casa, el príncipe se puso a pensar y pensar mientras miraba su rosa. De pronto, dio un grito y un enorme salto, porque le parecía que había encontrado finalmente la respuesta:

“Si bien no soy de los que tienen opulencia, bien puedo decir que soy de los que tienen inteligencia”.

Y el príncipe le envió un ramo con sus mejores rosas a la princesa.

Al día siguiente se apareció por la plaza y se puso a dar vueltas y vueltas. Al poco rato llegó una de las damas de compañía que le dijo: —Dice la princesa que es usted muy amable.

Los otros días fue el príncipe a la plaza a ver si había alguna novedad de la princesa, pero no la hubo.

Pensó que tal vez era tiempo de otro regalo. Puso su ingenio a trabajar y armó una cajita musical con un muñequito que parecía cantar la canción de moda:

*Ay, Serafín
todo tiene su fin.
Que sí, que no,
que todo se acabó.*

El príncipe mandó el regalo y al día siguiente se fue a la plaza a dar vueltas. Al poco rato apareció la dama de compañía con un recado: —Dice la princesa que es usted un encanto.

El príncipe se fue muy contento a su casa.

Al día siguiente fue a la plaza y se encontró con la dama de compañía de todos los días. Ella le dijo: —La princesa dice que buenas tardes y que siempre la recuerde.



El príncipe se puso más contento todavía. Llegó a su casa y tomó un lápiz y un papel. Empezó a dibujar una plaza. En la plaza estaban un muchacho y una muchacha.

Terminado el dibujo, lo mandó a la princesa.

Al día siguiente se fue a la plaza a esperar alguna noticia. La dama de compañía de todos los días le dijo: —De parte de la princesa, gracias.

El príncipe, ya encarrerado, se puso a hacer otro dibujo. Esta vez sería un retrato de la princesa.

De pronto, el príncipe tuvo una duda: hacía mucho que no veía a la princesa. Ya no se acordaba bien cómo era ella. Hizo un gran esfuerzo de imaginación y por fin estuvo el dibujo.

Lo mandó a la princesa y al día siguiente se fue a la plaza. La dama de compañía se acercó y le dijo: —La princesa agradece mucho el dibujo, pero manda preguntar, ¿quién es la muchacha que ahí aparece?

—¿Cómo que quién es? —preguntó el príncipe—. Pues es ella. Dile que el dibujo está hecho con los ojos del corazón.

Al día siguiente, la dama de compañía de todos los días ya estaba ahí en la plaza esperando al príncipe, cuando éste llegó en busca de algún recado.

—Te tengo una mala noticia —le dijo ella.

—¿Una mala noticia? —preguntó el príncipe.

—Sí.

—Pues ándale, dímela ya.

—La princesa tiró a la basura todos tus regalos.

—¿Todos?

—Sí. Y te manda decir que ahora sí es no.

El príncipe quiso decir muchas cosas, pero se quedó mudo. La dama de compañía le dijo: —Es que te anduvieron investigando y ahora saben que no eres un príncipe como los de antes. Para seguir siendo príncipe tienes que trabajar. No tienes grandes riquezas. Y la princesa dice que quiere un príncipe como los de antes. Así que pues no.

El príncipe se quedó sin aire. Las piernas se le doblaron. El corazón quiso detenerse y su vida parecía ponerse alas viejas para volar donde el nunca más.



La dama de compañía tuvo que sostenerlo antes de que cayera al suelo.

El príncipe dijo: —Es que ser príncipe en estos tiempos es bien difícil y hay que trabajar.

En esos momentos el príncipe recordó que tenía la leche en la lumbre y que a lo mejor se estaba tirando. Pero ya no tenía mucho ánimo como para ir corriendo. De todos modos, cuando llegara ya no habría leche. Habría que lavar la estufa, porque sería un cochinerito.

Cuando ya más triste estaba, la dama de compañía se le quedó mirando fijamente a los ojos para decirle: —Perdone usted mi imprudencia, pero tengo para usted una confidencia.

Sin mucho ánimo el príncipe preguntó: —¿Qué confidencia?

Ella le dijo: —Aunque suene a impertinencia, yo lo quiero a usted para quererlo con toda mi querencia.

El príncipe, entre entusiasmado y extrañado, preguntó: —¿De dónde nace tal creencia?

—De la diaria presencia —dijo ella.

El príncipe se le quedó mirando. Ella le enseñó el dibujo que el príncipe había hecho, según él, para la princesa.

La muchacha del dibujo no era la princesa, sino la dama de compañía.



El príncipe le preguntó si ella estaba dispuesta a querer a un príncipe que tenía que trabajar para ser un príncipe.

Ella le dijo: —Yo trabajo. Tú trabajas. Yo no esperaba tener un príncipe, pero si tú quieres ser el mío, yo seré tu princesa. Digo, si tú quieres.

—Claro que quiero —dijo el muchacho.

Y los dos, con un beso, se dieron la respectiva anuencia. Caminando juntos, de la mano, pusieron fin así a una tan larga ausencia.

“Y ése es el cuento que te iba a contar”, dijo la viejita, que ya se iba a ir.

Yo entonces le pregunté: “¿Y qué pasó con la princesa?”.

Ella se me quedó mirando un rato muy grande. Me pareció como que quería llorar. Con su pañuelo se limpió los ojos. Luego me dijo: “La princesa, con tanta exigencia, se quedó sin que nadie fuera su querencia. Y el resto de su existencia la pasa, solamente, cantando con insistencia:

*Ay, Serafín
todo tiene su fin.
Que sí, que no,
que todo se acabó”.*

Y la viejita se fue cantando su canción.

Otra historia de niños es *El duende del mar*, en la que conocerás al guardián de los tesoros marítimos. Búscala en tu Biblioteca Escolar.



Serenata huasteca

★ TEXTO: José Alfredo Jiménez

ILUSTRACIÓN: Lourdes Guzmán

Canto al pie de tu ventana,
pa' que sepas que te quiero.
Tú a mí no me quieres nada,
pero yo por ti me muero.
Dicen que ando muy errado,
que despierte de mi sueño.
Pero se han equivocado,
porque yo he de ser tu dueño.

Qué voy a hacer,
si de veras te quiero.
Ya te adoré,
y olvidarte no puedo.

Dicen que pa' conseguirte
necesito una fortuna;
que debo bajar del cielo
las estrellas y la luna.
Yo no bajaré la luna,
ni las estrellas tampoco,
y aunque no tengo fortuna
me querrás poquito a poco.



Qué voy a hacer,
si de veras te quiero.
Ya te adoré,
y olvidarte no puedo.

Yo sé que hay muchas mujeres
y que sobra quien me quiera,
pero ninguna me importa,
sólo pienso en ti, morena.
Mi corazón te ha escogido
y llorar no quiero verlo,
ya el pobre mucho ha sufrido,
'ora tienes que quererlo.

Qué voy a hacer,
si de veras te quiero.
Ya te adoré,
y olvidarte no puedo.

Lee toda la recopilación de canciones mexicanas de María Luisa Valdivia Dounce en el libro *Cancionero mexicano*, de tu Biblioteca Escolar.



Cuadrilla

★ TEXTO: Carlos Drummond de Andrade

ILUSTRACIÓN: Abraham Balcázar



Juan amaba a Teresa que amaba a Raimundo que amaba a María que amaba a Joaquín que amaba a Lili que no amaba a nadie.

Juan se fue a Estados Unidos, Teresa al convento, Raimundo murió en un accidente, María se quedó de tía soltera, Joaquín murió de amor y Lili se casó con J. Pinto Fernández que no había entrado en la historia.



Lee más textos de este tipo en
*Palabrerías: retahílas, trabalenguas,
colmos y otros juegos de palabras.*
Busca el libro en tu Biblioteca Escolar.

El gato con cartas

★ TEXTO: María Luisa Valdivia Dounce

ILUSTRACIÓN: Natalia Gurovich

Eran las seis de la mañana...

El Gato con Botas se puso su mejor traje y se peinó; tomó su alforja, guardó en su chaleco la carta que había escrito durante la noche y salió a entregarla.

Pero cuando abrió la puerta...

Junto a las botellas de leche encontró una postal que no era para él. Como vio que la podía entregar, pues le quedaba de paso, el Gato con Botas, con su carta en el chaleco y su alforja aún vacía, tomó la postal y empezó a caminar.

Caperucita Roja estaba desayunando. Cuando vio llegar al Gato con Botas, dio el último bocado a su bolillo con natas y salió sonriendo a recibirlo.

Entonces, con un maullido gustoso, el Gato con Botas le dijo:

*Junto a las botellas de leche
encontré esta postal
que es para ti.*





Caperucita Roja estaba muy contenta. Le contaba al Gato con Botas las aventuras de su abuelita cuando, de repente, se acordó de que en su buzón había encontrado una carta que no era para ella.

Entonces, con la mejor de sus sonrisas, Caperucita Roja le preguntó al Gato con Botas si él podría ir a dejar la carta.

El Gato con Botas vio la carta y, como le quedaba de paso, aceptó llevarla.

—¿Cómo puedo agradecerte el favor? —le preguntó Caperucita Roja.

—Dame diez panecillos para comer en el camino.

Y así, el Gato con Botas, con su carta en el chaleco, metió los diez panecillos en su alforja, tomó la carta y siguió su camino.



El Príncipe Azul estaba leyendo en el jardín. Cuando vio llegar al Gato con Botas, cerró su periódico, se quitó los anteojos y esperó a que el felino se acercara.

Entonces, con un maullido solemne, el Gato con Botas le dijo:



*Caperucita Roja encontró
en su buzón esta carta
que es para ti.*



Rocío Vargas
Amores 322 Col. Correspondencia
C. P. 12345, México

Príncipe Azul
Rancho El Ensueño
Camino Real a Miramontes, kilómetro 4

Hola, Príncipe Azul:
Soy Rocío. Te escribo para decirte que te estoy esperando.
Puedes venir en tu caballo porque ya aprendí a montar.
Me voy a vestir como la Cenicienta, con zapatillas de cristal y un vestido largo y con muchos encajes, así de bonito como éste.
Quisiera hacer una fiesta divertida y que todas mis amigas fueran. También mi papá y mi mamá porque les gusta mucho bailar como a mí.
Ya me despido porque mi hermano Rogelio está de latoso y no me deja escribir.
Te espera y te quiere, tu princesa
Rocío
P.D. No te pregunté si a ti también te gustaría hacer una fiesta. ¿Sabes bailar?



El Príncipe Azul estaba conmovido.

Le comentaba al Gato con Botas que era la primera niña que le escribía y que le gustaría mucho conocerla y platicar con ella... cuando, de repente, se acordó de que en su correspondencia había encontrado un telegrama que no era para él.

Entonces, en tono ceremonioso, el Príncipe Azul le preguntó al Gato con Botas si él podría ir a dejar el telegrama.

El Gato con Botas vio el telegrama y, como le quedaba de paso, aceptó llevarlo.

—¿Cómo puedo agradecerte el favor? —le preguntó el Príncipe Azul.

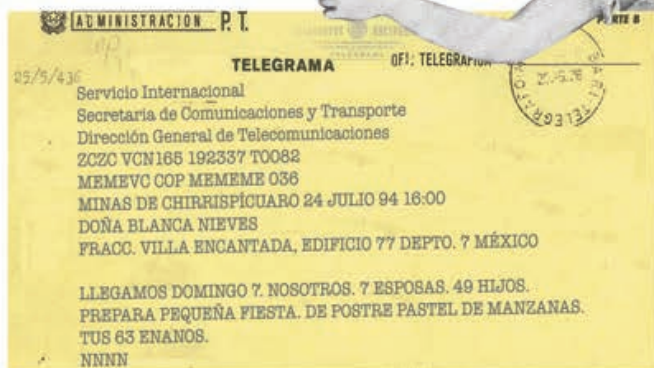
—Dame tu espada para defenderme en el camino.

Y así, el Gato con Botas, con su carta en el chaleco y con los diez panecillos en su alforja, se ciñó la espada reluciente, tomó el telegrama y siguió su camino.

Blanca Nieves estaba escribiendo tranquilamente. Cuando vio llegar al Gato con Botas, con toda calma guardó papel y pluma y salió a recibirlo.

Entonces, con un maullido pausado, el Gato con Botas le dijo:

*El Príncipe Azul encontró
en su correspondencia
este telegrama que es para ti.*



Blanca Nieves estaba sorprendida.

Le decía al Gato con Botas que le daba gusto la visita, pero que no podría terminar el libro que estaba escribiendo, cuando, de repente, se acordó de que en su reja se había encontrado un sobre que no era para ella.

Entonces, ahora con cierta prisa, Blanca Nieves le preguntó al Gato con Botas si él podría ir a dejar el sobre.

El Gato con Botas vio el sobre y, como le quedaba de paso, aceptó llevarlo.

—¿Cómo te puedo agradecer el favor? —le preguntó Blanca Nieves.

—Dame tu capa de seda para taparme si me da frío en el camino.

Y así, el Gato con Botas, con su carta en el chaleco, con los diez panecillos en su alforja y con la espada reluciente, se puso la capa de seda, tomó el sobre y siguió su camino.

El Ogro estaba cocinando un extraño puchero. Cuando vio llegar al Gato con Botas, aventó cucharón y mandil y lo saludó gruñendo.

Entonces, con un maullido ronco, el Gato con Botas le dijo:

*Blanca Nieves encontró
en su reja este sobre que
es para ti.*



El Ogro estaba muerto de risa.

Le aseguraba al Gato con Botas que si él desapareciera de los cuentos, los pobres héroes dejarían de serlo, pues ya no correrían ningún peligro ni aventura, cuando, de repente, el Gato con Botas lo interrumpió:

—Otro día hablaremos de eso.

Ahora tengo que irme, pues quiero entregar la carta que escribí.

El Ogro vio la carta y, como conocía al destinatario, le preguntó al Gato con Botas:

—¿Cómo quieres que corresponda el favor que me has hecho?

—Dame un buen consejo.

—Al lugar donde vas, sólo podrás entrar cuando hayan dado las seis de la tarde; entonces verás la ventana, que nadie jamás ha visto, en lo más alto de la torre más alta. Si eres astuto y ágil como pareces, la ventana se abrirá y podrás entrar. Ése es mi consejo. Y esta pizca de pimienta, que tú sabrás cuándo utilizar, es un regalito que quiero darte.

Y así, el Gato con Botas, con su carta en el chaleco, con los diez panecillos en su alforja, con la espada reluciente y con la capa de seda, metió la pizca de pimienta en la otra bolsa de su alforja y siguió su camino.

RTE:

Nosotros
Av. Central S/N
C. P. 00000

Señor Ogro
Callejón del Muertito Núm. 8
Pueblo Escondido,
Horrerosillo

Al Ogro
A los escritores de cuentos
A los que cuentan puros cuentos
A la prensa mundial
A la opinión pública

Señor Ogro,
todos los niños del mundo que ya
no va a seguir asustando.
Si usted es grandote y malo,
nosotros somos mucho más valientes.
Ya no nos va a hacer llorar
ni temblar de miedo.
Y si lo volvemos a ver en cualquier
cuento, ahora sí lo vamos a borrar
hasta de los viejos cuentos de hadas.
Atentamente

María Sánchez, Martha Eugenia A.,
Federico Álvarez, Noemí Avila,
Ricardo Campa, Tere Marín,
Nicolás Reyes, Beti Corral,
Raúl Gutierrez, Natalia, Elías,
Francisco Bordejo, Virginia Álvarez,
Francisco Hernández, Peggy,
Pablo Rulfo, Mauricio López,
Ángeles D. Villanueva,
Carlos Cedillo.

Eran las seis de la tarde...

El Gato con Botas había llegado al castillo. De un gran brinco subió a la torre más alta, la ventana se abrió y él entró. Sacó los panecillos de su alforja y con ellos hizo diez mil migajas que fue tirando para no perderse mientras cruzaba puertas, pasillos, salones y... de repente, cuando tiró la última migaja, oyó que alguien roncaba.

En ese momento, el Gato con Botas supo qué hacer: sacó la pimienta de la otra bolsa de su alforja, le sopló fuerte y esperó.

La Bella Durmiente estornudó y estornudó, y ¡por fin se despertó!



Cuando vio al Gato con Botas tan Gato con su chaleco, tan distinguido con la espada reluciente y tan simpático con la capa de seda, la Bella (que ya no era durmiente) suspiró, sonrió y...

Entonces, con un maullido suavecito, el Gato con Botas le ronroneó al oído:

*Junto a mi corazón encontré
lo que en esta carta escribí
para ti.*



Bellísima Bella Durmiente



Dicen por ahí que desde entonces, el Gato con Botas y la Bella Despierta siempre andan juntos. Unos opinan que ella le untó manteca en los bigotes; otros creen que él la tiene encantada contándole todas las hazañas de sus seis vidas.

Si es verdad o es un cuento, quizá nadie ha de saber.

Lo único que es cierto es cuanto acabas de leer.

Una carta es un misterio, ¿quién lo habrá de resolver? Piensa tú, que estás despierto, lo que puede contener.

Si te gustan los animales, inventa nuevos ejemplares con las partes de los que ya existen en el *Animalario universal del Profesor Revillod*. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

La maceta de albahaca

★ TEXTO: Pascuala Corona

ILUSTRACIÓN: Sergio Aguilar-Álvarez Bay

Érase una vez un zapatero muy pobre que vivía frente a palacio y que tenía tres hijas.

Las niñas tenían una maceta de albahaca en la ventana y salían a regarla un día cada una; todas eran muy hermosas y un día que el rey salió al balcón vio a la mayor regando la maceta y le dijo: “Niña, niña, tú que riegas la maceta de albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?”.



La niña, mortificada de que el rey le hablara y no sabiendo qué contestarle, cerró la ventana.

Al día siguiente le tocó regar la maceta a la segunda niña. El rey salió al balcón como el día anterior y le dijo: “Niña, niña, tú que riegas la maceta de albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?”.


La niña azorada de que el rey le hablara, mejor se hizo la sorda y se metió.



Al tercer día salió la niña menor a regar la maceta y el rey, que estaba en el balcón, luego que la vio le dijo: “Niña, niña, tú que riegas la maceta de albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?”.

Y la niña, que se pasaba de lista, le contestó: “Sacra Real Majestad, mi rey y señor, usted que está en su balcón, ¿cuántos rayos tiene el sol?”.





El rey se quedó sorprendido de la contestación de la niña y avergonzado de no poderle contestar se metió corriendo y después de pensar y pensar se le ocurrió que como la niña era muy pobre le convenía mandar a un negro que le paseara la calle gritando que cambiaba uvas por besos.

La niña, que nada se imaginaba, tan pronto como oyó al negro salió a su encuentro y le dio el beso que pedía a cambio de las uvas. A la mañana siguiente que salió a la ventana a regar la maceta, el rey ya estaba en el balcón y luego que la vio le dijo: “Niña, niña, tú que riegas la maceta de albahaca, tú que le diste el beso a mi negro, ¿cuántas hojitas tiene la mata?”.

A la pobre niña le dio tanto coraje que cerró la ventana y se metió decidida a no volver a regar la maceta.



El rey, que ya estaba acostumbrado a ver a la niña, se enfermó de amor de no verla y su médico de cabecera, viendo que no podía curarlo, mandó llamar a todos los médicos del reino a ver cuál de todos lo aliviaba.

Para esto, la niña, que sólo estaba esperando la ocasión para desquitarse, se disfrazó de médico y fue a palacio llevando del bozalillo un burro macho, y llegado que hubo a la presencia del rey le dijo: “Sacra, Real Majestad, si gusta usted curarse es menester que le bese el rabo a mi burro y que salga mañana al balcón a recibir los primeros rayos del sol”.



El rey, con tal de curarse, hizo lo que le recetaba aquel médico, así que después de besar el rabo del macho se acostó a dormir.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salió al balcón y la niña, que lo estaba esperando regando la maceta, tan luego como lo vio le dijo: “Sacra, Real Majestad, mi rey y señor, usted que está en su balcón, usted que besó el rabo del macho, ¿cuántos rayos tiene el sol?”.

El rey, dándose cuenta de lo bien que lo había engañado la niña, se metió muy enojado y mandó llamar al zapatero.



Luego que llegó el buen hombre a la presencia del rey, éste le dijo: “Vecino zapatero, quiero que a las tres horas del tercer día me traigas a tus tres hijas. A más ordeno que la menor venga: bañada y no bañada; peinada y no peinada; a caballo y no a caballo; y sábeta que si no lo cumples, penas de la vida”.

El pobre zapatero se fue muy triste a su casa y les dijo a sus hijas lo que el rey había dispuesto; a las dos mayores todo se les fue en llorar; en cambio, la más chica le dijo: “No te apures, papacito, ya verás cómo yo lo arreglo todo”.

Y así fue: a las tres horas del tercer día se presentó el zapatero en palacio con sus hijas; adelante iban las dos mayores y más atrás la chiquita montada en un borrego con un pie en el aire y otro en el suelo; tiznada de medio lado y el otro bien refregado; media cabeza enmarañada y la otra hasta trenzada.

Viendo el rey que había acatado sus órdenes, se dio por bien servido y le dijo a la niña: “En premio a tu astucia puedes llevarte de palacio lo que más te guste”.



Y después de decir esto se fue el rey a dormir la siesta. La niña, que no esperaba otra cosa, ¿a que no se imaginan lo que hizo? Pues mandó llamar a cuatro pajes y con mucho cuidado se llevó al rey a su casa.

¡Cuál no sería la sorpresa del rey al despertarse y hallarse en una casa pobre y desconocida!

Lo primero que hizo fue llamar a sus lacayos, a sus pajes, a la guardia, pero en vez de ellos llegó la niña y le dijo: “Sacra, Real Majestad, mi rey y señor, usted fue lo que más me gustó de palacio; por eso me lo traje a mi casa”.

El rey, viendo que con esa niña llevaba siempre las de perder, se casó con ella.

Y salta por un callejón
Y cuéntame otro mejor.



Si quieres conocer otro cuento, lee *El flautista de Hamelin*. Está en tu Biblioteca Escolar.

Romance de la doncella guerrera

★ TEXTO: Tradición oral / ILUSTRACIÓN: León Braojos

Personajes

EL PADRE

LA HIJA (O DON MARTÍN)

LA MADRE

EL PRÍNCIPE

LA REINA

EL REY

UN NARRADOR

EL PADRE:

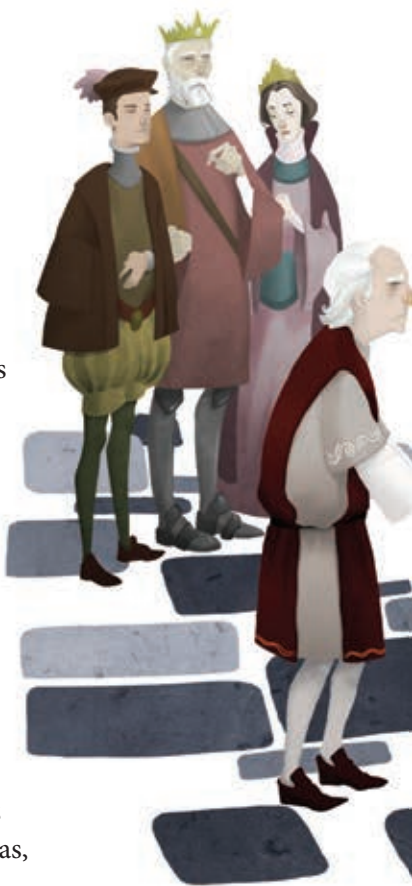
Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragón,
¿Cómo las haré yo, triste,
viejo, cano y pecador?
¡Oh maldita suerte mía,
yo te echo mi maldición:
que me diste siete hijas,
y no me diste ni un varón!

UN NARRADOR:

Ahí habló la más chiquita,
en razones la mayor.

LA HIJA:

No maldigáis a la suerte,
que a la guerra iré por vos;
me daréis las vuestras armas,
vuestro caballo trotón.



EL PADRE: Conocerante en los ojos,
hija, que muy bellos son.

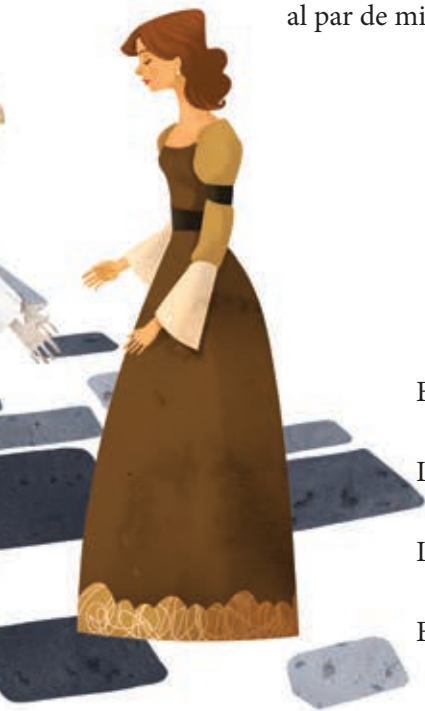
LA HIJA: Yo los bajaré a la tierra
cuando pase algún varón.

EL PADRE: Conocerante en los pies,
que muy menuditos son.

LA HIJA: Pondreme las vuestras botas,
bien rellenas de algodón.

EL PADRE: Conocerante en los pechos,
que asoman bajo el jubón.

LA HIJA: Yo los apretaré, padre,
al par de mi corazón.



EL PADRE: Tienes las manos muy blancas,
hija, no son de varón.

LA HIJA: Yo les quitaré los guantes,
para que las queme el sol.

LA HIJA: ¿Cómo me he de llamar, padre,
cómo me he de llamar yo?

EL PADRE: Don Martinos, hija mía,
que es como me llamo yo.



UN NARRADOR:

EL PRÍNCIPE:

LA REINA:

UN NARRADOR:

DON MARTÍN:

EL PRÍNCIPE:

LA REINA:

Dos años anduvo en guerra,
y nadie la conoció,
si no fue el hijo del rey,
que de ella se enamoró.
Herido vengo, mi madre,
de amores me muero yo,
los ojos de don Martín
son de mujer, de hombre no.
Convidalo tú, mi hijo,
a las tiendas a comprar;
si don Martín es mujer,
corales querrá llevar.

Don Martín, como entendido,
a mirar las armas va.

¡Qué rico puñal es éste
para con moros pelear!

Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
roban el alma al mirar.

Llevaraslo tú, hijo mío,
a la huerta a descansar;
si don Martín es mujer,
a los almendros irá.



UN NARRADOR: Don Martín no ve las flores,
una vara va a cortar.

DON MARTÍN: ¡Oh, qué varita de fresno
para el caballo arrear!

EL PRÍNCIPE: Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
nunca los puedo olvidar.

LA REINA: Convídalo tú, mi hijo,
a los baños a nadar;
si el caballero no es hombre,
se tendrá que acobardar.



UN NARRADOR: Todos se están desnudando,
don Martín muy triste está.

DON MARTÍN: Cartas me fueron venidas,
cartas de grande pesar,
que se halla el conde mi padre
enfermo para finar;
licencia le pido al rey
para irle a visitar.

EL REY: Don Martín, esa licencia
no te la quiero negar.



UN NARRADOR: Ensilla el caballo blanco,
de un salto se va a montar,
por unas vegas arriba
vuela como gavilán.

LA HIJA: ¡Adiós, adiós, el buen rey,
y tu palacio real!,
que dos años te serví
como doncella leal,
y otros tantos te sirviera,
si no fuera al desnudar.



UN NARRADOR: Óyela el hijo del rey
de altas torres donde está,
revienta siete caballos
para poderla alcanzar.

LA HIJA: ¡Corre, corre, hijo del rey,
que no me habrás de alcanzar
hasta en casa de mi padre,
si quieres irme a buscar!...
Campanitas de mi iglesia,
ya os oigo repicar;
puentecito de mi pueblo,
ahora te vuelvo a pasar.
¡Abra las puertas, mi padre,
ábralas de par en par!
¡Madre, sáqueme la rueca,
que traigo ganas de hilar,
que las armas y el caballo
bien los supe manejar!

LA MADRE: ¡Abre las puertas, Martinos,
y no te pongas a hilar!
Ya están aquí tus amores,
los que te van a llevar.



Otra historia de castillos y guerreros es *El último pájaro, la última piedra*, de Seyed Mahdi Shojaee, sobre el rey de Yemen y el Santuario Sagrado de Dios. La puedes encontrar en tu Biblioteca Escolar.

Dédalo e Ícaro

★ TEXTO: Josephine Evetts-Secker, adaptación

ILUSTRACIÓN: León Braojos

En tiempos remotos, vivía en la antigua Grecia un hombre muy sabio llamado Dédalo que era un famoso escultor, carpintero e ingeniero. Todos los que veían sus inventos se quedaban asombrados y su fama no tardó en extenderse por el mar Mediterráneo, desde Atenas, su ciudad natal, hasta la isla de Creta. En aquellos tiempos, Creta era un reino extremadamente rico y poderoso, con muchas islas más pequeñas del Mediterráneo bajo su control. Estaba gobernada por el rey Minos y la reina Pasifae, unos monarcas muy poderosos que residían en un palacio en la ciudad de Cnosos. Cuando Minos oyó hablar de Dédalo, le envió una invitación para que acudiera a trabajar en Creta. Minos quería que construyese un inmenso laberinto para encerrar a un extraño monstruo, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, que la reina había concebido. Los monarcas se avergonzaban de aquella criatura, el Minotauro. Le tenían miedo y querían ocultarla.

Dédalo llegó con su hijo, Ícaro, y se puso manos a la obra para proyectar una intrincada estructura de senderos que volvían sobre sus pasos y cambiaban inesperadamente de dirección. En el centro del laberinto dejó espacio suficiente para que el Minotauro corriera libremente.

Minos se mostró muy complacido: “¡Qué maravillosa es tu creación, Dédalo! —exclamó—. Sin duda eres el mejor ingeniero de toda Grecia. Nadie más podría haber concebido un laberinto tan extraordinario. Debes quedarte aquí para siempre y trabajar para mí. ¡Te harás famoso, amigo mío!”

No obstante, aunque la vida en el palacio de Minos y Pasifae les ofrecía todas las comodidades, y aunque tenían todo lo que necesitaban, Dédalo e Ícaro pronto empezaron a sentirse como en una



cárcel. Pues Minos era consciente de que sólo Dédalo sabía cómo llegar al centro del laberinto y no quería que un secreto tan importante traspasara las fronteras de su isla. Para que Dédalo estuviera contento, le dio un magnífico taller y le ofreció cuantos aprendices necesitara. Incluso le dijo que era libre para hacer todo lo que deseara su corazón. Pero en cuanto terminó de construir

el laberinto, Dédalo dejó de disfrutar con su trabajo. En lugar de ello, empezó a soñar con regresar a la ciudad que había dejado atrás.

“¿Recuerdas las calles de Atenas, hijo mío? —decía a Ícaro—. Qué ciudad tan espléndida, con sus hermosos edificios y jardines. Una ciudad que complace a todos los dioses, pero en especial a Palas Atenea, hija de Zeus. Cuánto anhelo volver a entrar en sus templos”.

Ícaro sólo guardaba un vago recuerdo de la ciudad, pero le encantaba escuchar los relatos de su padre. “Habládme de Atenas”, decía mientras contemplaban la puesta de

sol y las aves marinas los sobrevolaban. Alejada de ellos por la inmensidad del mar, Atenas parecía muy lejana.

A medida que transcurrían los días, el deseo de Dédalo de regresar a su patria fue en aumento y su anhelo arrastró también a su hijo. Pero Minos no les daba permiso para abandonar la isla y ellos pasaban los días a orillas del mar, viendo a los barcos entrar y salir del puerto de Heraclea.

“¡Ojalá fuéramos pájaros! —exclamó Ícaro—. ¡Entonces seríamos libres y podríamos ir adonde quisiéramos! ¡Podríamos regresar a Atenas volando!”.


De repente, la fantasía de Ícaro se apoderó de su padre. “¡Eso es, Ícaro! ¡Exacto! Debemos aprender de los pájaros”.

La idea se adueñó de él y Dédalo dedicó a ella todas las horas del día, apenas dirigiendo la palabra a Ícaro, quien lo seguía por la orilla del mar, recogiendo conchas y alguna que otra pluma de pájaro. Dédalo murmuró para sí, luego hizo un gesto con los brazos y dijo a Ícaro: “Recoge cuantas plumas puedas, pequeñas y grandes, y tráemelas... Y no gastemos ninguna de las velas que tenemos”.

Ícaro supo al fin lo que su padre estaba planeando. Juntos dispusieron las plumas en forma de alas, ordenándolas por tamaños. Cuando tuvieron suficientes para hacer dos pares de alas, las fijaron con la cera de las velas y añadieron las correas de sus sandalias para poder atárselas. Ícaro compartía el entusiasmo de su padre y se sentía útil cada vez que recogía un montón de plumas. Al fin lo tuvieron todo listo. Ante ellos había cuatro resplandecientes alas blancas, con una estructura más intrincada que los serpenteantes senderos del laberinto. Conteniendo la respiración Ícaro esperó a que su padre le atara su par de alas a los brazos y los hombros. “¡Cómo pesan, padre!” exclamó cuando las tuvo bien sujetas.

Dédalo pareció preocupado durante unos instantes, pero luego le respondió en tono tranquilizador: “En cuanto alces el vuelo, no notarás el peso, hijo mío. Los vientos te llevarán y te sentirás tan liviano como las plumas que me trajiste”.



An illustration on the left side of the page. It shows a close-up of a large, brown, feathered wing, likely belonging to Ícaro, reaching upwards. Below the wing, a dark, jagged rock formation is visible. The background is a light blue sky with soft, white clouds.

Ícaro ató al robusto cuerpo de su padre su par de alas, aún más grandes que las suyas, y los dos se asomaron al borde de un acantilado, mirándose nerviosamente y contemplando el abismo que se abría ante ellos. “Debemos darnos prisa —dijo Dédalo—, porque los hombres del puerto pueden vernos e intentar detenernos. Pero quiero hacerte unas advertencias, Ícaro, antes de que saltemos al vacío. Recuerda lo que tantas veces te he dicho. Haz lo que haga yo. Sígueme. No te alejes de mí. El sol derretirá tus alas si vuelas demasiado alto y quedas atrapado por el intenso calor de Apolo. Y si vuelas demasiado bajo, las pesadas aguas del océano de Poseidón empaparán tus alas y te arrastrarán al fondo del mar. ¿Oyes lo que estoy diciendo, hijo mío?”

“Sí, padre”, susurró Ícaro. De repente, notó que el terror se apoderaba de él. Primero miró al vacío que se abría entre ellos y las rocas de la playa. Luego contempló el inmenso cielo azul y el sol, brillante y abrasador. “Te seguiré, padre, y haré lo que tú hagas”.

Dédalo le tocó el brazo en señal de aliento y luego, dando un grito, saltó al vacío azul. Dando un grito similar, el muchacho saltó detrás de su padre, lleno de confianza. Durante unos instantes, los dos cayeron en picada, hasta que una ráfaga de viento detuvo su descenso, y el aire cálido los retuvo brevemente. Luego otra ráfaga de viento los arrastró y los dos fueron llevados con suavidad hacia el mar por una corriente de aire.

Ícaro se entusiasmó cuando empezó a usar las alas para desplazarse por el aire. Gradualmente, aprendió a cambiar de dirección y a descender y remontarse con las corrientes de aire. “¡Qué de prisa vuelo! —gritó—. ¡Y qué alto!”.

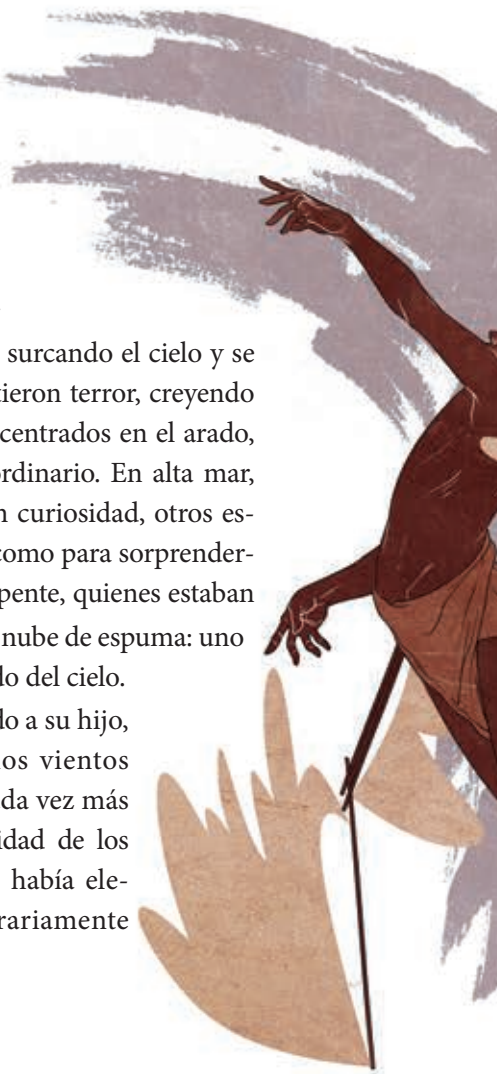
Ahora ya se había adelantado a su padre, olvidando su promesa de seguirlo. “¡Así es como deben sentirse las gaviotas! —exclamó—. ¡Así es como deben sentirse los dioses!”, pensó, con repentino temor. Pero el placer de volar volvió a apoderarse de él y empezó a remontarse más y más alto, frenéticamente.

Los agricultores que estaban trabajando en los campos cercanos al mar

vieron dos pájaros inmensos surcando el cielo y se sorprendieron. Algunos sintieron terror, creyendo que eran dioses. Otros, concentrados en el arado, no percibieron nada extraordinario. En alta mar, algunos marineros sintieron curiosidad, otros estaban demasiado cansados como para sorprenderse por nada. Entonces, de repente, quienes estaban

observándolos, vieron sobre el mar una nube de espuma: uno de aquellos pájaros inmensos había caído del cielo.

Dédalo llevaba un buen rato llamando a su hijo, intentando refrenar su ímpetu. Pero los vientos se habían llevado sus advertencias cada vez más lejos hasta desaparecer en la inmensidad de los cielos. Ícaro no había oído nada y se había elevado cada vez más, surcando temerariamente





el cielo lleno de júbilo. Ni siquiera había notado que la cera caliente estaba derritiéndosele en los brazos y la espalda. No se dio cuenta hasta que empezó a caer en picada hacia las profundas aguas del mar. Entonces gritó de terror. Pero todo sucedió demasiado de prisa...

Dédalo aún seguía volando detrás de Ícaro y pudo ver cómo su querido hijo se precipitaba en las oscuras aguas del mar, como un pájaro que ha sido alcanzado por una resortera. Volvió a gritar, pero el viento se llevó sus palabras. Dédalo supo que no podía detenerse. Con el corazón roto, siguió volando hasta las costas de la isla más cercana. Allí, se quitó las alas y contempló el mar. Su hijo no se veía por ninguna parte. Abrumado por el dolor, ¿qué otra cosa podía hacer sino derramar amargas lágrimas por el hijo que había perdido?

Y desde aquel día el mar donde cayó el pobre Ícaro lleva su nombre: el mar Icario.

Lee *Animales fabulosos* y deja volar tu imaginación. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.




El Correvolando

★ TEXTO: Versión de María Teresa Lema Garret

ILUSTRACIÓN: Lourdes Guzmán

Que me acuerde, yo era muy chico cuando oí nombrar por primera vez al Correvolando. Y si me acuerdo es porque casi, casi presencié una de sus hazañas y, en todo caso, estuve en medio del barullo que se armó por su causa esa madrugada.



Vean, fue así: mi amigo, el Pepe, me vino a despertar temprano, con la noticia de que la noche anterior el alcalde de nuestra ciudad, la Real Villa de San Felipe de Austria, había dado una fiesta magnífica en su mansión, en honor de no sé qué alto personaje enviado por el rey de España.

La verdad es que detalles como el nombre o la pinta de los invitados nos dejaban de hielo, mientras que saber que nada más la cena se componía de treinta y dos platos y catorce postres —se lo dijo al Pepe su madre, que era una de las cocineras de la casa— enfiembraba nuestra imaginación y codicia. ¡Pobres de nosotros que apenas si comíamos una vez al día! Sin duda alguna, buscando bien encontraríamos en el patio de la casa, o en los corredores que llevaban a las cocinas, algún trozo de pastel o alguna golosina olvidada. ¿Quién sabe?



Con esa ilusión, nos largamos de carrera hasta la Plaza Mayor, donde estaba la casa, sin reparar mucho en el movimiento de guardias y soldados. Al querer deslizarnos por la gran puerta, vimos que era imposible: se nos cruzaban empleados de la casa, gente que entraba y salía desordenadamente, sin hablar de los que, como nosotros, se habían quedado a medio camino, curiosos y amontonados, en espera de conocer el sentido de tan extraño trájín.

Todo empezó a aclararse cuando, en medio de un permanente taconear de botas y de susurros apresurados, se abrieron paso los guardias que habían ido a despertar al jefe de la policía, el señor Riquelmes. Yo lo conocía, y no sólo de nombre: él, en persona, había apresado unos días antes a un hermano de mi padre, por haber estado diciendo no sé qué cosas en contra de los españoles, y aún lo tenía encerrado. Pero esa mañana perdió su aire de soberbia. No había estado ni cinco minutos en casa del alcalde cuando ya volvía a salir, abochornado y temeroso, huyendo de la voz enfurecida que lo perseguía:

—¡Si usted no me trae al ladrón hoy mismo, lo haré destituir! —gritó el alcalde.

—Sí, señor —murmuró el jefe de la policía.


—¡Usted es responsable de la estupidez de sus hombres!

—Sí, señor.

—¡Todos ustedes son unos incapaces!

—Sí, señor.

—Y...



Ya estaba el señor Riquelmes fuera de vista, y de oídos su-
pongo, pero el alcalde seguía gritando fuera de sí, colorado y
zapateando en la reja de entrada de la casa. Así fue como nos
enteramos, el Pepe y yo, de que había ocurrido un gran robo en la
mansión, justamente esa noche en que tanta gente estaba presen-
te, y que, por la importancia de los invitados, se había reforzado la
guardia. Y la gente ya iba comentando el detalle del robo: ¡alguien
se había llevado un cofre lleno de monedas de oro, un collar de
perlas y otro de esmeraldas y una sopera de plata! Olvidados por
completo de nuestras ilusiones de recuperar algún vestigio de la
fiesta, el Pepe y yo no teníamos suficientes oídos para escuchar, y
sentíamos nacer una admiración sin límites por el desconocido
autor de tan increíble acto.

—¡Tantas cosas ha robado! ¿Cómo las sacaría sin ser
visto? —se preguntaban.

—Fue alguien muy hábil. Pusieron guardias arma-
dos en todas las puertas.

—¡Hay que ser valiente para arriesgarse tanto!

—O ser muy pobre y estar desesperado.


—Burlarse así del alcalde. ¡Qué risa!

—Y desaparecer luego como si nada...


—Habrá sido el Correvolando —dijo alguien—.

Ése tiene pies con alas...

Y entre comentarios y burlas la gente se fue dispersando, mientras
mi amigo y yo nos quedamos soñando con el Correvolando, pies con
alas, hombre-pájaro... ¿Cómo sería? ¿Quién sería? ¿Dónde estaría?




Todo el día la ciudad estuvo alborotada por el suceso, sobre todo que Riquelmes, sin duda espantado por las amenazas del alcalde, mandó registrar, casa por casa, todos los alrededores, sin dejar una calle, y le pagó a media población para que obtuviera informes. Puso además a toditos sus policías tras del ladrón, dejando sin custodia la Plaza Mayor y sin guardias la cárcel.



Dio resultado. Nunca antes había sucedido, y yo sé que después de esa vez, jamás volvería a ocurrir: lo atraparon. Sí, atraparon al Correvolando. Lo amarraron. Entre diez hombres lo trajeron a la Plaza. La noticia cundió en un instante, y nadie la creía. Yo estaba aún vagando por la calle, y oía decir que no era posible, que ése no era cualquier hombre, que estaba hecho de viento, que corría más veloz que un caballo desbocado, que a su voluntad se hacía invisible, que no existía...

Pero parece que sí existía, porque yo lo vi. Bueno, alcancé a divisarlo: flaquito, moreno, muy derecho, con una sonrisa extraña en los labios. Me dio pena, una pena rara. Metido en medio de la gente, vi cómo lo llevaban a empujones hasta la policía, a la cárcel. Lo trataban mal, como a cualquiera. Pero él era diferente de cualquiera, eso lo iba a saber tiempo después, cuando soltaron a mi tío, que estaba en una celda y pudo ver y escuchar todo lo que sucedió.

The background features a light blue sky with stylized grey clouds. A hand with a green sleeve points from the top right towards the center. In the bottom right corner, a person with blonde hair is visible behind vertical bars, looking out. The text is arranged in several paragraphs on the left side of the page.

—Así es que eres el famoso Correvolando, ¿eh? —dijo burlón el jefe de la policía—. ¿Y qué nombre es ése? ¿No tienes nombre de cristiano?

—¿Mi nombre? No lo sabrá usted ni lo sabrá nadie —contestó muy serio el Correvolando.

—¿Conque ésas tenemos? ¿No quieres decir tu nombre? Pues bien: cincuenta azotes para soltarle la lengua —ordenó Riquelmes.


Y lo azotaron hasta dejarle la espalda en sangre. Pero él no se quejó, no gritó, no habló.

—¿Y ahora? —dijo Riquelmes—. ¡Confiesa al menos que fuiste tú el canalla que robó en casa del señor alcalde! ¡Confiesa! O, ¿quieres más azotes?

—No les tengo miedo a los golpes. Ni a usted. Pero sí: fui yo —dijo, mirando al policía recto a los ojos.

—¡Descarado! ¡Ladrón! ¿Así que fuiste tú? ¿Dónde ocultaste el botín? ¿Dónde están las monedas de oro y las joyas de la señora?


—No las encontrarán. No tengo nada. Apenas pasaron por mis manos, y lo que no está ya repartido entre la gente pobre de mi pueblo, está camino a las pampas de Cliza, donde acampa el valeroso ejército de mi capitán don Esteban Arze —dijo seguro y orgulloso el hombre.

A hand with a green sleeve points towards the text.

A estas palabras, contó mi tío, Riquelmes se puso lívido de ira, o tal vez de miedo. Nombrar en esos tiempos a Arze, a las guerrillas que luchaban ya contra los españoles, era como nombrar al diablo, como invocar fuerzas desconocidas que podían cambiar el orden del universo. Por eso, el jefe de la policía quiso darle un escarmiento al Correvolando. Lo condenó al calabozo, ordenó atarle las manos, encadenarle los pies y dejarlo sin alimento, sin agua, sin luz.

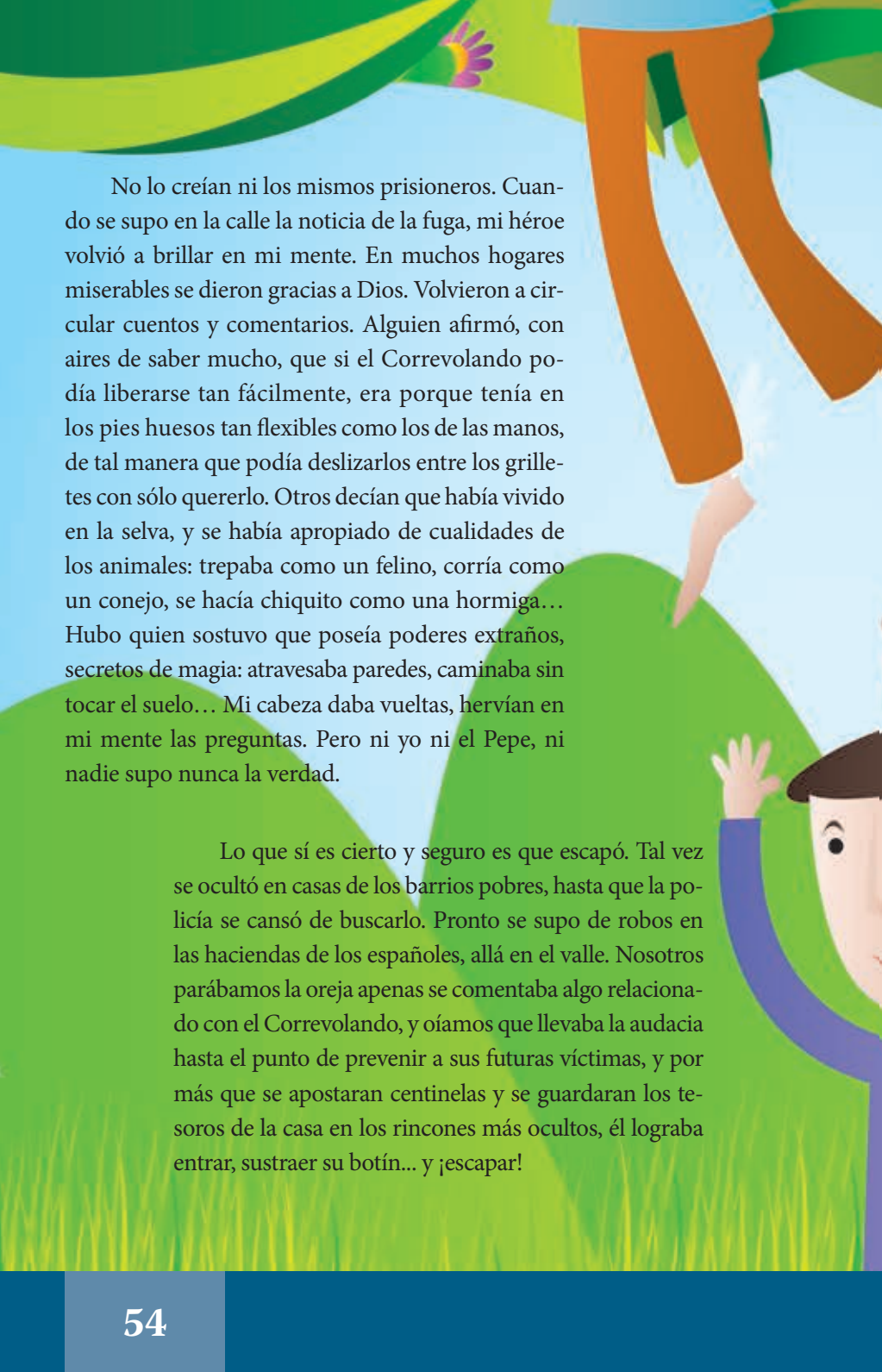
A pesar de la paliza que había aguantado, el Correvolando desafió aún a Riquelmes:

—Hagan de mí lo que quieran, no servirá de nada. No existen muros ni grilletes capaces de detenerme.

A hand with a green sleeve points towards the text.

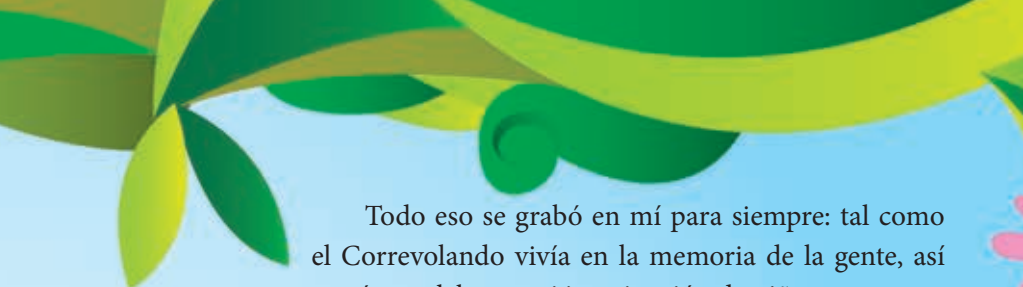
Y lo increíble es que fue cierto. Esa noche lo encadenaron, lo encerraron, pusieron guardias a su puerta, y ahí lo dejaron.

Cuando al día siguiente volvió Riquelmes con el alcalde, encontraron el calabozo vacío, las cadenas tiradas en el suelo, ¡intactas!




No lo creían ni los mismos prisioneros. Cuando se supo en la calle la noticia de la fuga, mi héroe volvió a brillar en mi mente. En muchos hogares miserables se dieron gracias a Dios. Volvieron a circular cuentos y comentarios. Alguien afirmó, con aires de saber mucho, que si el Correvolando podía liberarse tan fácilmente, era porque tenía en los pies huesos tan flexibles como los de las manos, de tal manera que podía deslizarlos entre los grilletes con sólo quererlo. Otros decían que había vivido en la selva, y se había apropiado de cualidades de los animales: trepaba como un felino, corría como un conejo, se hacía chiquito como una hormiga... Hubo quien sostuvo que poseía poderes extraños, secretos de magia: atravesaba paredes, caminaba sin tocar el suelo... Mi cabeza daba vueltas, hervían en mi mente las preguntas. Pero ni yo ni el Pepe, ni nadie supo nunca la verdad.

Lo que sí es cierto y seguro es que escapó. Tal vez se ocultó en casas de los barrios pobres, hasta que la policía se cansó de buscarlo. Pronto se supo de robos en las haciendas de los españoles, allá en el valle. Nosotros parábamos la oreja apenas se comentaba algo relacionado con el Correvolando, y oíamos que llevaba la audacia hasta el punto de prevenir a sus futuras víctimas, y por más que se apostaran centinelas y se guardaran los tesoros de la casa en los rincones más ocultos, él lograba entrar, sustraer su botín... y ¡escapar!



Todo eso se grabó en mí para siempre: tal como el Correvolando vivía en la memoria de la gente, así corría y volaba en mi imaginación de niño.

Pasó el tiempo, vinieron luego años de sangre y esperanza, la lucha contra España, el nacimiento azaroso de nuestra nación. Pero ésa es otra historia. Ahora ha vuelto la paz, y yo soy un hombre maduro. El Pepe, que sigue siendo mi amigo, se burla de mí: ¡dice que entré a trabajar en la policía para tratar de agarrar yo al Correvolando! Yo no le hago caso, y si por ventura un día se cruzara mi camino con el suyo, no haría ni el intento de apresarlos. Como no se encierra al viento ni se atrapa un sueño con las manos, nunca, en ningún lugar, ¡nadie atrapará al Correvolando!



¿Te gustaría conocer cómo se vivía en otras épocas? Lee *Viaje en el tiempo*, en tu Biblioteca Escolar.

El jinete sin cabeza

★ TEXTO: Rubén Fischer / ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

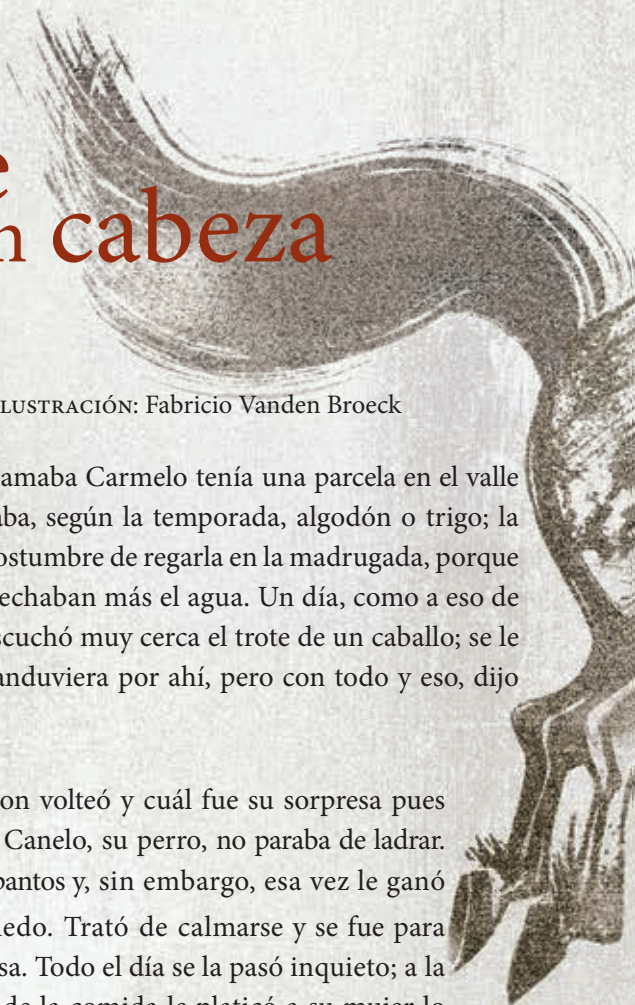
Un señor ya viejo que se llamaba Carmelo tenía una parcela en el valle de Mexicali, donde sembraba, según la temporada, algodón o trigo; la cuidaba mucho y tenía la costumbre de regarla en la madrugada, porque a esa hora las matas aprovechaban más el agua. Un día, como a eso de las cuatro de la mañana, escuchó muy cerca el trote de un caballo; se le hizo extraño que alguien anduviera por ahí, pero con todo y eso, dijo con amabilidad:

—¡Buenos días!

Como no le contestaron volteó y cuál fue su sorpresa pues no había nadie, aunque el Canelo, su perro, no paraba de ladrar. Nunca creyó en cosas de espantos y, sin embargo, esa vez le ganó

el miedo. Trató de calmarse y se fue para su casa. Todo el día se la pasó inquieto; a la hora de la comida le platicó a su mujer lo que había ocurrido, pero ella no le creyó.

Pasaron los días y nada extraño se escuchó en la parcela, pero un lunes muy temprano el señor salió acompañado del Canelo y cuando subió a su troca se dio cuenta de que había olvidado su lonche. Al regresar a su casa, un caballo desbocado que corría sin freno hizo que se detuviera en seco, pues el animal andaba sin tocar el piso y se dirigía justo hacia él, casi lo tenía encima, ¡cuando desapareció!





El señor tragó saliva y no se movió durante un buen rato. Todavía tembloroso entró a su casa, donde se quedó dormido; a mediodía su señora lo despertó:

—Carmelo, levántate a comer, ¿qué tienes? Estás pálido.

—Es que me pasó una cosa bien fea y ya no pude ir a la parcela —dijo el señor y le contó lo del caballo aparecido.

Al escuchar a su marido, la señora se persignó porque le dio mucho miedo y al ver que se dirigía hacia afuera le dijo:

—¡No vayas a la milpa, te puede suceder algo malo!

El señor no le hizo caso, se subió a la troca y se fue. Al llegar, dio unos pasos y se paró bajo un árbol frondoso. Caían a lo lejos los últimos rayos del sol, cuando a su espalda escuchó las pisadas de un animal que se acercaba. Al voltear, descubrió a un enorme caballo blanco frente a él. Lo montaba un jinete vestido de charro, quien dejó al viejo quieto del miedo, pues su cuerpo terminaba en los hombros: ¡no tenía cabeza!

—¿Quién eres? —preguntó armándose de valor—; ¿para qué me quieres?

No hubo respuesta. El señor empezó a sudar, quería moverse y no podía: ver al jinete sin cabeza lo había paralizado. Entre las ramas del árbol sólo se oía el sonido del viento.

En eso, se escuchó una voz que venía de quién sabe dónde. Parecía que salía de la tierra porque era hueca y tenebrosa:

—Soy Joaquín Murrieta. De seguro has oído hablar de mí; vengo a confiarte un secreto.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo el señor en voz alta.

—Escucha con atención lo que voy a decirte: en esta parcela enterré un magnífico tesoro y quiero dártelo, pero con una condición.

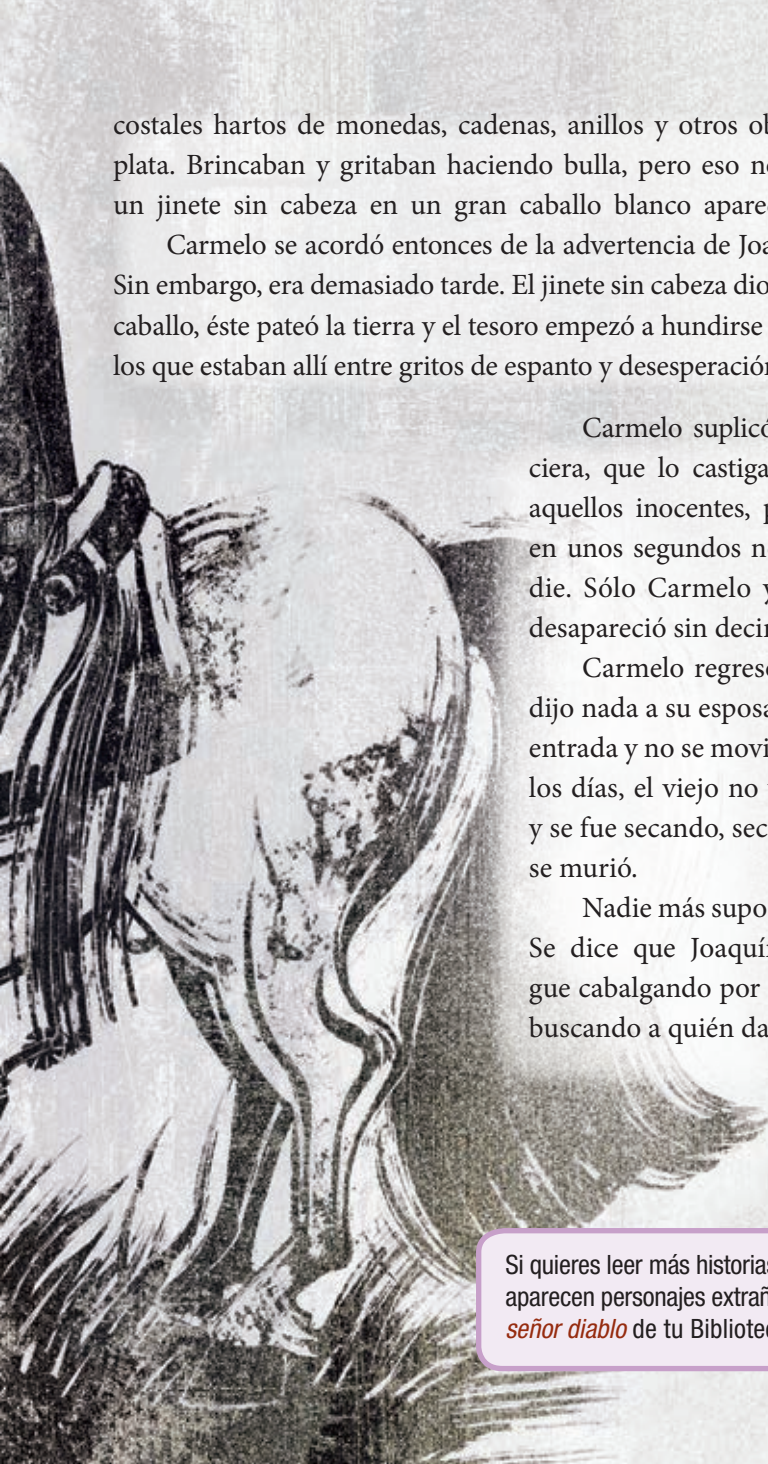
—¿Cuál? —preguntó Carmelo.

—Sólo tú puedes desenterrarlo. Nadie absolutamente nadie más debe hacerlo, porque aquel que lo haga caerá muerto, y tú junto a él.

La voz se fue apagando. En un abrir y cerrar de ojos el descabezado desapareció con todo y caballo. El señor se quedó sorprendido. Después de un rato se subió a su troca y se dirigió al pueblo. Cuando llegó era tanta su emoción, que a todos los que veía les platicaba su aventura y su buena suerte. Reunió las herramientas que necesitaba y regresó a la parcela. Pero no volvió solo, lo acompañaba un grupo de hombres.

A Carmelo no le importó que destruyeran su sembradío, ya que por todos lados hacían hoyos con picos y palas; al cabo de unas horas, uno de ellos gritó que había dado con algo. Se fueron a ese lado del terreno y escarbaron con los rostros llenos de felicidad. Encontraron





costales hartos de monedas, cadenas, anillos y otros objetos de oro y plata. Brincaban y gritaban haciendo bulla, pero eso no duró mucho: un jinete sin cabeza en un gran caballo blanco apareció entre ellos.

Carmelo se acordó entonces de la advertencia de Joaquín Murrieta. Sin embargo, era demasiado tarde. El jinete sin cabeza dio una orden a su caballo, éste pateó la tierra y el tesoro empezó a hundirse jalando a todos los que estaban allí entre gritos de espanto y desesperación.

Carmelo suplicó que no lo hiciera, que lo castigara a él y no a aquellos inocentes, pero fue inútil: en unos segundos no quedaba nadie. Sólo Carmelo y el jinete, que desapareció sin decir nada.

Carmelo regresó a su casa, no dijo nada a su esposa, se sentó en la entrada y no se movió más. Pasaron los días, el viejo no volvió a comer y se fue secando, secando hasta que se murió.

Nadie más supo de lo ocurrido. Se dice que Joaquín Murrieta sigue cabalgando por aquellas tierras buscando a quién darle su tesoro.

Si quieres leer más historias en las que aparecen personajes extraños, lee *Querido señor diablo* de tu Biblioteca Escolar.

Lucy y el monstruo

★ TEXTO: Ricardo Bernal

ILUSTRACIÓN: Natalia Gurovich



Querido Monstruo:

Ya no te tengo miedo. Mi papi dice que no existes y que no puedes llamar a tus amigos porque ellos tampoco existen.

Cuando sea de noche voy a cerrar los ojos antes de apagar la luz del buró y voy a abrazar bien fuerte a mi osito Bonzo para que él tampoco tenga miedo. Si te oigo gruñir en el clóset pensaré que estoy dormida. No quiero gritar como siempre. No quiero que mi papi se despierte y me regañe.

Ya sé que me quieres comer, pero como no existes nunca podrás hacerlo; aunque yo me pase los días pensando que a lo mejor esta noche sí sales del clóset, morado y horrible como en mis pesadillas... Mañana, cuando juegue con Hugo, le voy a decir que te maté y que te dejé enterrado en el jardín, y que nunca más

vas a salir de ahí. Él se va a poner tan contento que me va a regalar su yoyo verde y me va a decir dónde escondió mis lagartijas (siempre ha dicho que tú te las comiste, pero eso no puede ser porque mi papi me dijo que no existes y mi papi nunca dice mentiras).

Voy a dejar esta carta cerca del clóset para que la veas. Voy a pensar en cosas bonitas como en ir al mar, o que es Navidad, o que me saqué un diez en aritmética.

¡Adiós, Monstruo!, qué bueno que no existas.

Firma: Lucy

P. D. No tengo miedo. No tengo miedo. No tengo miedo.

Mi pequeña Lucy:

¿Cómo que no existo? Tu papi no sabe lo que dice. ¿Acaso no me inventaste tú misma el día de tu cumpleaños número siete? ¿Acaso no platicabas conmigo todas las noches y te asustabas con los extraños ruidos de mis tripas?

Todas las noches te observé desde el clóset y tú lo sabías... Aunque nunca me viste, conocías de memoria mis ojos, mi lengua y mis colmillos, pues todas, todas las noches me soñabas.

Por eso cuando leí tu carta sentí tanta desesperación. Por eso destrocé tus juguetes y me comí de un solo bocado a tu delicioso osito Bonzo.

Lo juro, Lucy, tú ya estabas muerta.

Tenías los ojos abiertos y cuando toqué tu barriguita estaba más fría que mi mano. Seguramente te mató el miedo y yo no pude comerte pues no me gusta el sabor de los niños muertos. Lo único que hice fue regresar al clóset y llorar de tristeza hasta quedarme dormido... ¡Pobre Lucy! ¡Pobre Lucy y pobre monstruo solitario!

Ahora tendré que salir de aquí, alejarme de los adultos que cuidan tu pequeño ataúd y dejar esta carta donde puedas encontrarla... Necesito la risa de un niño y necesito el miedo de un niño para seguir vivo.

Por cierto, Lucy, ¿dónde dices que vive tu amigo Hugo?

**Atentamente,
El Monstruo**



¿Quieres seguir leyendo historias fantásticas e imposibles de seres extraordinarios? Lee *Cuentos de espantos y aparecidos*, una antología que está en tu Biblioteca Escolar.



El doctor improvisado

☆ TEXTO: Versión de Alfonso Morales

ILUSTRACIÓN: Abril Castillo

En una pequeña población había un sastre tan lleno de hijos como escaso de recursos. Una mañana que los niños lloraban de hambre, se decidió a correr fortuna y a no volver sino hasta que tuviera mucho dinero. Risa causó en su mujer, quien, ante tal resolución, tuvo a bien pedirle el último adiós.

Y que sale el sastre de su casa y triste va pensando en mujer e hijos, cuando voltea la cara y a la distancia ve a un caminante que lleva idéntico rumbo. “Siquiera tendré con quien hablar”, se dice mientras afloja el paso para dejarse alcanzar.

Cuando piensa que ya debe estar cerca, vuelve otra vez la cara atrás... ¡Pero cuál no fue su terror al ver al compañero que su infeliz suerte le destinaba!:

—¿Por qué te llenas de pavor al verme, si tantas veces me has llamado a gritos? —le dijo la huesuda.

—¡Ay, señora Muerte! Cierto que a veces he deseado morir... Pero hoy no, porque he salido a buscar fortuna para mis hijos que están en la miseria, ¿qué sería de ellos si me llevas?

—le contestó el sastre a la calaca.

—De ello no te aflijas que no vengo a llevarte. Mira mi capote que viejo está, y yo teniendo que correr por tan distintos climas; temo que al pasar de uno cálido a otro frío me sobrecoja una pulmonía —tiritó la parca.

—¿Y quiere sin duda, mi señora, que lo zurza? —le responde preparando dedal y aguja.

—¿Qué no ves que este paño no consiente zurcido alguno? Mira —le dice sacando algo de su vieja capa—: aquí hay paño nuevo, ve si alcanza...

Y alcanzó para el nuevo capote, y hasta sobró para que el sastre se hiciera un traje, sentándose a coser en una piedra. Al terminar no supo qué hacer con su trabajo; ignoraba dónde la Muerte andaba. Poco duró su duda porque al momento se le hizo presente, diciéndole:

—¡Bravo! Eres cumplido. Dime cuánto es lo que te debo.

—Nada cobro, señora, a las personas que yo aprecio.

—Sin embargo, todo trabajo merece recompensa: toma este bolso lleno de oro. Y eso no es todo, pues quiero que al llegar a tu casa seas doctor en Medicina —dijo la Muerte.

—¿Cómo podría serlo si no conozco la O por lo redondo? —contestó el sastre sorprendido.

—De poco te asustas; hay algunos doctores que saben tan poco como tú o menos y son muy afamados —replicó la parca—. Serás de los doctores el mejor.



—¿Cómo he de recetar si no sé leer y desconozco del latín?

—Toma primero casa grande, luego alquila o compra coche y después coloca, con letras grandes, la placa que diga: “Médico, cirujano y partero, alópata y homeópata”. Cuando te llamen para asistir a un enfermo fíjate dónde me paro. Si me ves a los pies de su cama, dices que aunque parezca muy malito, no hay que temer por su vida; pero si estoy en la cabecera, entonces tomas el pulso, meneas la cabeza haciendo signo negativo y dices, con tono magistral: “No hay sino sólo Dios que lo pueda salvar”, no sin antes aconsejarle a la familia que diga al enfermo que arregle su testamento. Buena propina te darán los herederos.

—Agradezco el favor, señora, y por simpatía quisiera pedirle otro: mi esposa está en vísperas de dar a luz y quisiera que usted se hiciera mi comadre llevando a mi hijo a bautizar.

—Si no es más que eso, te lo prometo —dijo la Muerte, que salió corriendo porque la llamaban dos grandes ejércitos que libraban tremenda batalla.

Y el antes sastre y ahora doctor encaminose gustoso a casa, donde encontró a sus muchachos pidiéndole pan a su pobre madre. Cuando se abalanzaron sobre él, los aquietó con una promesa que hizo pensar a su esposa que ya estaba demente, infelicidad que se agregaría a la miseria.



Él prometió para ese día comida de príncipes, que ya nunca faltaría; ella lo creyó perdido de sus sentidos, pero el oro del bolso dio para que todos pudieran comer, mucho y de lo mejor, en una buena fonda.

Mientras hijos y mujer duermen, va él a conseguir céntrica casa y ropa para toda la familia, que al despertar encontrará en lugar de sus hilachos. Cree soñar la esposa con la ropa interior de lino y el vestido de seda, con la repentina riqueza, con el coche que está esperándolos para llevarlos a su nuevo hogar. Hecho un catrín, el apenas ayer miserable le cuenta lo del capote, el oro y el secreto de ser el *non plus ultra* de los médicos habidos y por haber.

Apenas él y su numerosa prole toman posesión de la casa, se deja venir corriendo un mozo en busca del doctor, porque su amo está grave. Sube al coche y se dirige a la casa indicada, toda ella revuelta y en alboroto que suspende su llegada.

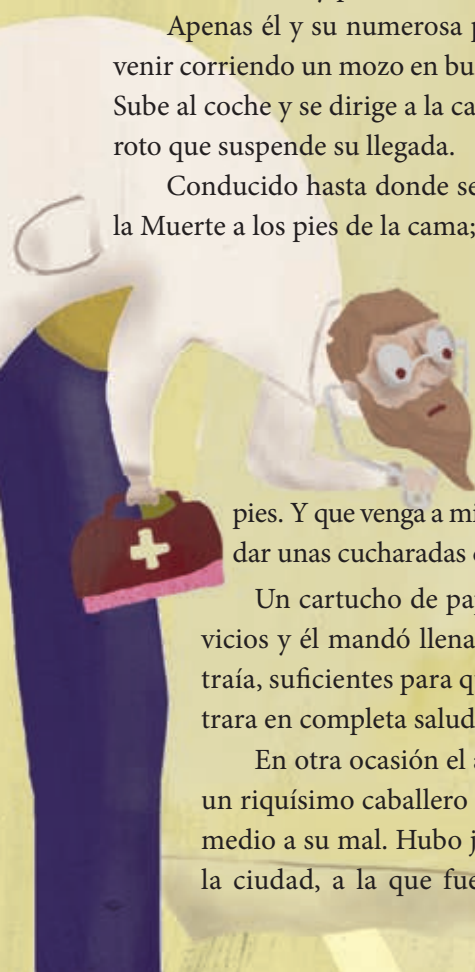
Conducido hasta donde se encuentra el enfermo, ve a su comadre la Muerte a los pies de la cama; y después de muchas pantomimas y en medio de un silencio sepulcral, dice el improvisado doctor:

—Señores, la enfermedad es maligna, pero nada hay que se oponga a mi ciencia. Yo me comprometo a sanar al paciente en ocho días: por ahora denle un baño de

pies. Y que venga a mi casa un mozo con dos botellas para mandar unas cucharadas que debe tomar cada media hora.

Un cartucho de papel le dio la señora a cambio de sus servicios y él mandó llenar con agua las dos botellas que el mozo traía, suficientes para que, a los ocho días, el enfermo se encontrara en completa salud.

En otra ocasión el afamado doctor fue llamado a la casa de un riquísimo caballero que moría sin que nadie diera con el remedio a su mal. Hubo junta de los médicos más acreditados de la ciudad, a la que fue llamado nuestro remendón. Los diez



doctores ahí presentes vieron con aire burlón al pobre sastre, quien dejó que los sabios hablaran y dieran por segura la muerte del enfermo. Vista su comadre en el buen sitio, se conformó con decir:

—Yo lo salvaré.

En las barbas se le rieron los doctores y lo calificaron de loco y pretencioso. Sin embargo, a los tres días estaba el paciente fuera de peligro gracias a las seis píldoras de migajón que sacó de su bolsa y le hizo tragar.

Así fue que crecieron su fama y sus recompensas, hasta ya no tener tiempo ni para dormir. La mujer dio a luz un niño y la Muerte se presentó a cumplir su palabra. El doctor ofreció a la Muerte espléndido banquete, generosos vinos y fuertes aguardientes. Cuando la vio templadita le dijo:

—Querida comadrita, espero que te olvidarás de tu compadre todo lo más posible.

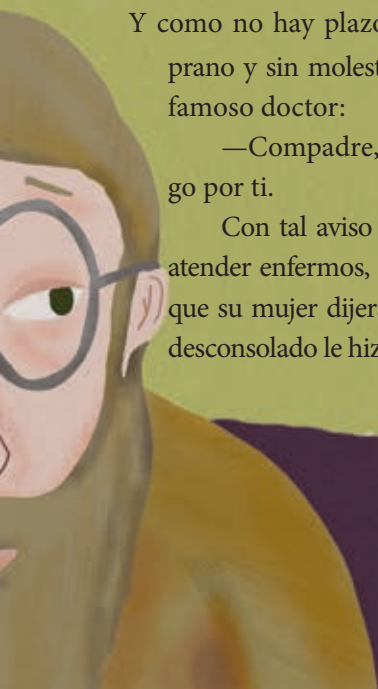
—Te prometo, compadre, a fe de Muerte, que tres días antes de venir por ti, te vengo a avisar.

Tomaron otras copas a salud del ahijadito y despidiéndose de sus compadres se fue la Muerte a su oficio eterno.

Y como no hay plazo que no se cumpla, una mañana, muy temprano y sin molestar al portero, que se le aparece su comadre al famoso doctor:

—Compadre, te vengo a avisar que dentro de tres días, vengo por ti.

Con tal aviso ya no pudo conciliar el sueño, ni quiso salir a atender enfermos, ni tomar alimento alguno. Tampoco le consoló que su mujer dijera que todo era una chanza de su comadre. Así desconsolado le hizo caso a su esposa cuando le dijo:



—Mi comadre te conoce como estás ahora vestido, pero si cambias de traje no te conocerá.

Dicho y hecho, que se va por sus camisas y calzones de manta, una calzonera y una blusa; que se rapa cabello, barba, bigote y hasta cejas; y en disfraz de mozo que se pone en el corredor a regar macetas.

Y en eso que sube la Muerte y pasa junto a él, sin saludarlo, yéndose hasta la sala donde estaban su mujer y sus hijos. A ella sí la saluda y le pregunta por el ahijado. También le pregunta por el compadre:

—Comadrita —responde su mujer—, mi esposo no está en la ciudad, fue a asistir a un enfermo fuera de aquí.

Al oír esto se despidió de su comadre prometiendo volver a visitarla. Ella, cortés, salió a acompañarla a la puerta del corredor, donde su marido estaba atareado regando macetas. Y que pasa junto a él la Muerte, y que se voltea y dice:

—Comadrita, le dice usted a mi compadre que, mientras él viene, me llevo a este pelón.

Y que lo agarra del pescuezo y con él desaparece.

Aquí se ve cómo tiene razón el versito que dice:

Ni con la muerte tampoco
procures acompañar,
pues cuando menos esperes
¡te ha de venir a llevar!

La muerte como personaje puede resultar muy divertida aunque, al parecer, nunca se le puede engañar; confírmalo leyendo *Francisca y la muerte y otros cuentos*. Encuéntralo en tu Biblioteca Escolar.




Ángel de luz

★ TEXTO: Agustín Monsreal

ILUSTRACIÓN: Lourdes Guzmán

“Mamá está en mi cuarto”, le dije a mi hermana. “Dice que quiere hablar contigo, que vayas”.

Mi hermana me miró con lástima, aunque también con reproche.



“No puede ser”, me contestó.
“Mamá está muerta”.

“Ya lo sé, pero ahí está. Ven a ver”.

“Bueno, está bien. Vamos”.

Y atravesamos la pared
cogidos de la mano.



Lee más relatos de terror en
Relatos de fantasmas, ocho
cuentos de grandes autores.
Búscalo en la Biblioteca Escolar.



La muerte tiene permiso

★ TEXTO: Edmundo Valadés / ILUSTRACIÓN: Santiago Mejía

Sobre el estrado, los ingenieros conversan, ríen. Se golpean unos a otros con bromas incisivas. Sueltan chistes gruesos cuyo clímax es siempre áspero. Poco a poco su atención se concentra en el auditorio. Dejan de recordar la última juega, las intimidades de la muchacha que debutó en la casa de recreo a la que son asiduos. El tema de su charla son ahora esos hombres, ejidatarios congregados en una asamblea y que están ahí abajo, frente a ellos.

—Sí, debemos redimirlos. Hay que incorporarlos a nuestra civilización, limpiándolos por fuera y enseñándolos a ser sucios por dentro...

—Es usted un escéptico, ingeniero. Además, pone usted en tela de juicio nuestros esfuerzos, los de la Revolución.

—¡Bah! Todo es inútil. Estos jijos son irredimibles. Están podridos en alcohol, en ignorancia. De nada ha servido repartirles tierras.



—Usted es un superficial, un derrotista, compañero. Nosotros tenemos la culpa. Les hemos dado las tierras, ¿y qué? Estamos ya muy satisfechos. Y el crédito, los abonos, una nueva técnica agrícola, maquinaria, ¿van a inventar ellos todo eso?

El presidente, mientras se atusa los enhiestos bigotes, acariciada asta por la que iza sus dedos con fruición, observa tras sus gafas, inmune al floreteo de los ingenieros. Cuando el olor animal, terrestre, picante, de quienes se acomodan en las bancas, cosquillea su olfato, saca un paliacate y se suena las narices ruidosamente. Él también fue hombre del campo. Pero hace ya mucho tiempo. Ahora, de aquello, la ciudad y su posición sólo le han dejado el pañuelo y la rugosidad de sus manos.



Los de abajo se sientan con solemnidad, con el recogimiento del hombre campesino que penetra en un recinto cerrado: la asamblea o el templo. Hablan parcamente y las palabras que cambian dicen de cosechas, de lluvias, de animales, de créditos. Muchos llevan sus itacates al hombro, cartucheras para combatir el hambre. Algunos fuman, sosegadamente, sin prisa, con los cigarrillos como si les hubieran crecido en la propia mano.

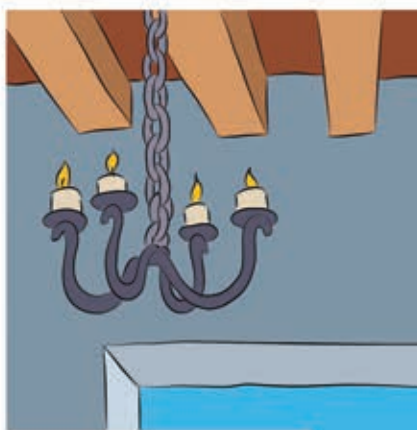
Otros, de pie, recargados en los muros laterales, con los brazos cruzados sobre el pecho, hacen una tranquila guardia.

El presidente agita la campanilla y su retintín diluye los murmullos. Primero empiezan los ingenieros. Hablan de los problemas agrarios, la necesidad de incrementar la producción, de mejorar los cultivos. Prometen ayuda a los ejidatarios, los estimulan a plantear sus necesidades.

—Queremos ayudarlos, pueden confiar en nosotros.



Ahora, el turno es para los de abajo. El presidente los invita a exponer sus asuntos. Una mano se alza tímida. Otras la siguen. Van hablando de sus cosas: el agua, el cacique, el crédito, la escuela. Unos son directos, precisos; otros se enredan, no atinan a expresarse. Se rascan la cabeza y vuelven el rostro a buscar lo que iban a decir, como si la idea se les hubiera escondido en algún rincón, en los ojos de un compañero o arriba, donde cuelga un candil.



Allí, en un grupo, hay cuchicheos. Son todos del mismo pueblo. Les preocupa algo grave. Se consultan unos a otros: consideran quién es el que debe tomar la palabra.

—Yo crioque Jilipe: sabe mucho...

—Ora, tú, Juan, tú hablaste aquella vez...

No hay unanimidad. Los aludidos esperan ser empujados. Un viejo, quizá el patriarca, decide:

—Pos que le toque a Sacramento...

Sacramento espera.

—Ándale, levanta la mano...

La mano se alza, pero no la ve el presidente. Otras son más visibles y ganan el turno. Sacramento escudriña al viejo. Uno muy joven, levanta la suya bien alta. Sobre el bosque de hirsutas cabezas pueden verse los cinco dedos morenos, terrosos. La mano es descubierta por el presidente. La palabra está concedida.

—Órale, párate.





La mano baja cuando Sacramento se pone en pie. Trata de hallarle sitio al sombrero. El sombrero se transforma en un ancho estorbo, crece, no cabe en ningún lado. Sacramento se queda con él en las manos. En la mesa hay señales de impaciencia. La voz del presidente salta, autoritaria, conminativa:

—A ver, ese que pidió la palabra, lo estamos esperando.

Sacramento prende sus ojos en el ingeniero que se halla a un extremo de la mesa. Parece que sólo va a dirigirse a él; que los demás han desaparecido y han quedado únicamente ellos dos en la sala.

—Quiero hablar por los de San Juan de las Manzanas. Traimos una queja contra el Presidente Municipal que nos hace mucha guerra y ya no lo aguantamos. Primero les quitó sus tierritas a Felipe Pérez y a Juan Hernández, porque colindaban con las suyas. Telegrafiamos a México y ni nos contestaron. Hablamos los de la congregación y pensamos que era bueno ir al Agrario, pa la restitución. Pos de nada valieron las revueltas ni los papeles, que las tierritas se le quedaron al Presidente Municipal.

Sacramento habla sin que se alteren sus facciones. Pudiera creerse que reza una vieja oración, de la que sabe muy bien el principio y el fin.

—Pos nada, que como nos vio con rencor, nos acusó quesque por revoltosos. Que parecía que nosotros le habíamos quitado sus tierras. Se nos vino entonces con lo de las cuentas; lo de los préstamos, señor, que



dizque andábamos atrasados. Y el agente era de su mal parecer, que teníamos que pagar hartos intereses. Crescencio, el que vive por la loma, por ai donde está el aguaje y que le intelige a eso de los números, pos hizo las cuentas y no era verdá: nos querían cobrar de más. Pero el Presidente Municipal trajo unos señores de México, que con muchos poderes y que si no pagábamos nos quitaban las tierras. Pos como quien dice, nos cobró a la fuerza lo que no debíamos...



Sacramento habla sin énfasis, sin pausas premeditadas. Es como si estuviera arando la tierra. Sus palabras caen como granos, al sembrar.

—Pos luego lo de miyo, señor. Se encorajinó el muchacho. Si viera usted que a mí me dio mala idea. Yo lo quise detener. Había tomado y se le enturbió la cabeza. De nada me valió mi respeto. Se fue a ver al Presidente Municipal, pa reclamarle... Lo mataron a la mala, que dizque se andaba robando una vaca del Presidente Municipal. Me lo devolvieron difunto, con la cara destrozada...

La nuez de la garganta de Sacramento ha temblado. Sólo eso. Él continúa de pie, como un árbol que ha afianzado sus raíces. Nada más. Todavía clava su mirada en el ingeniero, el mismo que se halla al extremo de la mesa.

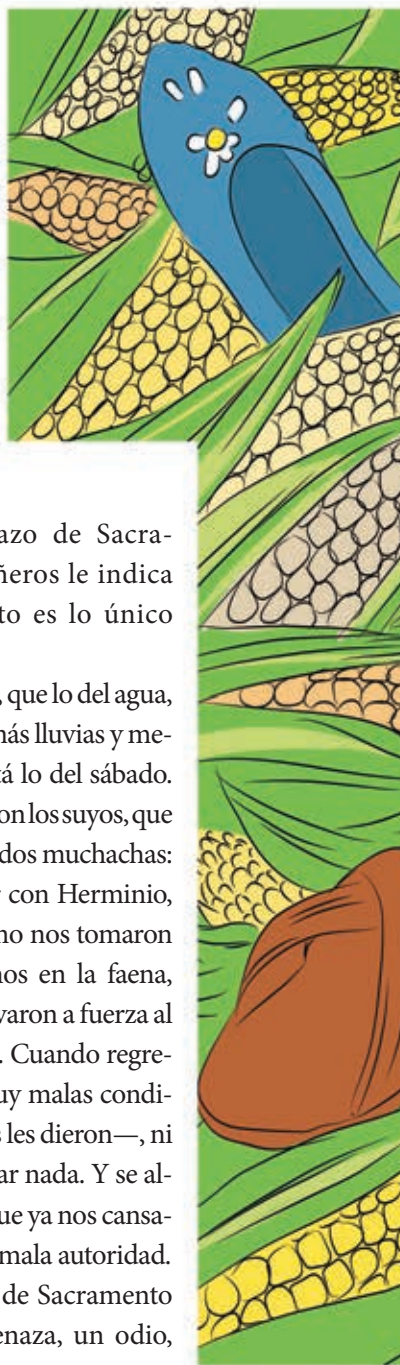


—Luego, lo del agua. Como hay poca, porque hubo malas lluvias, el Presidente Municipal cerró el canal. Y como se iban a secar las milpas y la congregación iba a pasar mal año, fuimos a buscarlo; que nos diera tantita agua, señor, pa nuestras siembras. Y nos atendió con malas razones, que por nada se amuina con nosotros. No se bajó de su mula, pa perjudicarnos...

Una mano jala el brazo de Sacramento. Uno de sus compañeros le indica algo. La voz de Sacramento es lo único que resuena en el recinto.

—Si todo esto fuera poco, que lo del agua, gracias a la Virgencita, hubo más lluvias y medio salvamos las cosechas, está lo del sábado. Salió el Presidente Municipal con los suyos, que son gente mala y nos robaron dos muchachas: a Lupita, la que se iba a casar con Herminio, y a la hija de Crescencio. Como nos tomaron desprevenidos, que andábamos en la faena, no pudimos evitarlo. Se las llevaron a fuerza al monte y ai las dejaron tiradas. Cuando regresaron las muchachas —en muy malas condiciones, porque hasta de golpes les dieron—, ni siquiera tuvimos que preguntar nada. Y se alborotó la gente de a deveras, que ya nos cansamos de estar a merced de tan mala autoridad.

Por primera vez, la voz de Sacramento vibró. En ella latió una amenaza, un odio, una decisión ominosa.



—Y como nadie nos hace caso, que a todas las autoridades hemos visto y pos no sabemos dónde andará la justicia, queremos tomar aquí providencias. A ustedes —y Sacramento recorrió ahora a cada ingeniero con la mirada y la detuvo ante quien presidía—, que nos prometen ayudarnos, les pedimos su gracia para castigar al Presidente Municipal de San Juan de las Manzanas. Solicitamos su venia para hacernos justicia por nuestra propia mano...

Todos los ojos auscultan a los que están en el estrado. El presidente y los ingenieros, mudos, se miran entre sí. Discuten al fin.

—Es absurdo, no podemos sancionar esta inconcebible petición.

—No, compañero, no es absurda. Absurdo sería dejar este asunto en manos de quienes no han hecho nada, de quienes han desoído esas voces. Sería cobardía esperar a que nuestra justicia hiciera justicia; ellos ya no creerían nunca más en nosotros. Prefiero solidarizarme con estos hombres, con su justicia primitiva, pero justicia al fin; asumir con ellos la responsabilidad que me toque. Por mí, no nos queda sino concederles lo que piden.

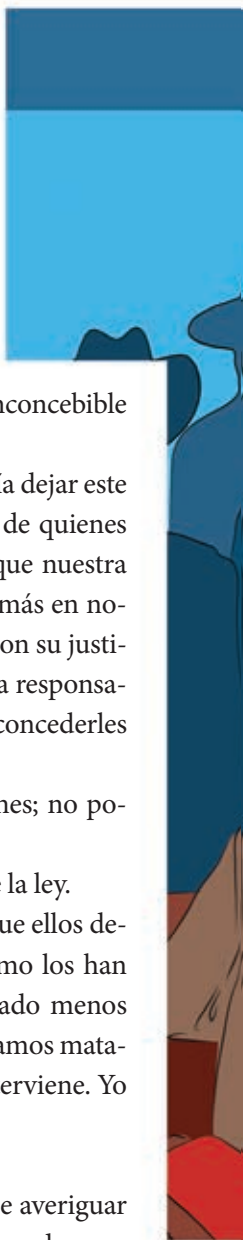
—Pero somos civilizados, tenemos instituciones; no podemos hacerlas a un lado.

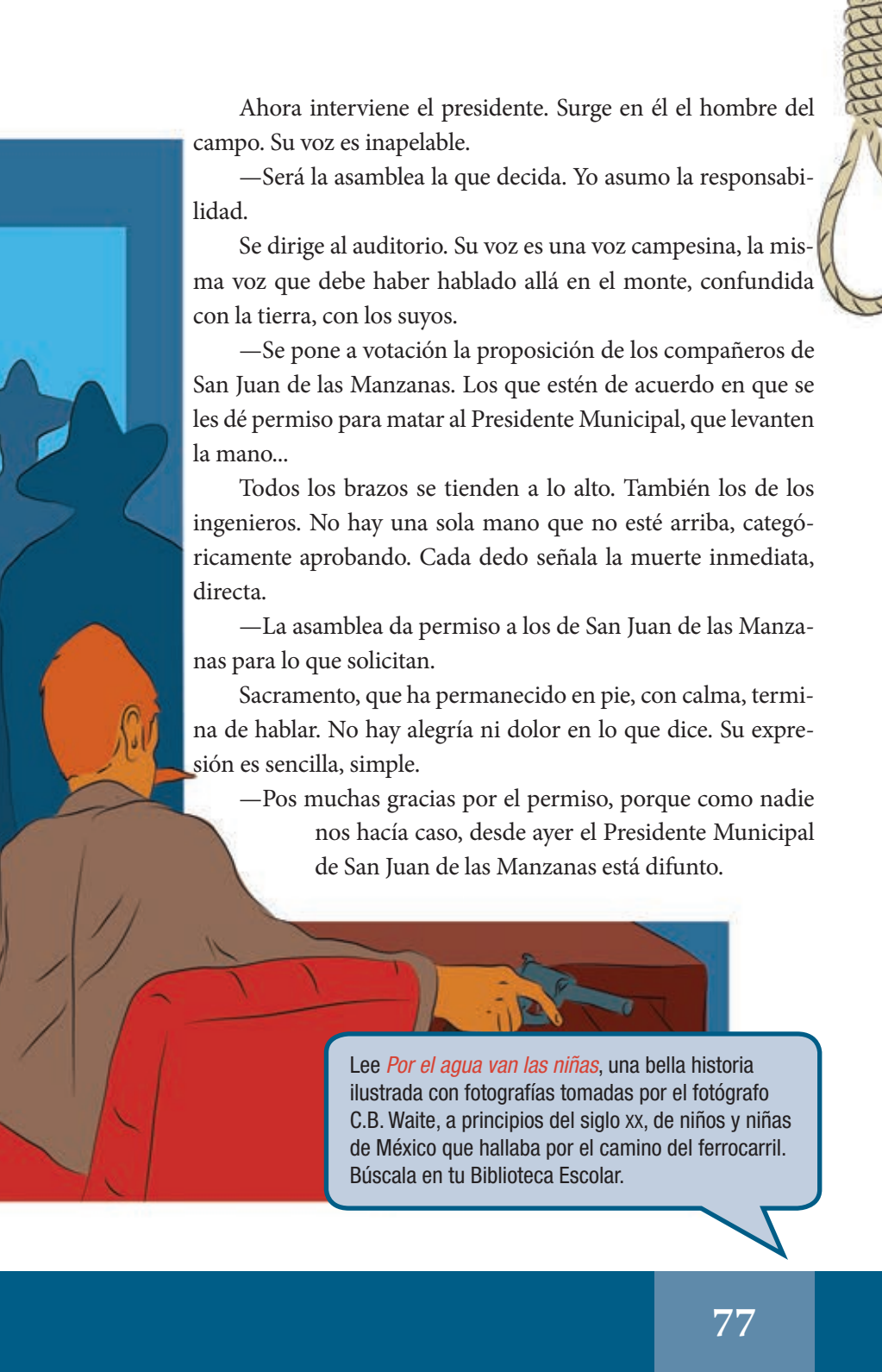
—Sería justificar la barbarie, los actos fuera de la ley.

—¿Y qué peores actos fuera de la ley que los que ellos denuncian? Si a nosotros nos hubieran ofendido como los han ofendido a ellos; si a nosotros nos hubieran causado menos daños que los que les han hecho padecer, ya hubiéramos matado, ya hubiéramos olvidado una justicia que no interviene. Yo exijo que se someta a votación la propuesta.

—Yo pienso como usted, compañero.

—Pero estos tipos son muy ladinos, habría que averiguar la verdad. Además, no tenemos autoridad para conceder una petición como ésta.





Ahora interviene el presidente. Surge en él el hombre del campo. Su voz es inapelable.

—Será la asamblea la que decida. Yo asumo la responsabilidad.

Se dirige al auditorio. Su voz es una voz campesina, la misma voz que debe haber hablado allá en el monte, confundida con la tierra, con los suyos.

—Se pone a votación la proposición de los compañeros de San Juan de las Manzanas. Los que estén de acuerdo en que se les dé permiso para matar al Presidente Municipal, que levanten la mano...

Todos los brazos se tienden a lo alto. También los de los ingenieros. No hay una sola mano que no esté arriba, categóricamente aprobando. Cada dedo señala la muerte inmediata, directa.

—La asamblea da permiso a los de San Juan de las Manzanas para lo que solicitan.

Sacramento, que ha permanecido en pie, con calma, termina de hablar. No hay alegría ni dolor en lo que dice. Su expresión es sencilla, simple.

—Pos muchas gracias por el permiso, porque como nadie nos hacía caso, desde ayer el Presidente Municipal de San Juan de las Manzanas está difunto.

Lee *Por el agua van las niñas*, una bella historia ilustrada con fotografías tomadas por el fotógrafo C.B. Waite, a principios del siglo xx, de niños y niñas de México que hallaba por el camino del ferrocarril. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

Oda al albañil tranquilo

★ TEXTO: Pablo Neruda / ILUSTRACIÓN: Natalia Gurovich

El albañil
dispuso
los ladrillos.

Mezcló la cal, trabajó
con arena.

Sin prisa, sin palabras,
hizo sus movimientos
alzando la escalera,
nivelando
el cemento.

Hombros redondos, cejas
sobre unos ojos
serios.

Pausado iba y venía
en su trabajo
y de su mano
la materia
crecía.



La cal cubrió los muros,
una columna
elevó su linaje,
los techos
impidieron la furia
del sol exasperado.

De un lado a otro iba
con
tranquilas manos
el albañil
moviendo
materiales.
Y al fin
de
la semana,
las columnas, el
arco,
hijos de
cal, arena,
sabiduría y manos,
inauguraron
la sencilla firmeza
y la frescura.

¡Ay, qué lección
me dio con su trabajo
el albañil tranquilo!



Lee *A la orilla del agua y otros poemas de América Latina*, que reúne poemas de 19 países. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

El Periquillo Sarniento

★ TEXTO: José Joaquín Fernández de Lizardi, adaptación de Felipe Garrido

ILUSTRACIÓN: Enrique Torralba

Periquillo va de una escuela a otra.

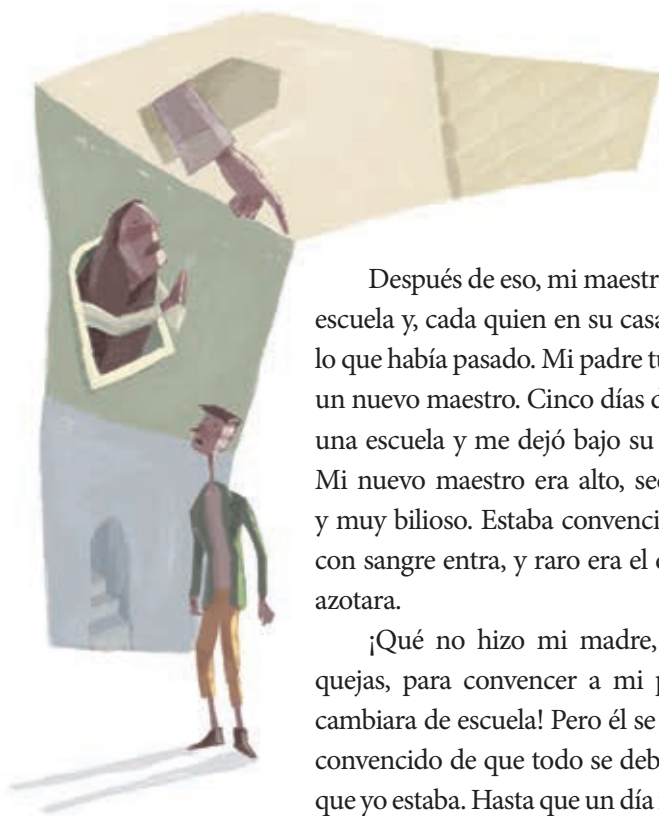
Llegado el día, hizo sus pucheritos mi madre, yo un montón de be-r-rinches, pero nada valió para que mi padre cambiara su decisión; aunque no me gustara, me mandaron a la escuela.

El maestro era buena gente, pero no sabía dar clases. No podía mantener la disciplina. En esos días yo vestía saquito verde y pantalón amarillo. Esos colores, y el que mi maestro me llamara Pedrillo, hicieron que mis amigos me apodaran Periquillo. Pero como había otro Perico, una vez que me dio sarna, jugando con mi apellido me completaron el apodo y quedé convertido en el Periquillo Sarniento.

Un día llegó un clérigo para inscribir a un niño en la escuela, pero cuando vio la mala ortografía de mi maestro le dijo:

—Me llevo a mi sobrino. Usted tiene buen corazón, pero para ser un buen maestro hacen falta conocimientos, virtud y vocación. Y lo único que usted tiene es la virtud.





Después de eso, mi maestro decidió cerrar la escuela y, cada quien en su casa, todos contamos lo que había pasado. Mi padre tuvo que buscarme un nuevo maestro. Cinco días después me llevó a una escuela y me dejó bajo su espantosa tiranía. Mi nuevo maestro era alto, seco, medio canoso y muy bilioso. Estaba convencido de que la letra con sangre entra, y raro era el día en que no nos azotara.

¡Qué no hizo mi madre, movida por mis quejas, para convencer a mi padre de que me cambiara de escuela! Pero él se mostró inflexible, convencido de que todo se debía a lo consentido que yo estaba. Hasta que un día fue a la casa, de visita, un religioso que ya sabía cómo se las gastaba el famoso maestro, y contó tales cosas que mi padre terminó por convencerse y decidió ponerme en otra escuela.

¡Cuál fue mi sorpresa cuando la vi! Era muy amplia y limpia, llena de luz y bien ventilada. Dos años estuve allí, al cabo de los cuales medio sabía leer, escribir y contar.

Cuando terminé la escuela, mis padres me dejaron descansar unos días, y luego comenzaron a ver qué sería de mi vida. Mi padre se sentía viejo y pobre y quería que yo tuviera un oficio; decía que más valía que yo fuera un mal oficial que un buen vagabundo.

Llega Periquillo con el doctor Purgante, aprende a su lado, lo roba, sale corriendo y llega a Tula, donde se finge médico.

El doctor Purgante era alto, flaco de cara y piernas y abultado de panza; de boca grande y despoblado de dientes. Hablaba mitad en latín, mitad en español. Era calvo y por eso usaba en la calle un peluquín de bucles. Luego que entré me conoció y me dijo:

—Ya sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo el farmacéutico.

—Es verdad, señor —le dije—; no había venido de vergüenza.

—¡Qué estulticia! —exclamó—; la *verecundia* (vergüenza) es *optime bona* (muy buena) cuando la origina crimen de *cogitato* (intencional), mas no cuando se comete *involuntarie*. En fin, hijo *carísimo* (queridísimo), ¿quieres quedarte en mi servicio y ser mi *consodal in perpetuum* (consuelo para siempre)?

—Sí, señor —respondí.

Pues bien, en esta *domo* (casa) tendrás *in primis* (en primer lugar), el *panem nostrum quotidianum* (pan nuestro de cada día); *aliunde* (además), lo potable necesario; *tertio* (en tercer lugar), la cama; *quarto*, los *tegumentos* exteriores heterogéneos de tu materia física (la ropa); quinto, asegurada la parte de la higiene que apetecer puedas, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta. Sexto, beberás la ciencia de Apolo, dios de la medicina, *ex ore meo, ex visu tuo y ex bibliotheca nostra* (de mi boca, de tu vis-



ta y de nuestra biblioteca); *postremo* (por último), contarás cada mes para tus *surrupios* (antojos) o para *quodcumque vellis* (lo que quieras) quinientos cuarenta y cuatro maravedís limpios de paja y polvo, teniendo por toda obligación solamente hacer todos los mandamientos que ordene la señora, mi hermana; observar cuándo estén las aves *gallináceas* para *oviparar* y recoger los *albos* huevos; servir las viandas a la mesa y, finalmente, lo que más te encargo, cuidar de la refacción (de la comida) de mi mula, a quien deberás atender y servir con más prolijidad que a mi persona.

Siete u ocho meses permanecí cumpliendo con mis obligaciones. Tanto mirar las estampas anatómicas, observar los remedios que mi amo recetaba a los enfermos y las lecciones verbales que me daba me hicieron creer que yo sabía medicina. Un día que me riñó ásperamente y aun me quiso dar de palos porque se me olvidó darle de cenar a la mula, prometí vengarme. Esa misma noche di a la doña mula ración doble de maíz y cebada, y cuando toda la casa estaba en lo más pesado de su sueño, la ensillé con todos sus arneses, hice un bulto con catorce libros, una capa, una peluca vieja, un formulario de recetas, los títulos y la carta de examen del doctor Purgante. Me llevé también una alcancía que era de la hermana, con cuarenta duros.

Me hospedé en un mesón. Estaba pensando a qué pueblo dirigiría mi marcha, cuando se acercó a la puerta un muchacho a pedir por Dios un bocadito. Al punto que lo vi, conocí que era



Andrés, el aprendiz del barbero. Yo le hice creer que me acababa de fortuna, porque en México había más médicos que enfermos. El pobre muchacho me contó lo mal que le había ido con la vieja después de que me fui, y me rogó que lo llevara en mi compañía; que nos fuéramos a Tula, donde no había médico.



A los dos días de llegar a Tula, luego que descansé, me informé de quiénes eran los vecinos principales. A todos envié recado, ofreciéndoles mis servicios, y los visité de noche vestido de ceremonia, con capa y peluca. Para que me viera el común del pueblo, el domingo me presenté en la iglesia y creo que nadie oyó misa por mirarnos. Lo cierto es que no cesaban de preguntar a Andrés quiénes éramos. Y él les decía:

—Este señor es mi amo. Se llama el doctor don Pedro Sarmiento; soy su mozo, me llamo Andrés Cascajo y soy barbero, muy capaz de sacarle sangre a un muerto y quitarle una muela a un león.

Corrió la noticia y de todas partes iban a consultarme. Por fortuna, los primeros que me consultaron fueron de aquéllos que sanan aunque no se atiendan; pero lo que me encumbró a los cuernos de la luna fue una curación que le hice al alcabalero, el encargado de cobrar los impuestos.

Entramos a la recámara y vimos al enfermo con todos los síntomas de un *apoplético* (que tiene apoplejía). Andrés le ligó los brazos y le dio en las venas dos piquetes que parecían puñaladas; al cabo de haberse llenado dos porcelanas de sangre, abrió los ojos el enfermo y comenzó a conocer a los circunstantes y a hablarles. Inmediatamente hice que Andrés aflojara las vendas y cerrara las heridas. Le receté su dieta para los días siguientes. Todos me dieron las gracias y, al despedirme, la señora me puso en la mano una onza de oro.



Me llamaron una noche para la casa de don Ciriaco Redondo, el tendero más rico, quien estaba acabado de cólico. Le hice mil preguntas, me informé que era muy goloso. Mandé cocer malvas con jabón y miel. El triste enfermo bebió la asquerosa poción y con eso tuvo para volver la mitad de las entrañas, pero se fatigó demasiado. Entonces hice que Andrés llenara la jeringa y le mandé franquear el trasero. Al cuarto de hora hizo una evacuación copiosísima e inmediatamente se alivió. Me colmaron de gracias, me dieron doce pesos, y yo me fui a mi posada con Andrés.

*Perico cuenta su mala mano en una peste y
cómo salió del pueblo*

Con estas dos estupendas curaciones comenzó el vulgo a celebrarme a boca llena, porque decían: “Pues los señores principales lo llaman, sin duda es un médico de los que no hay”. Lo mejor era que también los sujetos distinguidos se clavaron y no me escasearon los elogios. A medida de lo que crecía mi fama se aumentaban mis monedas, y a proporción de lo que éstas se aumentaban, crecían mi orgullo, mi interés y mi soberbia.



Sin embargo de mi ignorancia, algunos enfermos sanaban por accidente, aunque eran más sin comparación los que morían por mis mortales remedios. Con todo esto, no se minoraba mi crédito porque los más que morían eran pobres, porque ya había yo criado fama, y porque los que sanaban alababan mi habilidad, y los que morían no podían quejarse de mi ignorancia.

Llegó entonces a Tula un barbero que los principales habían solicitado, el maestro Apolinario, y cuando Andrés lo vio trabajar, con más juicio que yo, un día lo fue a ver, le contó su aventura y le pidió que lo tomara como aprendiz. Comprendí que Andrés tenía razón: le pagué su salario, le regalé seis pesos y lo dejé ir.

En esos días me llamaron de casa de un viejo reumático, a quien di seis o siete purgas, le estafé veinticinco pesos y lo dejé peor de lo que estaba. Lo mismo hice con otra vieja hidrópica, a la que abrevié sus días con ruibarbo, maná y dos libras de cebolla albarrana.



Así pasé otros pocos meses más, hasta que acaeció en aquel pueblo, por mal de mis pecados, una peste del diablo, que jamás supe comprender; porque les acometía a los enfermos una fiebre repentina, acompañada de basca y delirio, y en cuatro o cinco días tronaban.

Por fin, y para colmo de mis desgracias, me tocó atender a la gobernadora de los indios. Le di el tártaro, expiró, y al otro día, que iba yo a ver cómo se sentía, hallé la casa inundada de indios, indias e inditos que lloraban a la par. Apenas me vieron, comenzaron a levantar piedras y a tirármelas con gran tino, diciéndome en su lengua: “Maldito seas, médico endiablado. Vas a acabar con el pueblo”.

Yo apreté los talones a la mula, corrí como una liebre y, con tanta carrera, a los dos días la mula se me cayó muerta. Vendí la silla en lo primero que me dieron, tiré la peluca en una zanja, y a pie, con la capa al hombro, llegué a México.



Todos los personajes tienen sus propias aventuras. Para conocer las de un pato lee *El pato y la muerte*, en tu Biblioteca Escolar.

Don Quijote de la Mancha

★ TEXTO: Miguel de Cervantes Saavedra, versión de Felipe Garrido

ILUSTRACIÓN: Enrique Torralba

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero (un mueble donde se guardaban las armas), adarga (escudo) antigua, rocín (caballo) flaco y galgo corredor.





Así comienza la historia de don Quijote de la Mancha, de la que todos conocemos algunos episodios: su pleito con los molinos de viento que él creía gigantes, por ejemplo, es famosísimo, y también sabemos que estaba loco y completamente enamorado de su dama: Dulcinea del Toboso.

Este caballero poseía algunas tierras y vivía de ellas; en su casa vivían y lo atendían una ama (criada) que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte. Él, por su parte, ya casi había cumplido cincuenta años y era de complexión recia, seco de carnes, enjuto (muy delgado) de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.



“Los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto que vendió muchas fanegas (parcelas) de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías. Se enfrascó tanto en su lectura que se pasaba las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros hasta que, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república (de su patria, de su tierra), hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban”.



Una vez decidido a convertirse en caballero andante, este buen hombre se pasó un gran rato limpiando unas armas y una armadura que había heredado de sus bisabuelos; a la armadura le faltaba la celada (el casco), así que él se la hizo de cartón. Enseguida pasó cuatro días pensando qué nombre le pondría a su caballo, hasta que le pareció que no había mejor nombre que Rocinante, y ocho días más pensando en su propio nombre, hasta que llegó a la conclusión de que no había mejor manera de llamarse que don Quijote de la Mancha.

“Por último, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era un árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Y fue a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer (muy hermosa), de quien él un tiempo anduvo enamorado aunque, según se entiende, ella

jamás lo supo ni se dio cata (cuenta) de ello. Se llamaba Aldonza Lorenzo, y le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso”.

Don Quijote vivió numerosas aventuras. Y siempre se mantuvo fiel al ideal de la caballería andante: luchar en favor de la libertad y contra la injusticia, sin dejarse acobardar por nada ni por nadie. Él lo dice con palabras muy hermosas.

“Que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles (como mástiles) de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante”.



“Por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes [el buen caballero] anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera... el andante caballero busque en los rincones del mundo; éntrese en los más intrincados laberintos; acometa a cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos; no le asombren leones ni le espanten vestiglos (monstruos) ni atemoricen endriagos (ogros); que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios”.

Asimismo, don Quijote nos ofrecerá por siempre la lección de su casi perfecto amor.

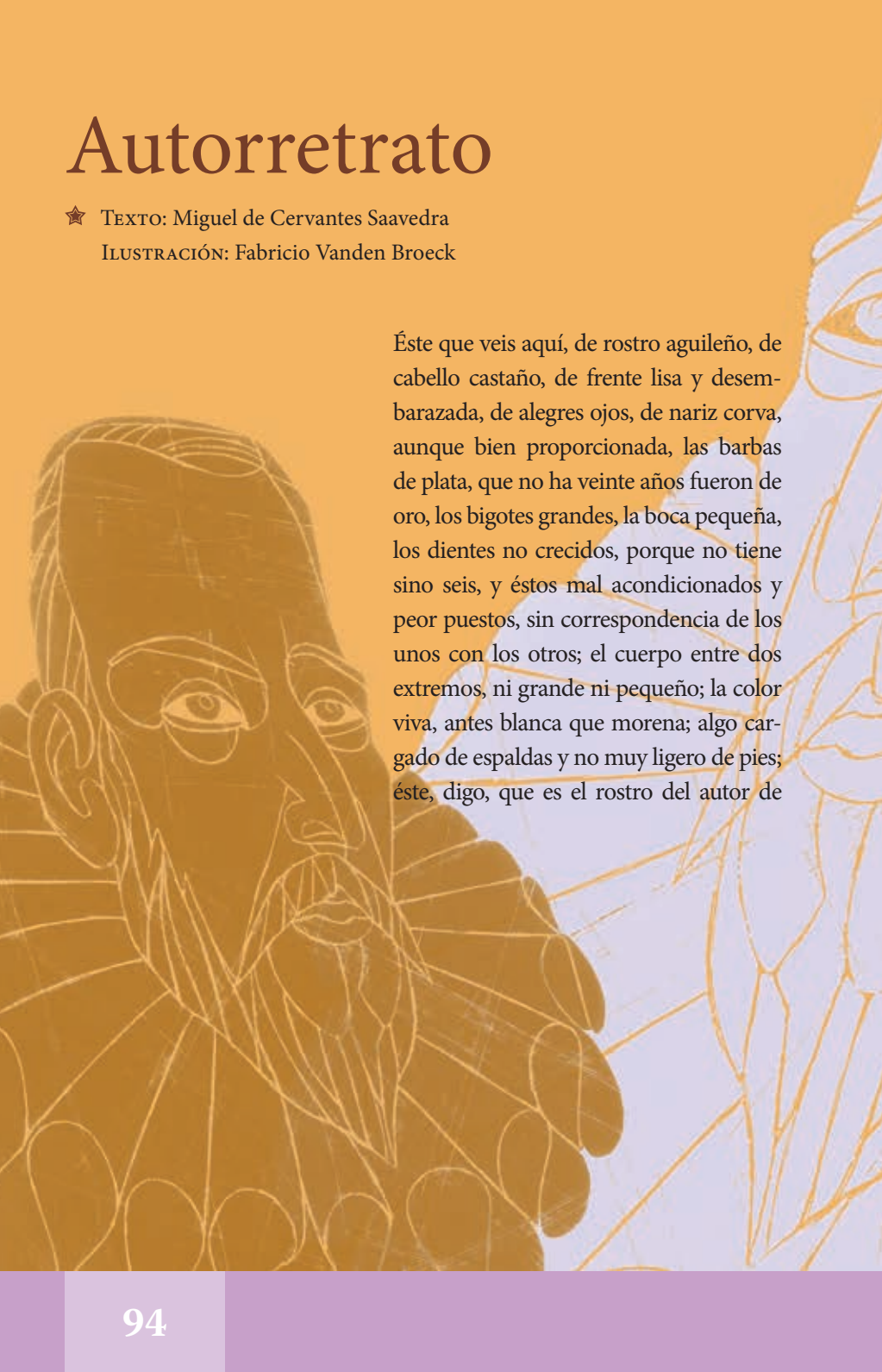
“Mirad, caterva (muchedumbre) enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y alfeñique (de dulce), y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar (una sustancia muy amarga); para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser suyo, y no de otra alguna, me arrojó la Naturaleza al mundo”.

Otra adaptación de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra es *Don Quijote, el caballero de los leones*, en la que don Quijote se enfrenta a dos fieras muy cansadas. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

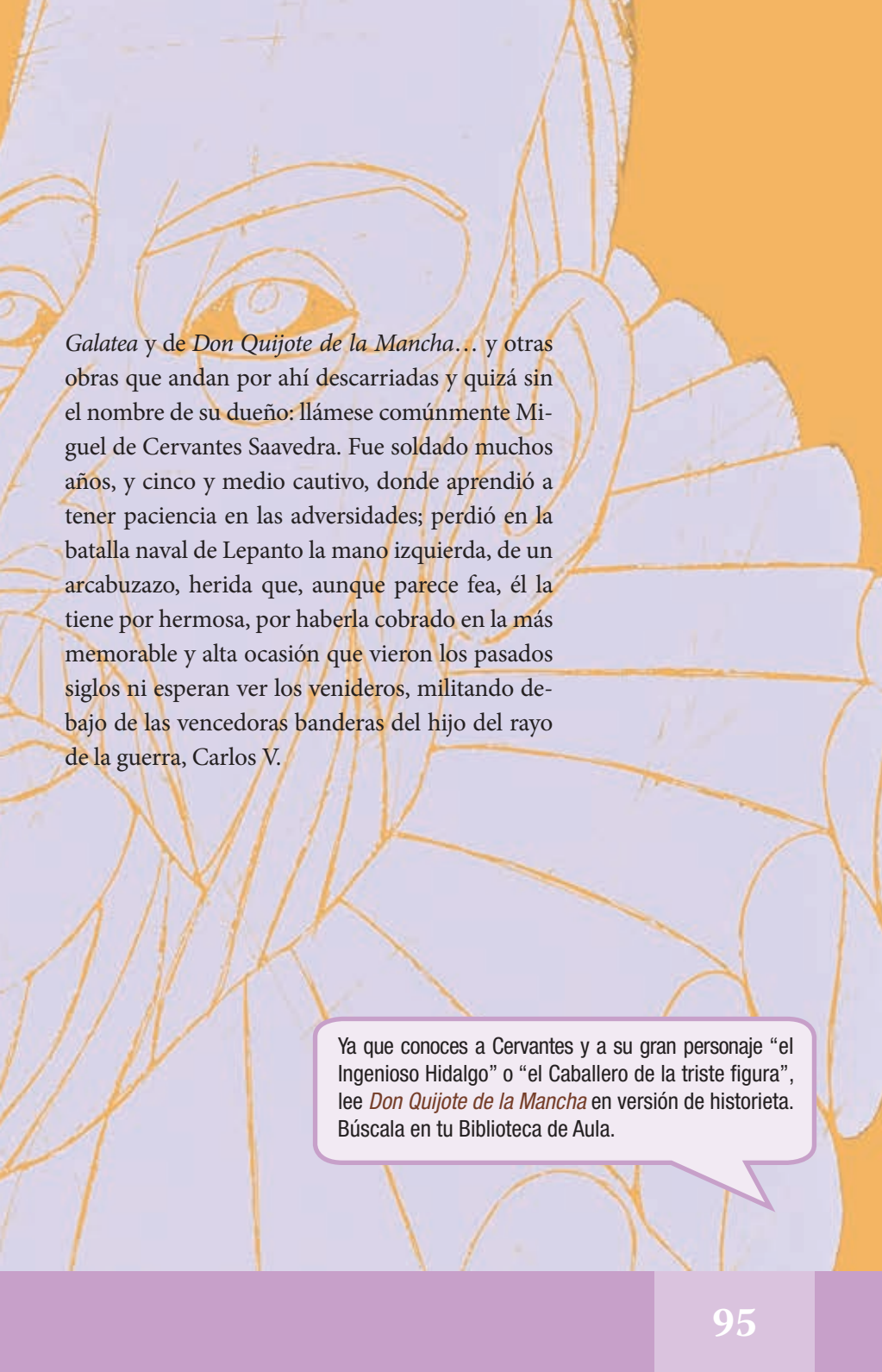
Autorretrato

★ TEXTO: Miguel de Cervantes Saavedra

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck



Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, de frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, sin correspondencia de los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste, digo, que es el rostro del autor de



Galatea y de *Don Quijote de la Mancha*... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámese comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda, de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

Ya que conoces a Cervantes y a su gran personaje “el Ingenioso Hidalgo” o “el Caballero de la triste figura”, lee *Don Quijote de la Mancha* en versión de historieta. Búscala en tu Biblioteca de Aula.

Litutunaku chan [Totonaco]

★ TEXTO: Manuel Espinosa Sainos

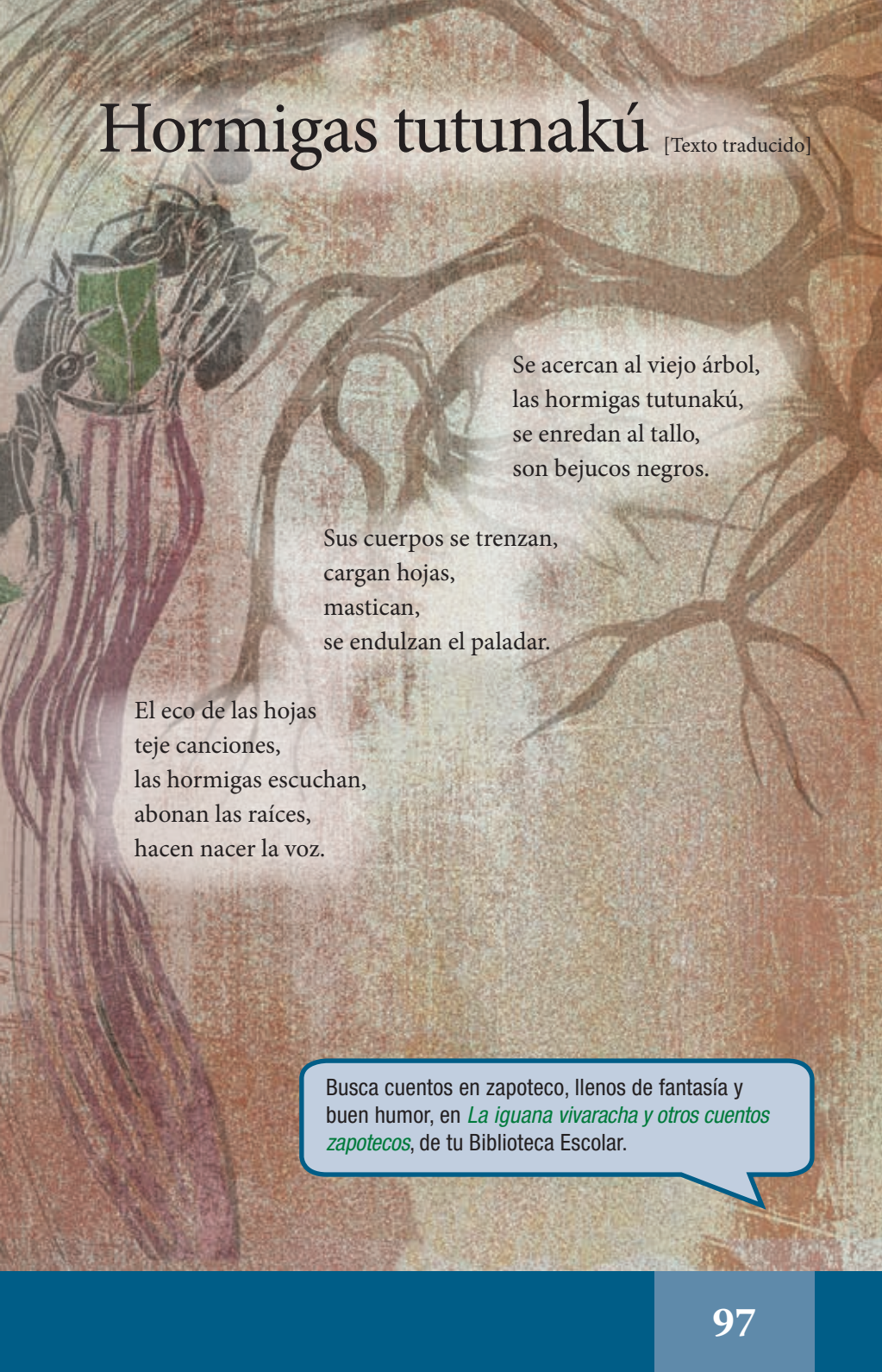
ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Wa litutunaku laktsu chan
lagtalakatsuwikgoy xa kgolo wiki,
taswitkgoy kxchaxpán,
lakgtsitsakgan mayak wankgoy.

Lapusiwikgoy xmaknikán,
kukukgoy tawán,
laktsu chan,
lakgtsakgakgoy,
masakgsikgoy ksimakgatkán.

Wa xmakasanat wun,
kgonkgxkgoy tatlín,
kgaxmatkgoy laktsu chan,
mamalhanikgoy tankgaxekg,
machixkuwikgoy tachiwín.

Hormigas tutunakú [Texto traducido]

A stylized illustration of a tree trunk with thick, gnarled branches. On the left, a vertical section of the trunk is wrapped in a purple and white striped cloth. Several ants are depicted on the trunk and branches. One ant is prominently shown on the left, holding a green rectangular object. The background is a textured, earthy brown and tan color.

Se acercan al viejo árbol,
las hormigas tutunakú,
se enredan al tallo,
son bejucos negros.

Sus cuerpos se trenzan,
cargan hojas,
mastican,
se endulzan el paladar.

El eco de las hojas
teje canciones,
las hormigas escuchan,
abonan las raíces,
hacen nacer la voz.

Busca cuentos en zapoteco, llenos de fantasía y buen humor, en *La iguana vivaracha y otros cuentos zapotecos*, de tu Biblioteca Escolar.



Kiwikgoló [Totonaco]

★ TEXTO: Manuel Espinosa Sainos

ILUSTRACIÓN: Natalia Gurovich

Akit xkgalhchup tsiktsi,
akit xchiki taxkat,
akit xa xanat mintatlín,
akit kiwi, lkkaka klitapalanít,
kmastlanipatampálá ki lakán.

Akit xa kgoló k kataxawat,
akit xlistakni kgastín,
akit xa chuchut kgalhtuchokgo,
akit xata'akgatlakgán kiwi
amakgtam kpulhpatampalá.

Akit xa walhten pa'pa,
akit xatlini chichiní,
akit xliwat listakni,
akit xjaxanat xpipilekg,
akit xa makgan tacxhiwin,
akity kiwikgoló.

Dios del monte

[Texto traducido]



Soy la boca de los pájaros,
soy la casa de la miel virgen,
soy la flor en tu canto,
soy el árbol, convertido en cenizas,
dispuesto a reconstruir su rostro.

Soy el viejo de la tierra,
soy el alma de los cerros,
soy el agua de los ríos,
soy un árbol desramado
dispuesto a renacer.

Soy el espejo de la luna,
soy el sol que canta,
soy el alimento del alma,
el respiro de las mariposas,
soy la palabra antigua,
soy kiwikgoló.

Todas las lenguas indígenas son importantes.
Lee *Sapo y Yuku. Un cuento yaqui*. Búscalo
en tu Biblioteca Escolar.



In xoxohuilhuicatl [Náhuatl]

✧ TEXTO: Francisco Morales Baranda / ILUSTRACIÓN: Lourdes Guzmán

Nehuatl onicatca ipan xoxohuilhuicatl,
oniauh canin xochime itzmolini, canin
In xochime quitenehua:
/Cemahuiztic in Tlacotencaxochitl/
tiahui in imill, campa huapahua ihuan
canin motlatia, quemen mamazon in
xochicuahtla tlacotencatl.



El cielo azul

[Texto traducido]

Yo he estado en la parte azul del cielo,
he ido donde las rosas florecen,
donde las rosas dicen:
/Oh, qué bella es la flor del Tlacotenco/
vamos a su campo, donde crece y donde se
esconde, como ciervo en la maleza tlacotense.

Busca *Fray Bernardino de Sahagún para niños. El mensajero del cuervo: Códice Florentino*. Estas historias permiten entender nuestras raíces y las diversas culturas de nuestro país. Es parte de tu Biblioteca Escolar.

Fábula del buen hombre y su hijo

★ TEXTO: Versión de Mireya Cueto / ILUSTRACIÓN: Natalia Gurovich

Personajes

CAMPESINO
HIJO
CAMINANTE
DOÑA PETRA
VIEJO
NIÑA



Escenografía

Un campo con casitas y árboles al fondo.



Ideas para la representación

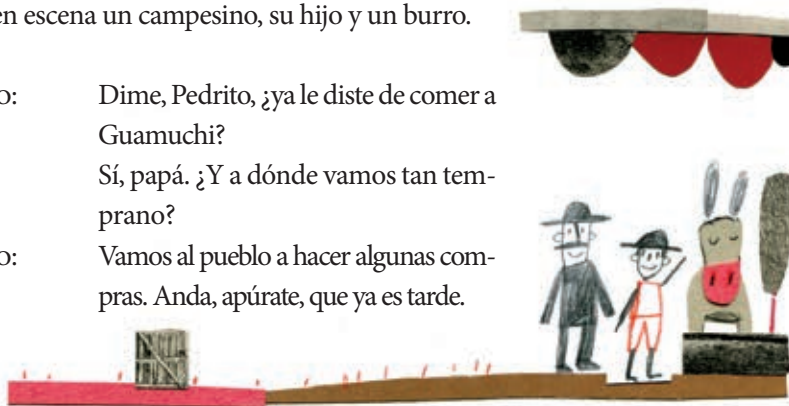
Se puede representar con títeres de funda o con títeres de hilos. Vean cómo les gustaría más. Si los hacen con olotes, los títeres serán chicos. Si su teatrillo es chico, no será difícil hacer que el paisaje de atrás se vaya moviendo en sentido opuesto al que caminan los personajes. Simplemente pueden jalar un paisaje largo, largo de un lado a otro de la escena, pero tapan-do bien los lados para que el público no se distraiga. Si quieren trabajar un poco más, pinten el paisaje sobre tela y háganla girar mediante dos rodillos.

Aparecen en escena un campesino, su hijo y un burro.

CAMPESINO: Dime, Pedrito, ¿ya le diste de comer a Guamuchi?

HIJO: Sí, papá. ¿Y a dónde vamos tan temprano?

CAMPESINO: Vamos al pueblo a hacer algunas compras. Anda, apúrate, que ya es tarde.



Caminan un poco. Aparece en escena un caminante.

CAMINANTE: Buenos días... ¿a dónde tan de mañana?

CAMPESINO: A San Isidro, señor.

CAMINANTE: Perdona la pregunta, ¿cómo es que van a pie teniendo un burro?

HIJO: ¡Es cierto, papá! El señor tiene razón.

CAMPESINO: Le agradezco su consejo... y adiós, que se nos hace tarde.

(Sale el caminante)

¿Quién de los dos subirá en el burro?

HIJO: *(Amable)* Súbete tú, papá. Yo puedo ir a pie.





El campesino se sube al burro y caminan otro poco.
Entra en escena una mujer con su canasta.

CAMPESINO: Buenos días, doña Petra.

DOÑA PETRA: Buenos días (*Se detiene y observa*) No es que me quiera meter en lo que no me importa... pero, ¿cómo es que este pobre niño tierno y débil va a pie, y el hombre fuerte y vigoroso va montado en el burro?



HIJO: (*Pensativo*) Doña Petra tiene razón, ¿no te parece?

DOÑA PETRA: Buen viaje, y adiós (*Sale de escena*)

HIJO: ¿Qué te parece si hacemos como dice doña Petra?

CAMPESINO: Probemos.

El campesino se apea y el niño se sube al burro.
Avanzan un poco. Entra un hombre viejo.

VIEJO: Buen día... (*Se detiene y observa*)

CAMPESINO: Buenos días...

VIEJO: ¡Qué barbaridad! En mis tiempos no se veían estas cosas. Un muchacho lleno de vida montado en un burro y su pobre padre va a pie. ¡Qué falta de respeto! ¡Qué tiempos, Dios mío!

Murmurando bajito va saliendo de escena.



CAMPESINO: ¿Qué opinas de lo que nos dijo el viejo?

HIJO: Que tiene mucha razón y que lo mejor será que tú también te subas en Guamuchi.



El campesino se sube en el burro y avanzan un poco. Entra una niña a escena. Viene corriendo.

NIÑA: (Se acerca al burro) ¡Qué burrito tan lindo! ¿Cómo se llama?

HIJO: Se llama Guamuchi.

NIÑA: ¡Pobre Guamuchi! ¡Miren no-más qué cara de cansancio! ¡Qué ocurrencia! Montarse los dos sobre el pobre burro.

(Va saliendo) ¡Pobre burrito!

CAMPESINO: (Un poco impaciente) Y ahora, ¿qué vamos a hacer, hijo?

HIJO: Yo creo que esa niña tiene razón, papá. Guamuchi se ve muy cansado. Para que ya nadie nos vuelva a criticar, ¿qué tal si cargamos al burro?

CAMPESINO: Como tú digas. A ver qué pasa.



Los dos se apean del burro y lo cargan. Caminan con bastante trabajo y nuevamente aparecen el caminante, doña Petra, el viejo y la niña.

CAMINANTE: *(Riendo)* ¡Nunca vi cosa igual!

DOÑA PETRA: *(Riendo)* ¡Qué par de tontos!

VEJO: ¡Qué chistosos se ven cargando al burro!

NIÑA: *(Burlona)* Dos tontos cargando a un burro... *(Se ríe)*



Todos van saliendo entre burlas y risas.

CAMPESINO: *(Medio enojado)* ¿Y ahora qué vamos a hacer?
(Dejan al burro)

HIJO: *(Muy pensativo)* La verdad, no sé, papá. Quisimos hacer lo que ellos decían, pero no les dimos gusto. Todos nos criticaron y, además, se burlaron de nosotros.

CAMPESINO: Mira hijo, quise que vieras con tus propios ojos cómo hay muchas opiniones distintas y que no es posible darle gusto a todo el mundo.

HIJO: Ya me di cuenta, papá. Tratando de complacerlos lo único que sacamos fue que todos se burlaran de nosotros... pero, ¿qué vamos a hacer ahora?



CAMPESINO: Pues piensa bien y decide lo que tú creas mejor.

Hijo: Aunque no todo el mundo esté de acuerdo. ¡Ya sé! Tú irás montado en el burro una parte del camino y yo iré montado otra parte del camino. También podemos ir un rato a pie para que Guamuchi descanse.

CAMPESINO: (*Se sube al burro*) ¡Muy bien pensado, hijo mío! Así lo haremos. ¡En marcha, Guamuchi!

Hijo: (*Convencido*) Diga la gente lo que diga.

Trotan hasta salir de escena. Van cantando: “Arre que llegando al caminito...”



Telón

Montar una obra como la anterior no es tan difícil. Lee *La boda de la ratita y más teatro-cuentos* que tiene ideas para montar en teatro guiñol estas historias. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

Lo creo y no lo veo

☆ Rafael Barajas, *El Fisgón*

Éste es un libro que no se lee. Es más.
En este libro lo importante no se ve.
Éste es un libro para creer.

¿Qué ven los señores que ves? Tú
ves que ven algo, pero no ves lo que ven.

Esos personajes que apuntan al
cielo... ¿Qué ven?

¿Es un pájaro? ¿Es un avión? ¿Es
un Superman?

¿O es algo que sólo tú te imaginas?

Hay que ver para creer, pero no
hay nada más cierto que lo que tú
te imaginas, y este
libro está hecho para
que te lo imagines, y
te lo creas, aunque no
lo veas.



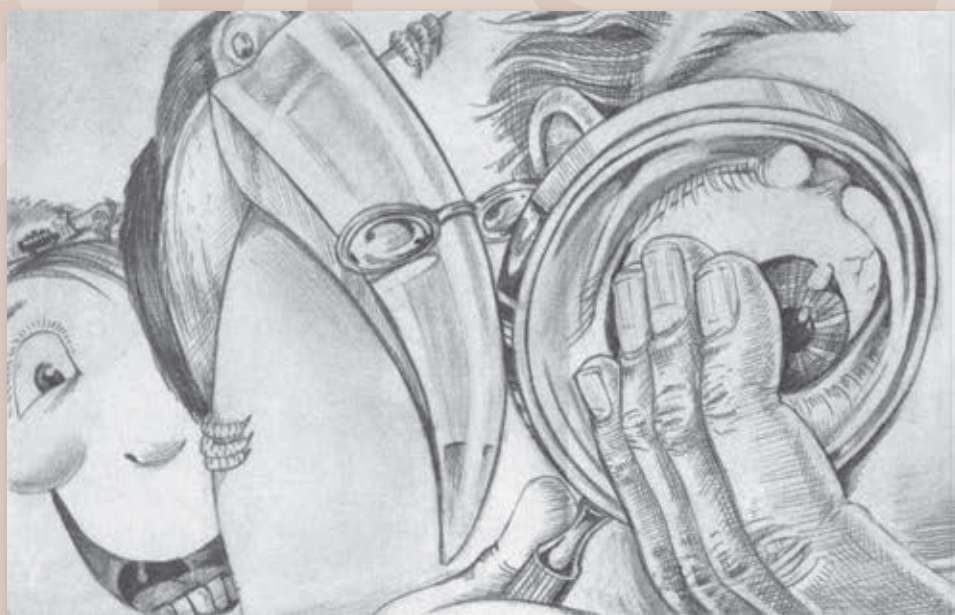


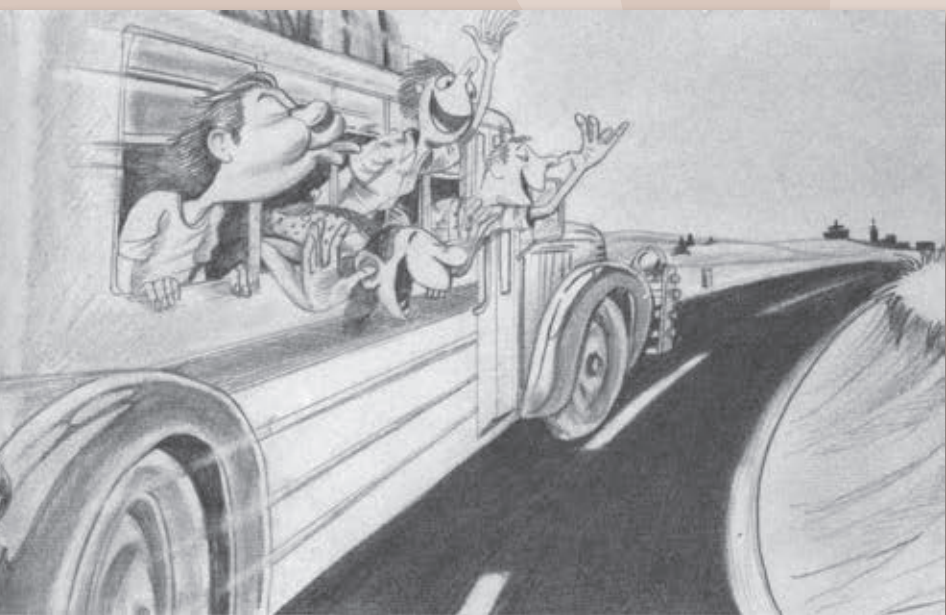
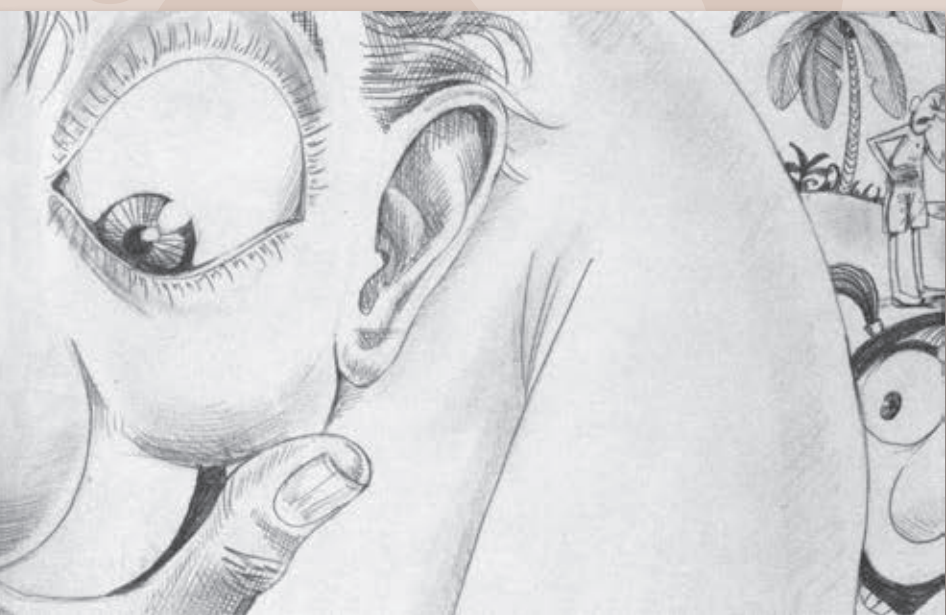
















Busca otra historia sin texto en *La bruji-
ta encantadora y su
secreto admirador*,
Gregorio. Este libro está
en tu Biblioteca Escolar.



Lagartija, Jirafa y Sandía

★ TEXTO: José Juan Tablada

ILUSTRACIÓN: Abraham Balcázar

Lagartija

Sobre el peñasco monocromo
la lagartija azul y plomo,
al sol de abril enarca el lomo.



Jirafa

Apacible jirafa que descuellas
cual si soñaras en pastar estrellas.

Sandía

Del verano, roja, fría
carcajada,
rebanada
de sandía.

Conoce otros poemas como los de Rosario Castellanos leyendo *En un país remoto*. Los fragmentos de este libro se vuelven canciones cortísimas en las que hablan algunos animales, el viento, el mar y las voces de hombres y mujeres. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

El nagual, el unicornio, las sirenas, el dragón

★ TEXTO: Tony Johnston

ILUSTRACIÓN: Abraham Balcázar

El nagual

Hay animales que no son animales, como los brujos que se han transformado en nagual.

A veces, en los caminos solitarios, suelen llevarse a alguna muchacha.

Un brujo puede volverse una temible serpiente, transformarse en un tepescuintle para caminar rápidamente en la espesura, o en mapache, y comer elotes tiernos.

Una noche, un campesino se puso a espiar qué animal era el que le estaba comiendo el maíz de su coscomate.

Vio que entraba un mapache, le disparó su arma, pero no le pegó.

Cuando regresó a su casa, su madre le contó:

—Estaba aquí en la casa, cuando llegó una fuerza, una sombra, y me dijo: “Oiga, María. Por favor, dígame a su hijo que ya no me dispare. ¿Qué tanto es lo que me voy a comer? Yo no tengo nada, y es muy poco lo que como...”. Es que hay animales que no son animales, son los brujos que se han transformado en nagual.

El unicornio



En la Edad Media el unicornio era uno de los animales más populares: los pintores se inspiraban en él, se labraba su esbelta figura en las puertas de los castillos, adornaba copas, tapices y vitrales. El unicornio era un pequeño caballo blanco, ágil, a veces recubierto por un pelaje suave y abundante, y de su frente sobresalía un cuerno en espiral del más puro marfil.

No cualquier cazador podía atraparlo. Era necesario que una doncella se sentase, tranquila y en silencio, en la espesura del bosque. El unicornio quedaba cautivado y se acercaba a recibir las dulces caricias de la dama.

Si un joven se vestía como una muchacha y en todo se comportaba igual que una doncella, el unicornio se aproximaba mansamente. El chiste era tratarlo con delicadeza.

Bueno, ¿y para qué quería nadie atrapar un unicornio? Pues resulta que su afilado cuerno tenía mágicos poderes y servía de antídoto contra los peores venenos.

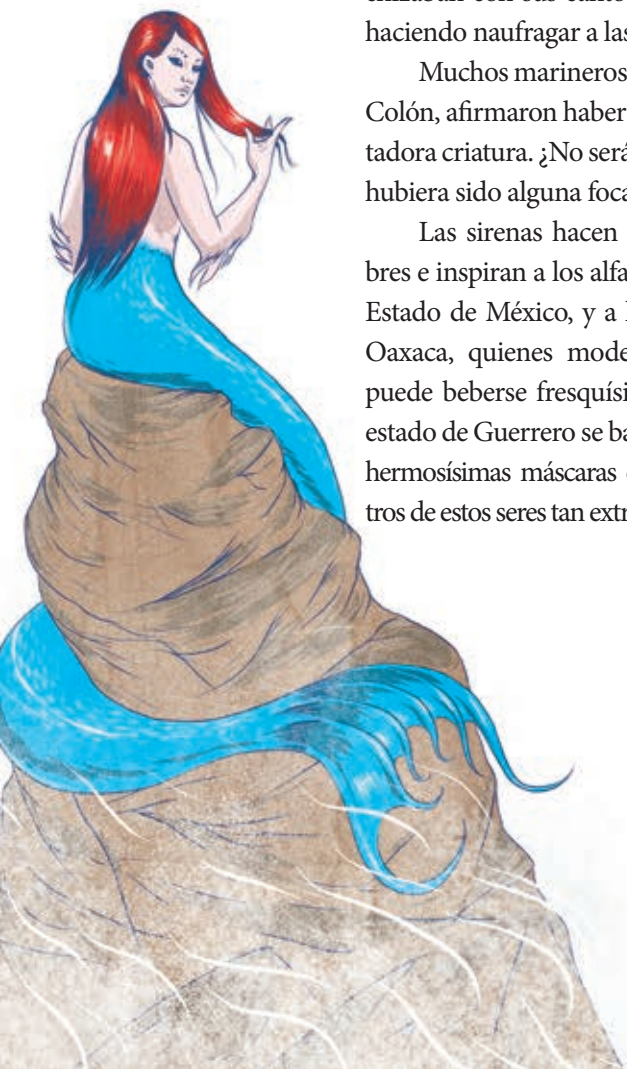
Las sirenas

De la cintura para arriba, mujer; de la cintura para abajo, pez; ¿qué es? La sirena.

Algunas sirenas se sentaban en las rocas que sobresalen en los mares a peinar suavemente su verde cabellera; otras, hechizaban con sus cantos a los marineros, haciendo naufragar a las embarcaciones.

Muchos marineros, incluso Cristóbal Colón, afirmaron haber visto a tan encantadora criatura. ¿No será que lo que vieron hubiera sido alguna foca o manatí?

Las sirenas hacen soñar a los hombres e inspiran a los alfareros de Metepec, Estado de México, y a los de Coyotepec, Oaxaca, quienes modelan jarras donde puede beberse fresquísima agua. Y en el estado de Guerrero se baila la Sirenita, con hermosísimas máscaras con los bellos rostros de estos seres tan extraños.





El dragón

Dragones grandes y pequeños, con patas y alas, con alas pero sin patas y sin alas ni patas. ¡Ah!, pero eso sí, todos mortales, que arrojaban fuego por la boca quemando bosques y sembradíos, o que envenenaban a la gente con su apestoso aliento. Los dragones eran guardianes excelentes, por lo que siempre custodiaban fabulosos tesoros, sin descuidarse casi ni un instante. Vivían muchísimos años, y si por algún descuido alguien lograba llevarse una piedra preciosa o una sola pepita de oro, lo notaban enseguida y salían de sus cuevas a perseguir al ladrón.

Sólo podían ser vencidos por armas mágicas. Tal vez por eso ninguno de los valerosos caballeros que salieron en su busca regresó jamás.

Si estás interesado en seres fantásticos, lee *Saci, el Diablillo de la selva*. Un negrito chiquito y con una sola pierna, que fuma pipa, lleva un gorro rojo y sólo quiere bromear. Encuéntralo en tu Biblioteca Escolar.



La calle es libre

★ TEXTO: Kurusa / ILUSTRACIÓN: Santiago Mejía

Cuando en lugar de café, Venezuela comenzó a exportar más y más petróleo, por allá en los años 20, la gente del campo venezolano se fue trasladando poco a poco a las ciudades. Primero, no fueron muchos, pero ya en los años 50 eran miles los que venían de los caseríos y pueblos a vivir en las grandes ciudades como Maracaibo y Caracas.

Las ciudades no estaban preparadas para recibir a estos nuevos habitantes: no había casas para ellos, ni redes de agua potable, ni alcantarillados, ni luz eléctrica. Y más importante aún, no había trabajo para todos los que llegaban. Muchos, entonces, se quedaron en los alrededores de las ciudades en viviendas improvisadas, incómodas y miserables. En ocasiones, tuvieron que dar peleas muy duras para poder ocupar los terrenos baldíos y construir allí sus ranchos.

En Caracas, la gente que venía del interior se ubicó en los cerros que rodean la ciudad, pensando que algún día podrían vivir en el valle, sin miedo a las lluvias y derrumbes, con suficiente agua potable, sin olor a cloacas y sin basura. Pero casi todos se fueron quedando allí y más gente siguió llegando. Hoy, casi la mitad de la población de Caracas vive en los llamados “barrios”, que en Brasil se llaman “favelas”; en Chile, “poblaciones callampas”, y en México, “ciudades perdidas”.

La calle es libre está basado en la historia verdadera de unos niños del barrio San José de La Urbina, que querían un parque de juegos. Aún no lo tienen, pero siguen soñando y luchando por conseguirlo. Y, de la misma manera que la realidad fue la base de este cuento, pensamos que este cuento puede...





No hace tanto tiempo el león rondaba las laderas del cerro. El cerro estaba lleno de árboles y matorrales y bordeado de caminitos, cañaverales, quebradas y terrenos vacíos. La neblina bajaba la ladera junto con el león.

Entonces había una sola casa en el cerro. Una casa de bahareque rodeada de conucos de ayama, ocumo y plátanos. En las mañanas, cuando la gente de la casa subía a buscar agua, veían las huellas del león en la parte alta del cerro.

Cuando iban a la ciudad por el camino de tierra se paraban a pescar sardinas en las quebradas.

Pasaron los años y llegó gente a vivir en el cerro. De Guarenas, Cúpira, Cumaná y los Andes; de cerca y de lejos llegó la gente.

Construyeron sus casas. Nacieron niños que jugaban entre los árboles, en las quebradas, en los terrenos vacíos.

El cerro comenzó a crecer hacia la ciudad, y la ciudad comenzó a crecer hacia el cerro.

La carretera de tierra que llegaba de la ciudad se convirtió en carretera de asfalto.

Y llegó más gente.

Las casas subieron hasta el tope del cerro, donde antes aparecían las huellas del león. Las quebradas se volvieron cloacas. Las veredas se llenaron de basura. El cerro se convirtió en barrio.

Nacieron niños en el barrio que jugaban en los terrenos vacíos, pero ya no entre los árboles ni en las quebradas.

La carretera se convirtió en autopista. Los terrenos del valle se llenaron de edificios, y desaparecieron las flores. Todo el cerro se cubrió de casas. Sólo quedaron unos cuantos árboles.

Los niños no tenían dónde jugar.





Al salir de la escuela los niños iban a una casa que habían acomodado como biblioteca. Allí había libros, juegos de mesa, arcilla, pinturas, y muchas cosas interesantes. Pero no había dónde jugar tomatera-tomatera, futbol, beisbol, tonga, carreras o ladrón librado.

Al salir de la biblioteca iban a jugar en la calle.

Un día estaban brincando a la una la mula cuando pasó el camión del verdulero. El chofer les gritó:

— ¡Quítense del medio que no dejan pasar los carros!

— ¡La calle es libre! —contestaron los niños. Pero el camión era mucho más grande y poderoso que ellos, así que fueron a la parte alta del barrio a volar papalotes. En media hora todos, toditos los cometas se perdieron, enredados en los cables de la luz.



Volvieron a bajar y se quedaron en una escalinata jugando pelota. Pero la pelota siempre les caía en un patio o en los techos de las casas.

Una vecina muy enojada se asomó por la puerta.

— ¡Se me bajan de ahí o les doy un escobazo!

— ¡La calle es libre! —contestaron bajito. Pero no les quedó más remedio que irse.

Cabizbajos, los niños volvieron a las escaleras de la biblioteca y allí se sentaron a pensar.

— Y si la calle es libre, ¿por qué no podemos jugar? —preguntó uno.



—Vamos a ver al gobernador y le pedimos una cancha —dijo otro.

—¿Dónde vive? —preguntó Carlitos, el más chiquito. Los niños se miraron. Nadie sabía.

—Vamos al concejo municipal que queda cerca.

—Pero hay que ir con la gente del barrio para que nos escuchen —dijo Camila, que tenía unos grandes ojos tristes.

—Vamos a buscarlos.

Y los niños fueron de casa en casa a pedir a los vecinos que los acompañaran al concejo municipal.

Pero los vecinos estaban...

cocinando,

cosiendo,

arreglando sus casas,

lavando,

trabajando lejos,... ocupados.

Los niños regresaron a la biblioteca. Se sentaron en las escaleras con las caras tristes.

En eso, apareció el bibliotecario.

—¿Y esas caras de perritos regañados, a qué se deben?

Los niños le contaron.

—¿Y qué le van a pedir al concejo?

—Un parque para jugar.

—¿Saben dónde?



—Sí —contestó Carlitos—, allá abajo en el plan,
en el terreno vacío.

—¿Saben cómo lo quieren?

—Pues...

—¿Por qué no entran y lo discutimos?

Estuvieron hablando más de una hora.

Cheo, que era el mayor, tomó notas en un
papel largo.

—Bueno, y ahora, ¿qué piensan? —pre-
guntó el bibliotecario.

—Que ahora quedamos igualitos —con-
testó Camila—. ¿Qué hacemos con el papel si
no podemos ir al concejo sin los mayores?

—¿Por qué no?

—Porque no nos van a hacer caso.

—¿Ya lo probaron?

—No.

—¿Y entonces?

Los niños se miraron.

—Hagamos una pancarta —dijo Cheo.

Entre todos hicieron una gran pancarta
que decía: **NO TENEMOS DÓNDE JUGAR: QUERE-
MOS UN PARQUE.**

—Mañana prepararemos la visita —dijo el bibliote-
cario y subió a atender el club de ajedrez.

Los niños le dieron los últimos toques a la pancarta.

¡Había quedado tan buena!

Alisaron el papel largo con las notas.

—¡Está chévere! —dijeron.

Lo único que faltaba era el parque. Una vez más, los
niños se miraron.





—¿Y si vamos ahorita? —dijeron varios al mismo tiempo.
Con la pancarta y el papel largo bajo el brazo, los niños de San José emprendieron marcha hacia el concejo municipal.

El concejo municipal era más grande de lo que habían imaginado. La puerta era muy alta, y tenía un hombre ancho y gordo parado enfrente.

—Por aquí no pueden pasar —dijo.

—Venimos a pedir un parque —contestaron los niños.

—Váyanse para sus casas a hacer sus tareas, y no molesten —gruñó el hombre gordo.

—Queremos ver a los señores del concejo. Los que nos pueden hacer un parque.

—Pero los señores del concejo no quieren verlos a ustedes. Así que, ¡fuera de aquí o llamo a la policía!

—Mire, así es como lo queremos —dijo Carlitos y desenrolló el papel largo.

—Queremos espacio para jugar —dijo Camila y desplegó la pancarta.

—¡Que se quiten de ahí! —rugió el hombre.

—¡La calle es libre! —dijo Cheo. Y se sentó en el suelo.

—De aquí no nos vamos hasta que nos oigan —dijo otra niña—. En la biblioteca nos dijeron que el concejo está aquí para que nos oiga.

En el barrio, las madres estaban preocupadas. No encontraban a sus hijos.

Alguien los había visto salir de la biblioteca con unos papeles largos.

—¡Ah, caramba! —murmuró el bibliotecario—. Creo que sé dónde están.

En la puerta del concejo el hombre gordo tenía la cara colorada de tanto gritar, y en las esquinas de la plaza empezó a congregarse la gente.

Todo pasó muy rápido.

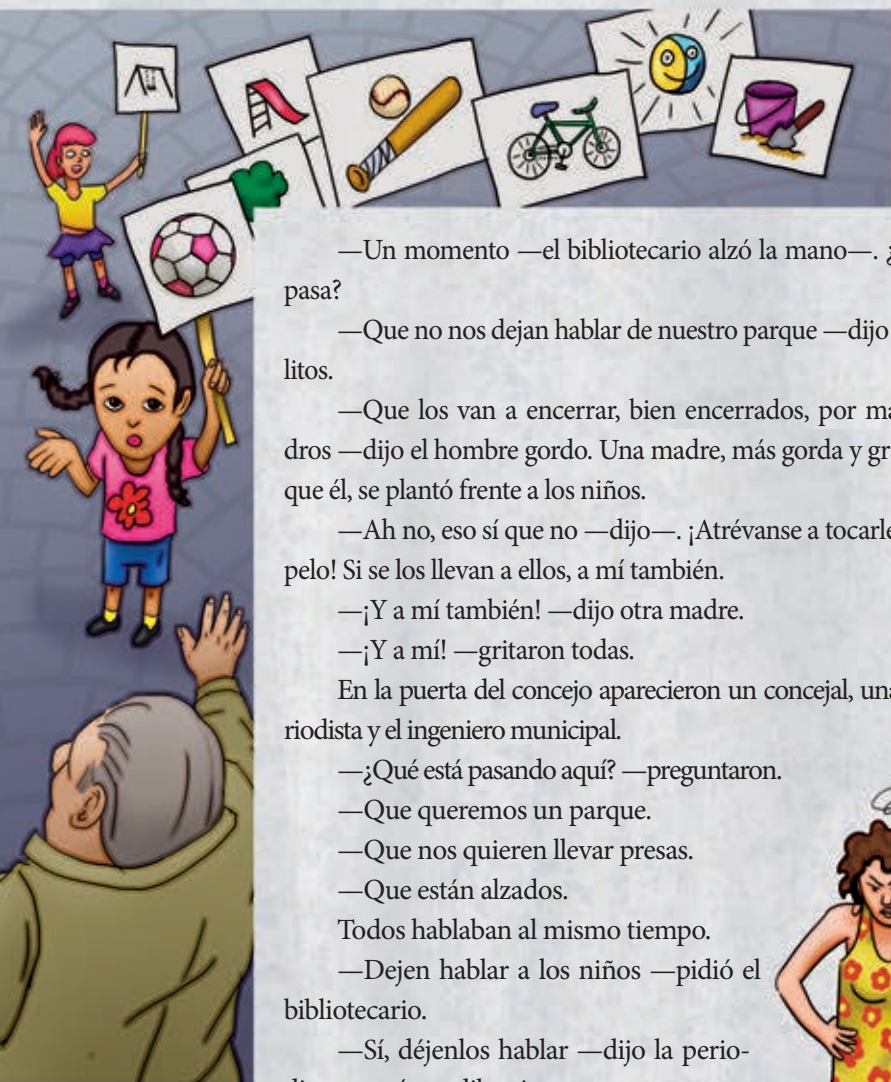
Al concejo llegaron al mismo tiempo las madres, el bibliotecario y varios policías.

—¡Muchachos del demonio! —regañaron las madres—. ¿Cómo se vienen hasta aquí sin permiso?

—¡Llévenselos! —mandó el hombre gordo a los policías—. Están perturbando el orden público.

Los policías agarraron los brazos de los niños.





—Un momento —el bibliotecario alzó la mano—. ¿Qué pasa?

—Que no nos dejan hablar de nuestro parque —dijo Carlitos.

—Que los van a encerrar, bien encerrados, por malos —dijo el hombre gordo. Una madre, más gorda y grande que él, se plantó frente a los niños.

—Ah no, eso sí que no —dijo—. ¡Atrévanse a tocarles un pelo! Si se los llevan a ellos, a mí también.

—¡Y a mí también! —dijo otra madre.

—¡Y a mí! —gritaron todas.

En la puerta del concejo aparecieron un concejal, una periodista y el ingeniero municipal.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntaron.

—Que queremos un parque.

—Que nos quieren llevar presas.

—Que están alzados.

Todos hablaban al mismo tiempo.

—Dejen hablar a los niños —pidió el bibliotecario.

—Sí, déjenlos hablar —dijo la periodista y sacó una libretita.

Los niños contaron su historia.

Cuando terminaron, el concejal preguntó al ingeniero:

—¿Hay espacio por allí?

—¡Sí! —contestaron los niños en coro—. Nosotros sabemos dónde. Los podemos llevar.



—¿Por qué no vamos a verlo? —dijo el bibliotecario.

—Uhmhhh —hizo el ingeniero.

—Uhmhhh, uhmhhh —hizo el concejal—. Mañana. Mañana vamos a verlo. Ahorita no podemos. Estamos muy ocupados. Pero mañana, mañana sin falta vamos. Ejem. Recuerden, estamos aquí para servirles.

Y el concejal le dio la mano a todas las madres.

—Yo sabía —dijo Camila.

—Esperen, muchachos, yo sí voy con ustedes —dijo la periodista. Y junto con los niños, las madres y el bibliotecario, fue a ver el terreno.

—¿Cómo quieren su parque? —les preguntó. Los niños comenzaron a leer su papel largo. La periodista tomó muchas notas de todo lo que decía el papel:

Queremos un parque con árboles y semillas para sembrar arbolitos. Columpios, un tractor viejo para montar, una pala vieja para escarbar. Una casa para jugar muñecas, un mecate con un caucho para lanzarse. Mucho espacio para jugar beisbol, volibol y futbol, para hacer carreras y volar papagayos, para jugar fusilado, la ere, cero contra pulsero, ladrón liberado, tomatara-tomatera y tonga. Grana para hacer vueltas de carnero. Un patio para jugar metra. Una cama vieja para brincar la burra. Y un asiento que los padres puedan visitar. FIN

Al día siguiente la biblioteca amaneció callada. Los niños se sentaron pensativos en la escalera.

—Yo sabía —suspiró Camila—. Yo sabía que no iba a pasar nada.

—¿Y si volvemos al concejo con nuestros hermanos mayores? —preguntó Carlitos.

—Los meten presos —contestó Camila.



Así pasó una semana.

Un día, el bibliotecario apareció sonriente en la puerta de la biblioteca. Tenía un periódico en la mano con unos grandes titulares:

**Los niños de San José toman el concejo municipal.
Piden un parque muy especial. El concejo no los
escucha.**



—¡Somos nosotros! —exclamó Cheo.

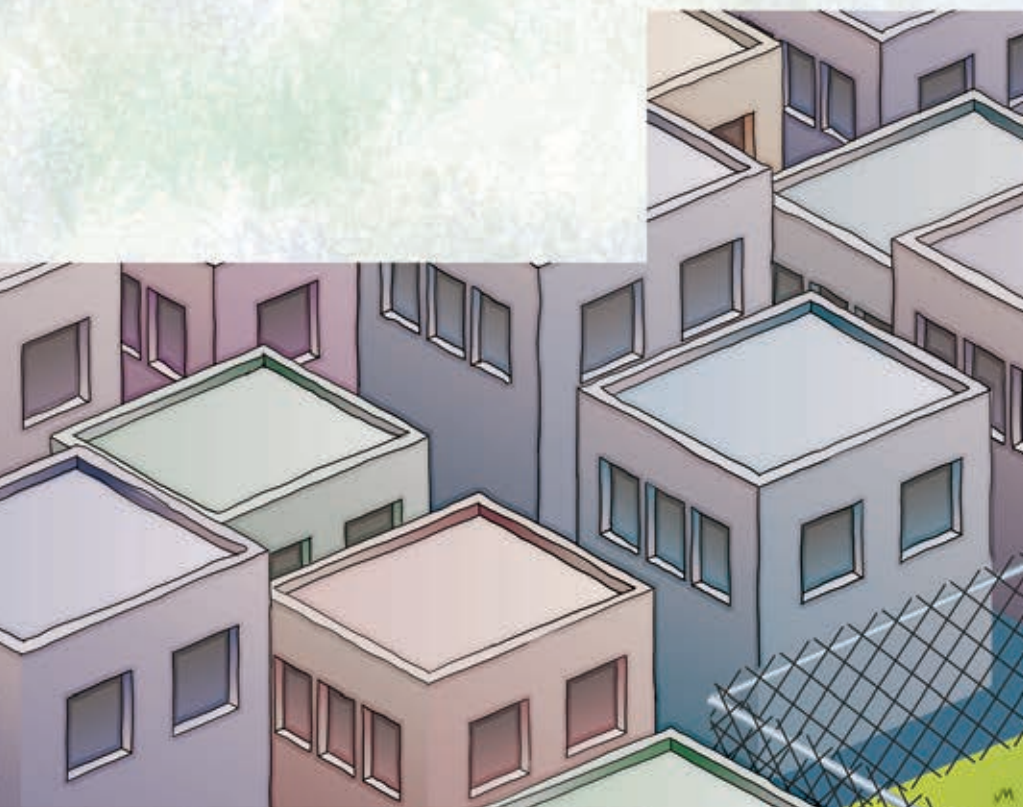
—¡Somos famosos! —sonrió Carlitos.

—Pero de todos modos no nos van a hacer caso —dijo Camila.

Estaba equivocada. Esa misma tarde aparecieron en el barrio el concejal, el ingeniero y tres asistentes.

—Venimos a ver el terreno para el parque. Pronto se los daremos —dijeron.



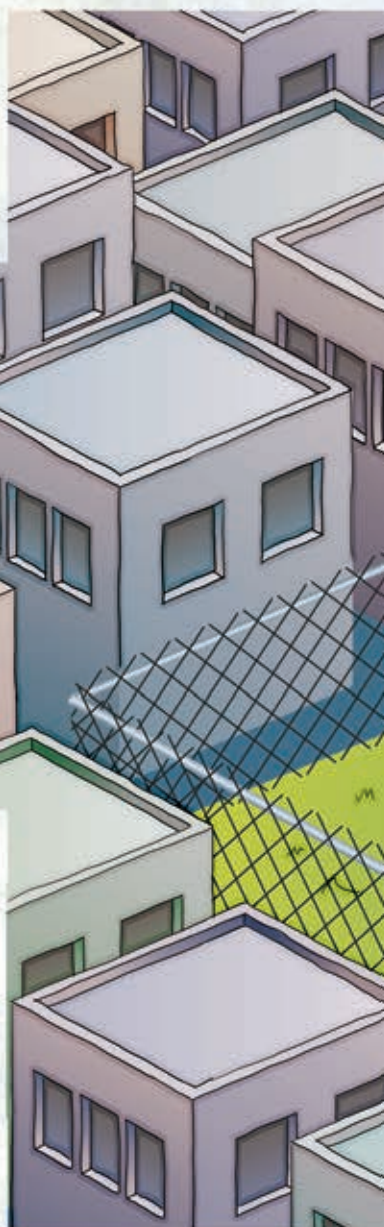


—Muy pronto —dijo el ingeniero.

—Muy, muy pronto —sonrió el concejal.

Y así fue. Una mañana amarraron una cinta roja a la entrada del terreno, y al mediodía en punto el concejal, vestido muy elegante y con los zapatos lustrosos, cortó la cinta con unas tijeras largas.

—Claro, ¿no ven que ya vienen las elecciones? Pero apuesto a que no van a hacer más nada.



Esta vez parecía que Camila tenía razón. Pasó el tiempo y los señores del concejo no volvieron. El terreno se fue llenando de basura otra vez y poco a poco los vecinos se olvidaron del parque. Pero los niños no.



—¿Qué pasó con nuestro parque? —preguntaron. Los adultos tenían una sola explicación:

—El gobierno no cumple.

—Siempre prometen y después no hacen nada.

Carlitos, Camila y Cheo no se conformaron. Desde lo alto, miraban el terreno vacío y pensaban. Una tarde, Carlitos dijo:

—¿Y no podemos hacer el parque nosotros mismos?

—Estás loco, eso es muy difícil.

—Pero si todos ayudan, tal vez...

Era una idea loca, pero de todas maneras los niños se la contaron a sus amigos, a sus hermanos mayores y a sus madres, y las madres la comentaron con los padres.

Y un día, el tío de Carlitos que estaba tomando unas cervezas con sus amigos, dio un golpe en la mesa y dijo:

—Bueno, pues. ¿Y por qué todo tiene que hacerlo el gobierno? Si el terreno es nuestro, nosotros podemos hacerle el parque a los muchachos.

Los amigos se quedaron sorprendidos y la mayoría no estuvo de acuerdo.

—¡Qué va! Aquí nadie colabora. Ni para limpiar una banqueta. ¡Qué van a estar haciendo un parque!

—Noo, chico. Si aquí la gente es muy comodina.

—Olvídate. Aquí no hay unión. Lo harás tú solo.



—Solo no, yo lo ayudo.

—Y yo también.

Con el tiempo, más y más gente hablaba del asunto. Unos estaban de acuerdo, otros no querían saber nada de eso y otros no estaban muy seguros:

Por fin, una madre dijo:

—¿Y para qué tenemos aquí una junta comunal? Vamos donde la presidenta y le pedimos que haga una asamblea.

Así hicieron. El sábado siguiente se reunieron en la biblioteca casi cincuenta personas.

La discusión fue tremenda y duró más de cuatro horas.

—No se puede —decían unos.

—Sí se puede —decían otros.

No había manera de ponerse de acuerdo.

El tío de Carlitos y los muchachos defendían el parque acaloradamente, pero la mayoría de los padres tenía dudas de poder hacerlo sin ayuda del concejo. Después de los gritos, hubo un silencio.

Parecía que la cosa se iba a quedar así, cuando una madre recordó que tenía unas tablas que le habían sobrado, un padre comentó que era carpintero, y una niña dijo tímidamente:

—En mi casa hay unos mecates para hacer columpios.





La gente se fue entusiasmando, y de repente, todos querían colaborar.

—Pues yo, aunque sea unos clavos traigo —insistió una abuela.

Carlitos, Cheo y Camila todos brincaron a la misma vez.

—¡Eso! ¡Ahora sí es de verdad!

Y entre todos los vecinos empezaron a construir el parque. Consiguieron cemento, ladrillos, cacharos viejos, mecates usados, tablitas y tablones.

Clavaron, pegaron, alisaron, escarbaron y sembraron. Todos trabajaron en sus horas libres...

En la vieja cerca los niños colocaron una pancarta pintada por ellos mismos:

EL PARQUE
ES LIBRE
PASEN TODOS
MUY FELICES

Todo lo que puede pasar con una carta. En *Kafka y la muñeca viajera*, Kafka se encontró con una niña que lloraba por su muñeca perdida. El escritor le dijo que la muñeca se había ido de viaje y él, cartero de muñecas, le entregaría los mensajes que le escribiera. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

Joaquín y Maclovía se quieren casar

★ TEXTO: Francisco Hinojosa y María Baranda

ILUSTRACIÓN: Abril Castillo

I


Un sapo

Antes de que este siglo comenzara, en Guanajuato vivían unos esposos que tenían una hijita. El papá se llamaba don Carmelo, la mamá doña Sebastiana y la niña Maclovía, que tenía entonces unos nueve años.

No eran ni ricos ni pobres. Tenían una casita de piedra en uno de los callejones más estrechos de Guanajuato, por donde no cabía siquiera un paraguas abierto. En el patio trasero tenían diez gallinas que ponían huevos rojos, y muchas macetas con flores; y en el jardincito de enfrente había un árbol de aguacate, una higuera y muchas jaulas con pájaros.

Vivían, como se dice, en paz y felices.




A stylized illustration of a young boy with dark hair, wearing a red long-sleeved shirt, peeking out from behind a large, brown tree trunk on the left side of the page. The background is a warm, yellowish-orange color with a dark brown silhouette of a mountain range in the distance.

La casa de junto la ocupaban los esposos Sánchez y Sánchez y sus cuatro hijos. Uno de ellos, Joaquín, a quien todos llamaban Quino, era muy amigo de Maclovía. Tenía trece años.

A la familia Sánchez y Sánchez le gustaba desayunar todos los domingos en su jardín. Maclovía los espiaba. Se subía al techo de su casa y observaba cómo comían huevos estrellados, leche, jugo y panes con miel de higo. Ellos no podían verla porque las ramas de un pirul la ocultaban.

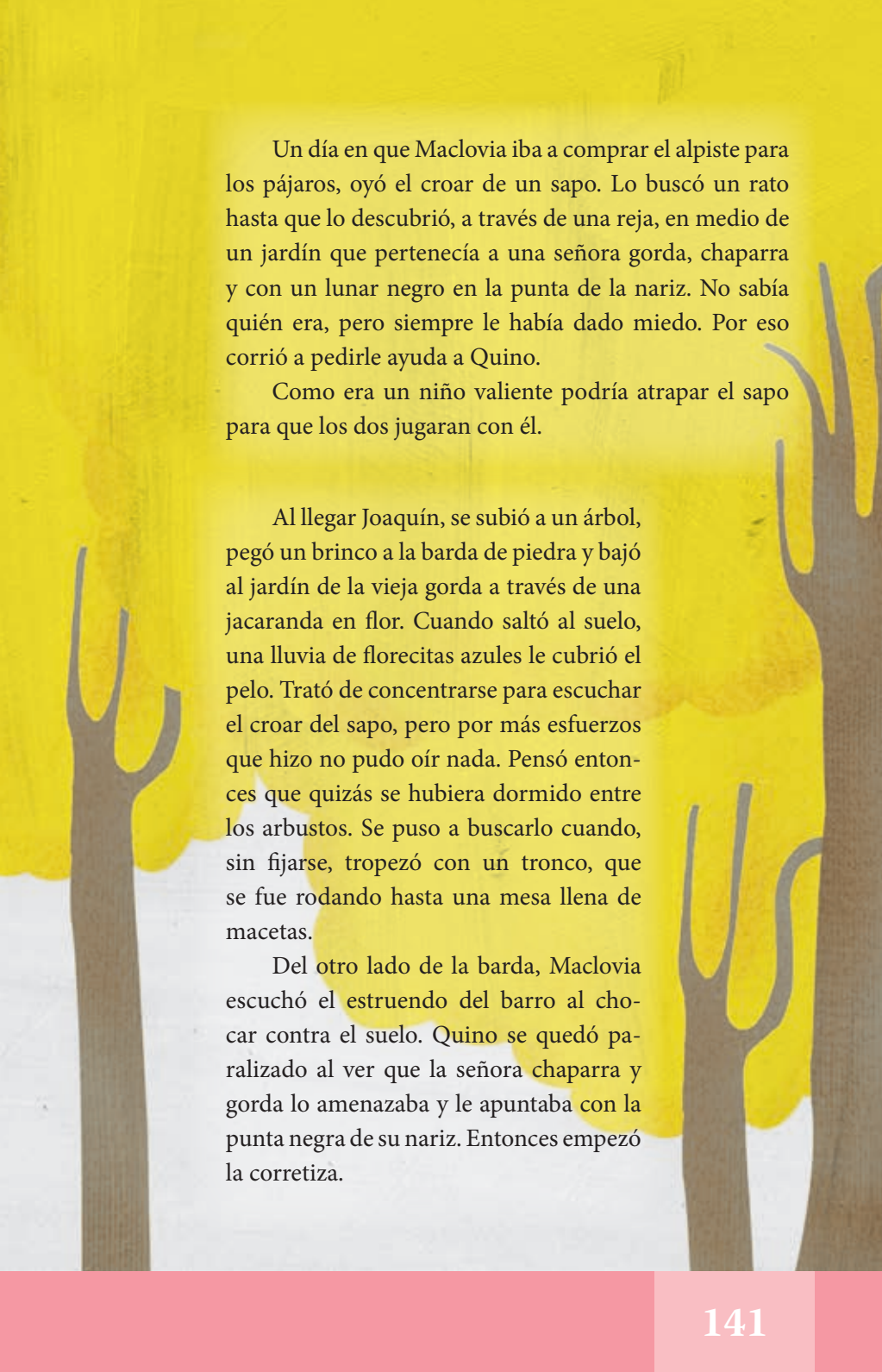
Maclovía le había dicho un día a su papá que por qué ellos no desayunaban los domingos en el jardín. A don Carmelo, que durante el resto de la semana atendía su botica en el centro de la ciudad, le gustaba construir jaulas para pájaros todos los domingos. Por eso le respondió a su hija:

—Deja de pensar en esas cosas. Hay que desayunar como Dios manda: en la mesa del comedor.



Cuando los Sánchez y Sánchez terminaban su desayuno se metían a su casa, menos Joaquín, que se trepaba al pirul, brincaba al techo de su amiga y se ponía a retozar y a jugar con ella. A veces le llevaba un pan con miel de higo, que su vecina devoraba hasta chuparse los dedos.

Entre muchas otras cosas, les daba por jugar a los animales. El juego consistía en juntar todos los insectos y animalitos que encontraran, entre más raros y feos mejor. Luego invitaban a los hermanos de Quino a que conocieran su colección. En cajas de distintos tamaños que habían reunido desde hacía tiempo, iban poniendo cucarachas, gusanos, lagartijas, mayates, caracoles, grillos, montoncitos de hormigas, moscas y mosquitos, tijerillas, arañas, mariposas y todos los demás ejemplares que ellos no sabían ni cómo se llamaban.




Un día en que Maclovía iba a comprar el alpiste para los pájaros, oyó el croar de un sapo. Lo buscó un rato hasta que lo descubrió, a través de una reja, en medio de un jardín que pertenecía a una señora gorda, chaparra y con un lunar negro en la punta de la nariz. No sabía quién era, pero siempre le había dado miedo. Por eso corrió a pedirle ayuda a Quino.

Como era un niño valiente podría atrapar el sapo para que los dos jugaran con él.

Al llegar Joaquín, se subió a un árbol, pegó un brinco a la barda de piedra y bajó al jardín de la vieja gorda a través de una jacaranda en flor. Cuando saltó al suelo, una lluvia de florecitas azules le cubrió el pelo. Trató de concentrarse para escuchar el croar del sapo, pero por más esfuerzos que hizo no pudo oír nada. Pensó entonces que quizás se hubiera dormido entre los arbustos. Se puso a buscarlo cuando, sin fijarse, tropezó con un tronco, que se fue rodando hasta una mesa llena de macetas.

Del otro lado de la barda, Maclovía escuchó el estruendo del barro al chocar contra el suelo. Quino se quedó paralizado al ver que la señora chaparra y gorda lo amenazaba y le apuntaba con la punta negra de su nariz. Entonces empezó la corretiza.

A large, stylized illustration of a teal-colored, rounded figure, possibly a giant or a creature, dominates the right side of the page. A single hand with five fingers is visible on its side. At the bottom, two legs with white and orange striped socks and black shoes are shown. The background is a solid yellow color.

Joaquín trepó la jacaranda, brincó a la barda, bajó por el árbol y, tomando de la mano a Maclovía, corrió lo más que pudo calle abajo. Doblaron en el jardín de la Unión, la gorda dobló en el jardín de la Unión. Bajaron por Positos, la vieja chaparra bajó por Positos. Cruzaron por la plaza de San Roque, la señora cruzó por la plaza de San Roque con un palo en la mano y gritando amenazas. Finalmente, pensaron que lo mejor era ir hacia donde ellos vivían para esconderse en el techo de la casa de Maclo. La gorda, cada vez más furiosa, los seguía muy de cerca hasta que tuvo que detenerse para entrar con muchísimo cuidado por el callejón, ya que su panza rozaba con las paredes de las casas. Aprovecharon para correr más rápido. La vieja no pudo darles alcance.



—No tenemos sapo, pero
hemos engañado a la gorda
—dijo Quino.

Entonces se dio cuenta de que to-
davía apretaba la mano de Maclovía.

—Sí, y además me has demostrado
que eres un valiente —contestó ella, y le
dio un beso en el cachete a Joaquín.

Sin que ninguno de los dos lo dije-
ra, ese día supieron que iban a casarse.

II

Maclovia

Maclovia había cumplido ya los diecisiete. Era entonces el año de 1910. Años atrás, una tragedia había sacudido a Guanajuato: las lluvias torrenciales inundaron la ciudad y dejaron a muchos de sus habitantes sin casa y sin pertenencias. Y la gente creía que todavía faltaba lo peor: tenía miedo de que el cometa Halley, que ya se aproximaba por el firmamento, dejara caer su cola de fuego en la Tierra y la incendiara junto con todos sus pobladores. Por esas mismas fechas, Francisco I. Madero había pasado por Guanajuato para hablar de sus ideas políticas; auguraba tiempos difíciles.

Sin embargo, Maclovia tenía confianza en el futuro. Pronto, en unos cuantos meses, se casaría con Joaquín y haría con él una familia feliz.



Quino, mi chamaco pelón:

Te mando esta fotografía para que no desesperes. Sé que quisieras que nos casáramos cuanto antes, pero recuerda que todavía hay muchas cosas por arreglar. Yo también anhele el día en que tú y yo, con nuestros hijos, desayunemos un domingo en el jardín. Cuídate.

Te quiere, tu gitanita,


Maclovia

Y sí que había cosas por arreglar. Doña Sebastiana había platicado largamente con su hija sobre los deberes de una esposa, pero de todo lo que ella le dijo sólo le preocupaba una cosa: no sabía cocinar. Las veces que había intentado ayudar a su mamá, algo sucedía que el arroz se pegaba y el café salía clarito, las papas crudas, la salsa sin chile y los huevos con la yema rota.

Por ese entonces, doña Sebastiana decidió invitar a Felipa, la hija de su hermana que vivía en Silao. Además de ayudar en los preparativos de la boda, su sobrina podría enseñarle a Maclovia a cocinar, a bordar y a hacer bien otras tareas domésticas.

Felipa no había cambiado mucho, sólo estaba un poco más flaca, con los ojos más saltones y los dientes de fuera. Era, como se dice, una muchacha fea.



The illustration depicts a kitchen environment. On the right, a white bowl filled with rice and small red and yellow specks sits on a green rectangular base, with stylized orange and yellow flames underneath. To the left of the bowl, on a dark brown surface, are a blue spoon and a small white salt shaker with a blue top. In the background, a wooden shelf is visible. The left side of the page features a large, light brown rectangular area containing text, with a blue curved line on the far left edge.

Al día siguiente de su llegada, cuando su tía salió a comprar la carne para la comida, Felipa aprovechó para darle la primera clase de cocina a su prima Maclovia.

Eligieron algo sencillo: un arroz. Le pidió que vaciara una dosis generosa de aceite sobre la olla, que echara en ella el arroz y que prendiera la lumbre. Luego le enseñó el primer secreto: le dijo que dejara caer una gota de agua sobre el aceite hasta que ésta saltara. Era la señal para vaciar dos tazas de agua y echar los trocitos de zanahoria. Se sentaron a esperar a que el agua se consumiera por completo.



El platillo no olía mal. Maclovía pensó que sería una gran sorpresa para su mamá y un gran paso para su vida futura con Quiño. Y así fue. Doña Sebastiana no cabía de la emoción y don Carmelo celebraba con risas y besos las enseñanzas de Felipa y el esfuerzo de su hija. Hasta que llegó el momento de probar el arroz.

—Bueno, bueno, no está tan mal —dijo el papá.

—¡Pero si está espantoso! —aseguró la mamá.

—¡Guácatelas! —se quejó Felipa—. Los granos están duros, la zanahoria no se coció y además ¡no tiene sal! Mi prima no aprende nada.

Maclovía trató de decir algo pero no pudo; las lágrimas llenaron sus ojos.

* * *

Maclovía oyó en la calle que había llegado a Guanajuato el circo de pulgas amaestradas, que se veían a través de un gran lente de aumento y que a quien demostrara que no eran pulgas le darían cien pesos. Para ofrecer una cantidad tan alta era porque no había duda: tenían que ser pulgas.




Chamaco:

¿Por qué no estuviste ayer en la plaza? La banda tocó esa pieza que tanto nos gusta, ¿la recuerdas? Me hizo soñar otra vez en el día de nuestra boda.

Ya no soporto a mi prima. Ella me detesta y yo la detesto a ella. Hace como que me enseña y hago como que aprendo. Aun así he tratado de bordar una sábana para la casa. ¡Cuántas veces no me pinché los dedos con la aguja! Hablando de cosas pequeñas, ¿sabías que está aquí un circo de pulgas amaestradas?

Tu chamaca que te quiere,

Maclovio.



Fueron al circo Maclovía, Qui-
no y Felipa. Fue increíble: las pulgas
tiraban de pequeños coches, hacían actos
de acrobacia sobre un hilo, juegos de
malabarismo, gimnasia y hasta bai-
laban. Lo único malo de la tarde fue el numerito que les armó
Felipa: se sentó toda la función justo en medio de los dos.

Al parecer, doña Sebastiana le había encargado la tarea de
acompañarlos, pero ella se lo había tomado más en serio
de lo que era: no les quitó los ojos de encima. Tra-
taron de distraerla para poder platicar un rato
a solas, pero fue imposible. Incluso Joaquín
le pidió de favor a su amigo Chema que le
hiciera plática mientras tomaban una nieve;
sin embargo, pudo más la fealdad de Felipa que
la amistad de Chema.

Llegó el día en que todo reventó. Doña Sebas-
tiana se había ido a la plaza del Baratillo a hacer una
visita y don Carmelo construía una jaula para pájaros
en el jardín. Las dos primas bordaban en la sala. Felipa
quiso aconsejar a Maclovía.

—Prima, hay algo que he querido decirte desde hace
tiempo. Creo que Joaquín no es el hombre que te mereces. Es
un aventurero sin trabajo, charlatán y borracho...

—Pero, Felipa, ¿cómo te atreves?

—¡Escucha antes de replicar! El otro día que fui a la iglesia
a rezar un rosario me encontré a la salida con Quino; estaba
levantando todos sus aparatos de fotografía. Decidí esperarme
un poco y seguirlo para ver qué hacía. Para no hacerte el cuento
largo, al rato Joaquín y ese amigo que la otra vez me presenta-
ron tomaban en la calle una botella de licor. Con decirte que en

menos de diez minutos ya se la habían terminado e insultaban a todo el que pasaba cerca de ellos. Vas a ver que ese muchacho no tarda en dejarte.

—¡Mientes, Felipa! Lo que sucede es que te da envidia que yo me vaya a casar. Con esos ojos y con esos dientes va a ser difícil que un hombre se te acerque. ¡Eres una bruja!

Al parecer, algo de razón tenía Felipa, ya que pasaron los días sin que Maclovio tuviera noticias de Joaquín: no se presentaba en el jardín Unión a escuchar a la banda ni le enviaba ya tarjetas postales ni fotografías. Hasta que un jueves Felipa le entregó un recado de Quino.

Maclito:

Me appena darté esta noticia. Acaban de ofrecerme un trabajo en el periódico *El Imparcial* de la ciudad de México. Es un empleo importante para mi futuro. Por eso tenemos que aplazar la boda por tiempo indefinido.

Hasta pronto,

Joaquín



III

Joaquín

Joaquín era un muchacho elegante pero aventado. Por las mañanas llevaba los libros de cuentas de un almacén y por las tardes aprendía con un amigo de su papá todos los secretos del arte fotográfico. En el almacén le pagaban lo justo, simpatizaba con los demás empleados y tenía un horario cómodo. Sin embargo, llevar las cuentas no era, como quien dice, una actividad divertida.

En unos meses se casaría con Maclovía. Por eso trabajaba y ahorra, recibía su sueldo y lo metía en su alcancía de barro. Sabía que cuando ya no cupiera un centavo más por la boca de su cochino, era porque había llegado el momento de casarse con su Maclito.

Y así pasaron algunas semanas hasta que un día, al salir del almacén, pensó que no le gustaría ser un casado feliz pero con un trabajo aburrido. Fue entonces cuando se le ocurrió romper su alcancía para comprarse una cámara fotográfica y ganarse la vida con ella. Y así lo hizo. Le sobraron sólo cinco centavos, que invirtió en un nuevo cochinito, más grande que el anterior, y que seguramente, con su nuevo negocio, engordaría muy pronto.

Mi Maclito adorada:

Hoy empieza para mí una nueva vida que dará sus frutos cuando nos casemos. Como en la tarde hay una boda, me iré a la iglesia con mi cámara para tratar de retratar a quien se deje y, claro, a quien pueda pagarme. Nuestro nuevo cochinito tiene un hambre feroz. Tu chamaco pelón hace todo esto movido por una fecha: el día de nuestra boda.

Te quiere tu fotógrafo favorito,

Quino

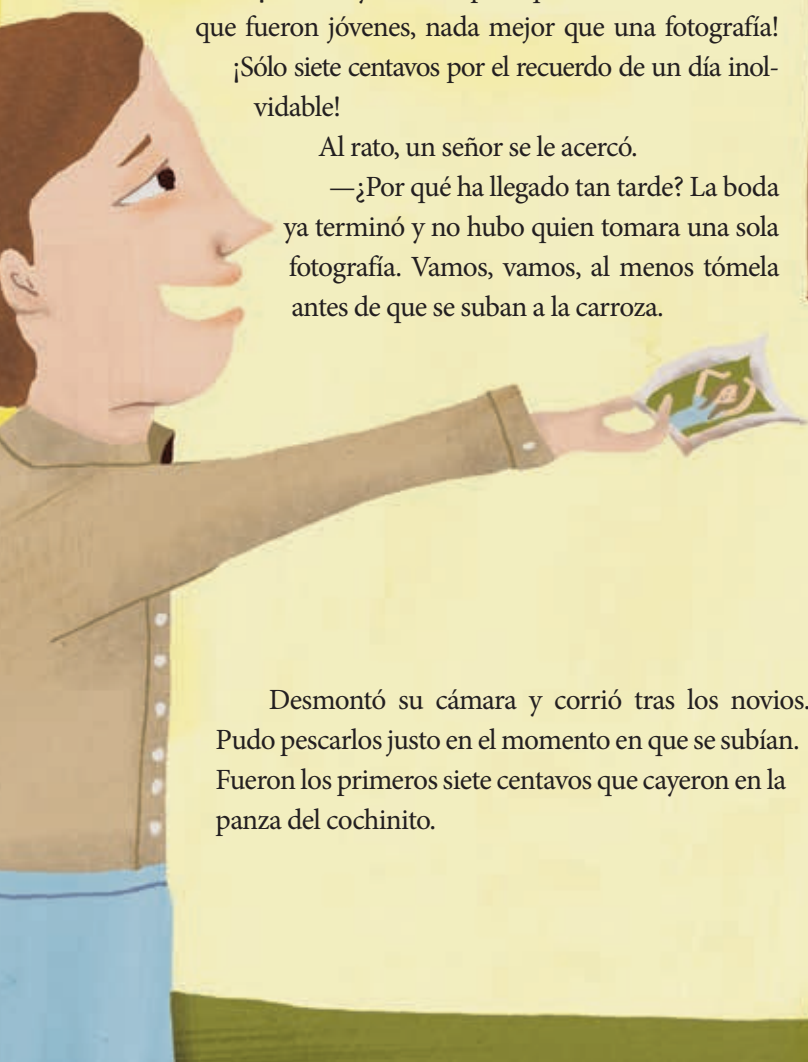
Joaquín llegó a eso de las cinco de la tarde a la Basílica de Nuestra Señora de Guanajuato. Separó las piernas de su tripié, montó sobre él la cámara, puso al lado su nueva y ligerita alcancía y empezó a pregonar:


—¡Qué no se le escape el momento, tómese ahora una fotografía por tan sólo siete centavos y le será entregada directamente en su domicilio! ¡Señoras y señores, para que sus nietos les crean que fueron jóvenes, nada mejor que una fotografía! ¡Sólo siete centavos por el recuerdo de un día inolvidable!

Al rato, un señor se le acercó.

—¿Por qué ha llegado tan tarde? La boda ya terminó y no hubo quien tomara una sola fotografía. Vamos, vamos, al menos tómela antes de que se suban a la carroza.

Desmontó su cámara y corrió tras los novios. Pudo pescarlos justo en el momento en que se subían. Fueron los primeros siete centavos que cayeron en la panza del cochinito.





Pasaron así las semanas. Joaquín fue perfeccionando poco a poco varias técnicas y trucos fotográficos, al mismo tiempo que sus ahorros iban aumentando. De pronto, sintió que ya casi llegaba el momento de que fuera otro el fotógrafo que estuviera en una boda, la suya propia. El cochinito, al que no abandonaba nunca, estaba a punto de llenarse; aunque costaba trabajo trasladarlo de un lugar a otro, no lo dejaba ni para dormir.

Requetequerida Maclito:

No quiero que te pongas celosa por lo que voy a decirte. Hay alguien que día y noche va conmigo, que me acompaña a tomar fotografías, a comer y a dormir, que representa todos mis anhelos y esperanzas y para quien trabajo duramente todos los días. ¿Adivinaste?

No temas, reinita, se trata del cochinito de barro, el que ya muy pronto nos va a llevar al altar.

Ahora adivina quién es el que daría toda su vida por ti.


Acertaste:

te quiere, **tu Quino**

Joaquín calculó que otra semana de trabajo y su cochinito no aceptaría una sola moneda más. Había llegado el momento de fijar la fecha definitiva para la boda.

Según él, sus ahorros ya deberían de estar cerca de la fabulosa cantidad de doscientos pesos. Lo primero que habría que hacer sería mandar a imprimir las invitaciones para la boda. Luego comprar el vestido de novia más elegante que se hubiera visto jamás en Guanajuato, alquilar la carroza que los esperaría a la salida de la iglesia, rentar una casa con un jardincito, comprar algunos muebles, una mecedora, una mesa, la estufa, una olla y dos platos, dos tazas, dos juegos de cubiertos. Por supuesto que sobraría algo para llenar la casa de flores el día del casamiento.

Empezó la semana con una boda en el templo de San Roque. Colocó todos sus instrumentos de trabajo al lado de él y sobre un banquito, la alcancía. Ya para ese entonces no necesitaba llamar la atención, la gente lo conocía y le pagaba, ahora, a ocho centavos la fotografía. Primero retrató a los novios y luego, mientras se celebraba la ceremonia nupcial, a un viejo de barba blanca y larga. Le había dicho que quería enviar esa fotografía a sus nietos que vivían en la ciudad de México.



A Joaquín se le ocurrió retratarlo con una técnica que había aprendido hacía poco. Lo sentó en una banca, le puso un cigarrillo en la boca y disparó la cámara. Luego le pidió que se sentara un poco más a la derecha, que sacara su cajetilla de cerillos y que prendiera el cigarro a un amigo invisible.

Iba a oprimir el botón cuando un niño se le acercó gritando:

—¡Oiga, le han robado su puerquito!

Joaquín alcanzó a ver que un señor corría, con todos sus ahorros, rumbo al recién inaugurado Mercado Hidalgo. Le pidió al viejo que estaba retratando que le cuidara su cámara para poder perseguir al ladrón. En su carrera, vio a lo lejos a dos amigos, Chema y Poncho, y les hizo señas para que lo siguieran. Como no tenían nada que perder, fueron tras él.

Finalmente, el ladrón llegó a su destino: se metió en una casa de la calle Cantarranas. Qui-
no pudo entonces contarles lo sucedido a sus
amigos. Mientras Joaquín iba a recuperar
su cámara, Chema y Poncho vigila-
ban que nadie saliera del lugar
y planeaban la estrategia a
seguir.

Anocheía. Por una ventana, los tres habían podido espiar al ladrón: sobre una mesa contaba el dinero, hacía pilas con las monedas y tomaba, de cuando en cuando, un traguito de una botella de mezcal. Junto a él estaban los restos del cochinito de barro y una escopeta.

Después de unas frías y largas horas de espera, vieron que el señor caía dormido sobre la misma mesa. Era el momento de entrar en acción. Chema hizo el banquito para que Quino trepara hasta la ventana. Una vez allí, la abrió y bajó con cuidado hasta donde estaban el ladrón, sus ahorros y la escopeta. Lentamente fue retirando los montoncitos de monedas y metiéndolas en una bolsa de lona que llevaba consigo.



De algo le había servido el robo, ya que el ratero le había ahorrado la tarea de contar el dinero, pues había apuntado en un papelito antes de dormirse la suma total: doscientos diez pesos con veintiocho centavos. Cuando terminó de meter el dinero en la bolsa emprendió el regreso, otra vez con mucho cuidado. Al llegar a la ventana, un detalle rompió con lo perfecto de la operación: a Quino se le cayó un zapato. Sólo alcanzó a ver que el señor se despertaba con el ruido y cogía la escopeta.

Ya del otro lado, sobre los hombros de Chema, se oyó la explosión y el silbido de la bala que cruzaba por la ventana y hacía impacto en el muro de piedra de la casa de enfrente. Los tres amigos también se sintieron balas, porque salieron disparados calle abajo.

IV

¿Y la boda?

Fue doña Sebastiana la que descubrió el engaño de Felipa.

Una tarde tuvo que ir a la botica de su esposo a llevarle algo de comer, ya que ese día el trabajo no le había permitido ir a su casa. En el camino, al dar la vuelta en una esquina, casi choca con Joaquín.

—Pero, Quino, ¿qué haces aquí? Te hacíamos en la capital.

—¿En la capital yo, doña Sebastiana?

—No me vengas ahora con que no sabes nada. Además, el daño que le has hecho a mi hija no tiene perdón. ¡Qué manera de romper un compromiso y un corazón! Creíamos que ya eras todo un hombre y nos equivocamos. Sería mejor que mi esposo no te encontrara porque es capaz de todo.

—No sé de qué me habla, de verdad, no entiendo nada. Yo no rompí mi compromiso con Maclito. Fue ella la que decidió no casarse conmigo. Créamelo, no soy ningún cobarde.

—Yo vi con mis propios ojos aquella tarjeta que le enviaste en la que le decías que te habían ofrecido un trabajo en un periódico de la ciudad de México.

—Fui yo quien recibió una postal en la que Maclovia me decía que usted la mandaba a vivir a Silao con Felipa. También decía que le habían prohibido volverme a ver.



—Algo huele mal en todo esto, y lo voy a averiguar. Para aclarar las cosas, nos vemos en una hora en la casa.

Doña Sebastiana dejó de prisa la comida a su marido y se fue derecho a su casa. Encontró a Maclovio y a Felipa en la cocina. Mientras les contaba sobre su encuentro con Joaquín, los ojos de su hija se iban abriendo cada vez más y las manos de su sobrina comenzaron a temblar.

Ya no cabían dudas sobre quién era la culpable de todo el enredo. Felipa iba a decir algo, pero no se atrevió. Prefirió salir de la casa y echarse a correr como un animal asustado.

Cuando llegó Joaquín las cosas terminaron de aclararse. Por algo Felipa se ofrecía siempre a llevar los recados que se escribían el uno al otro. Nunca los entregó. En cambio había falsificado e imitado la caligrafía para escribir dos mensajes de ruptura, uno para Maclovio y otro para Joaquín.

Podría decirse que la boda fue una de las más concurridas de esa época. No se había visto un vestido tan elegante en mucho tiempo como el que llevaba Maclovio, ni se sabía de una sonrisa tan segura como la que presumía Joaquín ese día. Doña Sebastiana y don Carmelo abrazaban y recibían abrazos de los Sánchez y Sánchez. Los hermanos de Quino prendían cohetes para asustar a las viejitas. Chema y Poncho echaban novia y envidiaban a su amigo recién casado. La gente comentaba, murmuraba y hacía juicios, pero estaba muy contenta. Y un fotógrafo, amigo de Quino, corría de un lado a otro para fotografiar todo lo que sucedía.



* * *

Un domingo, Joaquín y Maclovía desayunaban en el jardín huevos estrellados con la yema rota, leche, jugo y panes con miel de higo. Quino había montado un estudio de fotografía en su propia casa y escribía algunos reportajes para *El Imparcial* como corresponsal en Guanajuato. Maclovía, que había renunciado a ser la mejor cocinera, le ayudaba a revelar los rollos, a peinar y a arreglar a los niños que llegaban a retratarse y cobraba a los clientes morosos. Podría decirse que era una pareja feliz.

Ese domingo, después del desayuno, Joaquín y Maclovía se pusieron a regar las flores. De pronto escucharon un ruido. Descubrieron en medio del jardín a un sapo que los miraba con ojos azorados.



Puedes continuar tu lectura con *Mi abuelo es poeta*, la historia de un niño solitario y tímido, que se esconde del mundo y necesita de algo fantástico para dar un giro a su vida. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

Bibliografía

1. TENORIO, Miguel Ángel, *Que sí, que no, que todo se acabó*, México, SEP/CIDCLI, 1993 (Libros del Rincón).
2. JIMÉNEZ, José Alfredo, "Serenata huasteca", en *Cancionero mexicano*, México, SEP/Trillas/Conafe, 1988 (Libros del Rincón).
3. DRUMMOND de Andrade, Carlos, "Cuadrilla", en *Llamo a la luna sol y es de día*, México, SEP/Trillas/Conafe, 1988.
4. VALDIVIA Dounce, María Luisa, *El gato con cartas*, México, SEP/Petra ediciones, 1994 (Libros del Rincón).
5. CORONA, Pascuala, "La maceta de albahaca", en *Cuentos mexicanos para niños*, México, Conaculta, 2012 (Biblioteca Alas y Raíces).
6. "Romance de la doncella guerrera", en *Español. Quinto grado. Lecturas*, México, SEP, 2005.
7. "Dédalo e Ícaro" (adaptación de Josephine Evetts-Secker), en *Cuentos de padres e hijos*, México, SEP/Ediciones Omega, 2007 (Libros del Rincón).
8. "El Correvolando" (versión de María Teresa Lema Garrett), en *Cuentos de piratas, corsarios y bandidos*, México, SEP/CIDCLI, 1995 (Libros del Rincón).
9. "El jinete sin cabeza" (adaptación de Rubén Fischer), en *La Rumorosa y los aparecidos*, México, SEP/Conafe, 2003 (Libros del Rincón).
10. BERNAL, Ricardo, "Lucy y el monstruo", en *Premio Salvador Gallardo Dávalos*, México, Instituto Cultural de Aguascalientes, 1994 (Contemporáneos).
11. *El doctor improvisado* (versión de Alfonso Morales), México, SEP/Conafe/Limusa, 1988 (Libros del Rincón).
12. MONSREAL, Agustín, "Ángel de luz", en *La minificción en México*, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2002.
13. VALADÉS, Edmundo, "La muerte tiene permiso", en *La muerte tiene permiso*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012 (Colección Popular).
14. NERUDA, Pablo, "Oda al albañil tranquilo", en *Español. Quinto grado. Lecturas*, México, SEP, 2008.
15. FERNÁNDEZ de Lizardi, José Joaquín, *El Periquillo Sarmiento. Sus extraordinarias aventuras y desventuras contadas por Felipe Garrido*, México, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2006.
16. CERVANTES Saavedra, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha* (versión de Felipe Garrido), Real Academia de la Lengua Española, 2004.
17. CERVANTES Saavedra, Miguel de, "Autorretrato", en *Español. Sexto grado. Lecturas*, México, SEP, 2005.
18. ESPINOSA Sainos, Manuel, "Litutunaku chan"/"Hormigas tutunakú", en *Tlikgoy litutunakunín/Cantan los totonacos*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2008 (Literatura Indígena Contemporánea).
19. ESPINOSA Sainos, Manuel, "Kiwikgoló"/"Dios del monte", en *Tlikgoy litutunakunín/Cantan los totonacos*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2008 (Literatura Indígena Contemporánea).
20. MORALES Baranda, Francisco, "In xoxohuilhuicatl"/"El cielo azul", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, vol. 21, 1991.
21. "Fábula del buen hombre y su hijo" (versión de Mireya Cueto), en *La boda de la ratita y más teatro-cuentos*, México, SEP/Fernández Editores, 1991 (Libros del Rincón).
22. BARAJAS, Rafael, *El Fisgón, Lo creo y no lo veo*, México, SEP, 1988.
23. TABLADA, José Juan, "Lagartija", "Jirafa" y "Sandía", en *Llamo a la luna sol y es de día*, México, SEP/Trillas, 1988.
24. JOHNSTON, Tony, "El nagual", "El unicornio", "Las sirenas", "El dragón", en *Animales fantásticos y más leyendas*, México, SEP/Salvat, 1991 (Libros del Rincón).
25. Kurusa, *La calle es libre*, México, Ediciones Ekaré/Banco del Libro, 1986 (Libros del Rincón).
26. HINOJOSA, Francisco y María Baranda, *Joaquín y Maclovía se quieren casar*, México, SEP/Conafe, 1987 (Libros del Rincón).